

JESÚS GOYTORTÚA SANTOS

PENSATIVA

PREMIO "LANZ DURET" 1944



EDITORIAL PORRUA

AV. REPÚBLICA ARGENTINA 15. MÉXICO, 2001

"SEPAN CUANTOS..."

NÚM. 118

PENSATIVA

JESÚS GOYTORTÚA SANTOS

PENSATIVA

PREMIO "LANZ DURET" 1944

VIGESIMOTERCERA EDICIÓN



EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 2001

Primera edición en Editorial Porrúa, S. A., 1945
Primera edición en la Colección "Sepan cuantos...", 1969

Copyright © 2001

El prólogo y las características de esta edición son propiedad de

EDITORIAL PORRÚA, S. A. de C. V. — 2

Av. República Argentina, 15, 06020 México, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

Derechos reservados

ISBN 970-07-1691-0 Rústica

ISBN 970-07-0117-4 Tela

Encuentro un amargo placer en recordar aquellos días en los que mi existencia abandonó su cauce normal, en los que me vi envuelto en una tormenta que para siempre trazó su huella en mí. Jamás podré olvidar a Pensativa. Me sucede a veces oír su voz entre las ráfagas que se precipitan sobre los fresnos de mi jardín y en mil ocasiones me he estremecido encontrando en algunas mujeres algo como reflejos de su gesto aquel tan grave, saudadoso, que le valió el nombre de Pensativa. No he vuelto a Santa Clara de las Rocas, ni he visto otra vez a las nubes abandonar su imagen a las aguas del río; no volveré a la casona del Plan de los Tordos, ni dejaré a mi caballo bordear los precipicios de la cordillera, ni oiré, en la margen de la Poza de los Cantores, brotar el grito de angustia que una tarde me hizo conocer el terror junto a los viejos muros de la Huerta del Conde.

Sin embargo, de vez en cuando siento que me gustaría olvidar, que me agradaría convencerme de que jamás salí de México para ir a Santa Clara de las Rocas, a mi pueblo natal, al que no había vuelto desde que mi madre, recién viuda, me llevó a la capital de la República para la iniciación de mis estudios. Ni siquiera las vacaciones me habían hecho regresar al terruño. Mi madre, al morir, me había dejado una pequeña herencia que vino justamente para permitirme no explotar mi título de abogado y me hice tan concienzudamente ciudadano, que la perspectiva de una excursión a mi pueblo me colmaba de repugnancia. Y con todo, hube de emprender esa excursión cuando me llegó el telegrama anunciándome la gravedad de mi tía Enedina.

Mi tía, única hermana de mi padre, quería verme antes de morir y el llamado resultó tan patético, que me habituó rápidamente a la idea de ir a soportar incomodidades y fastidios. Cuando el tren me alejó de México, yo estaba muy distante de sospechar la tempestad que me aguardaba y de prever que el sufrimiento iba a hacer surgir mis primeras canas. El aspecto melancólico de la altiplanicie no pudo deshacer el tedio que me causaba el separarme de mis amigos y de mis costumbres. He sido siempre sensible al paisaje y el que veía huir desde las ventanillas del tren me provocaba una opresión casi congojosa. Las grandes montañas desnudas, las poblaciones erizadas de cru-

ces, los caminos que se alejaban entre cercas de cactus, infundían en mi alma una tristeza inextinguible.

Mi malestar se acentuó cuando bajé en la pequeña estación de Villa Arista. Me esperaba una volanta en la que me acomodé al lado de Ireneo, el cochero de mi tía. Pronto rodó el cochecillo por una ruta polvorienta, bajo el cielo que se vestía de nubes pluviosas. No quise conversar con Ireneo y dejé a mi vista vagar por los campos en los que giraba el polvo. Antiguas capillas se erguían en la distancia, entre manchones de verdura; las torrenteras se prolongaban entre las tierras de labor y ensartaban al paso puentes de un solo arco, de cuyos arruinados parapetos huían las lagartijas al aproximarse la volanta. La sierra cortaba el horizonte y alargaba en la llanada sus rudas estribaciones.

Cuando la volanta, al trote de un caballejo de crines doradas, dominó un repecho, Ireneo me mostró con el látigo un punto ante nosotros.

—Santa Clara —dijo.

Vi a una legua de distancia un caserío perdido en la arboleda, de la que emergían dos cúpulas custodiadas por macizas torres. Una bandada de tordos revoloteaba sobre las azoteas que se asomaban entre los follajes. Más lejos aún, se desplegaba una cinta de agostada verdura que iba a perderse en el confín.

—Aquel es el río —me informó Ireneo.

Mi tía habitaba al otro lado de Santa Clara, en su finca de la Rumorosa y nos fue preciso atravesar la población. Encontré las calles invadidas por la hierba, sumergidas en un mortal silencio. La guerra civil había herido con crueldad a mi pueblo natal. No era en él donde encontraría distracciones, quien como yo, abandonaba en la capital todos los placeres que se brindan a un soltero y debo confesar que me dije sin remordimientos cómo sería conveniente el que mi vieja tía no prolongase su inútil vida.

Llegamos a la Rumorosa por una calzada bordeada de gigantes eucaliptus. El caballito trotaba con alegría al acercarse al portón coronado con una cruz de piedra que no pude ver sin emoción. Recordé los días de mi infancia, en los que jugaba en la calzada con mi primo Cornelio, bajo la mirada vigilante de la Chacha Genoveva y por primera vez desde que salí de México no me sentí fuera de mi centro.

Un muchacho nos franqueó la entrada y pudimos penetrar en el patio cuadrado, rodeado de arquería, en cuyo centro se desgranaba una fuente. Un perro de San Bernardo se lanzó a nuestro encuentro y estuvo a punto de derribarme cuando bajé de la volanta. Nada había cambiado en la Rumorosa. En los corredores, llenos de tiestos, cantaban los pájaros en sus jaulas suspendidas de las claves de los arcos. Las tinajas rojas ocu-

paban los ángulos y el mismo olor de frutas en conserva, de armarios perfumados con espliego, se escapaba de los aposentos.

Y la mujer que corría a encontrarnos, secándose los ojos con su delantal blanco y bordado, era la Chacha, mi antigua niñera, la excelente Chacha Genoveva, a la que yo había visto correr, llorando y gimiendo, junto al coche que nos había llevado, a mi madre y a mí, lejos de Santa Clara de las Rocas. Me abrazó casi convulsivamente, admirada de encontrarme convertido en un hombre, como si hubiese creído que el tiempo no pasaría sobre mí, y llena de orgullo al descubrir en mi rostro la expresión que he heredado de mi padre.

Cuando se hubo calmado, me enteró de que mi tía iba a mejor.

—Creo que por esta vez se escapará —me dijo en voz muy baja.

Pregunté si podía verla y la Chacha me condujo a la recámara de la enferma. También allí nada había variado. Encontré el inmenso ropero de dos lunas, en cuyo copete dos trompetas de la fama, ceñidas con listones, se rodeaban de rosas; sobre la cómoda panzuda, bajo sendos capelos, un pueblo de santos se dormía en la penumbra: la Santísima Virgen con el Niño en el regazo, San José con su vara de nardos, San Cristóbal con las piernas desnudas, San Sebastián atravesado de flechas, Santa Eduwiges con la corona real. Junto a la ventana del huertecito del Calvario, una sillita dorada, con el respaldo y el asiento tapizado de gobelinos, tenía enfrente el velador cuya cubierta de mármol desaparecía bajo los libros devotos.

Oí una voz desfalleciente y me acerqué al vasto lecho de columnas salomónicas. Una mano descarnada buscó la mía. Sentí una rara angustia al estrechar aquella mano trémula, como si se hubiese vuelto a anudar un invisible lazo entre mí, el hombre que se había desarraigado, y mi familia, mi sangre, representada por aquella viejecita que había jugado con mi padre y había visto al camposanto poblarse con los seres amados.

Experimenté una piedad casi desgarradora y deseé de todo corazón el alivio de mi tía. El médico, el anciano doctor López, me dio esperanzas.

—No la fatigues —me ordenó paternalmente.

Mi tía quiso protestar, pero el doctor la convenció y me hizo salir al corredor, donde él mismo se me reunió poco después.

—Ha pasado el peligro —me dijo mientras limpiaba sus anteojos. —Creí que se moría. Tiene fatigado el corazón. Tú sabes que esta zona estuvo infestada de cristeros y que los combates eran diarios. Yo le decía a doña Enedina: un par de viejos carcamales como usted y yo, no deben preocuparse de si ganan los rojos o los azules. Pero no me hizo caso y ahí tienes el resultado.

Se puso los anteojos y me miró, sonriendo.

—¿No te has casado, verdad?

—No, doctor.

—Mal hecho. Cástate ahora que estás aquí. Hay muchachas tan bonitas en Santa Clara, que me da pena ser tan viejo—. Sonrió y varió la charla: —Me dabas buenos sustos cuando eras un chiquillo. A las dos horas de nacido ya estabas en un baño de agua casi hirviente.

Al despedirse prometió volver al día siguiente y quedarse a comer, y me dejó entregado a los cuidados de la Chacha. Instalándome en mi antiguo cuarto, en el que aún se conservaban mis libros escolares y mi lazo de la primera Comunión, disfruté de tal dulzura que no pude sospechar cómo estaba cercano el huracán.

II

Fueron hermosos esos días, los primeros de mi estancia en la Rumorosa. ¿Dónde estaba el fastidio que tanto había temido al salir de México? Me sentía fortificado, como si al pisar la tierra natal en la que mi apellido no era un nombre entre tantos, en la que por todas partes encontraba huellas de mis abuelos, yo hubiese conectado con una corriente de energía.

Me despertaban, al amanecer, las campanas de Santa Clara de las Rocas, sonando muy graves al extremo de la calzada y me admiré de encontrar gusto en dejar la cama muy temprano y en salir tiritando al patio en el que aún no se disipaban completamente las sombras. La Chacha hacía maniobrar en los corredores a las criadas descalzas, que arrojaban agua sobre las baldosas y descubrían las jaulas para asearlas. De la calzada venía el rumor del ganado dirigiéndose a los pastizales. Sultán, el perro de San Bernardo, saltaba a mi encuentro. Llegaban olores fuertes, serranos, aromas de campo libre, de pinos y de torrentes, y me llenaban de deseos de actividad.

Antes de almorzar saludaba a mi tía. Ahora yo no era capaz de desear su muerte y la veía con placer ir recuperando las fuerzas y con ellas la voz y el gusto por referir sus recuerdos, en los que siempre eran mis padres los que aparecían. Mi prima Jovita, una mujer delgada y tímida, vestida de negro, había llegado para servir de enfermera y ella era quien me abría la puerta de la alcoba.

La luz entraba por la ventana del jardincito del Calvario, una luz terciopelada bajo la cual encontraba yo el semblante afilado de mi tía. Yo tomaba de la bandeja de plata que traía Jovita el vaso de leche y lo acercaba a los labios de la anciana, que con ello gozaba, enternecida.

Principiaba así dichosamente la jornada. En la mañana, tras de almorzar en el anchuroso comedor con piso de ladrillo, aceptaba el caballo que un mocito me traía y abandonaba la Rumorosa para dar largas galopadas por el campo. El mocito, contento de servirme de caballerango, me seguía en uno de esos caballos de poca alzada y de inagotable resistencia que Payno elogia tanto, y me indicaba los sitios que hacía tiempo yo había olvidado. Me llevó al cementerio, sembrado de las tumbas de

mi familia; a la Tenería, cuyos estanques relampagueaban entre los frutales; a las pozas, medio secas en esos días, en las que nos bañábamos bajo los sauces.

Se retrasaba la temporada de lluvias y el polvo seguía danzando sobre la campiña mustia, resonando siniestramente al chocar con los follajes, enturbiando en el horizonte la vista de la cordillera. Desde un otero, Fidel me mostraba, cuando se desplomaban las cortinas de polvo, las cañadas sobre las que chillaban las aves de rapiña, los pinares oscuros extendidos en torno de las cumbres, el tajo amoratado por el que el río se deslizaba antes de arrojar a la llanura.

Las nervaduras de la sierra se adelantaban hasta la orilla del río y desperdigaban luego altozanos desnudos sobre los que se asentaban solitarias capillas. No crucé ni una vez el río, repelido por el aspecto taciturno de la otra ribera, en la que sólo había eriales y cactus, colinas y después cerros frágiles. Bajábamos hasta la mísera corriente por senderos de cabras; mientras los caballos se bebían el hilillo de agua, que se perdía entre los bancos de arena, desmontábamos para tendernos sobre los guijos. Fidel me señalaba las marcas dejadas por las crecientes en las márgenes tajadas y apuntaba después a las nubes que entoldaban el cielo.

—No tardará mucho en llover —me decía, siguiendo con interés el lento vuelo del nublado— y entonces verá usted cómo se pone el río.

—Me iré cuando principien las lluvias —le respondía yo— Esto, con el lodo, estará abominable.

Volvíamos a montar y regresábamos a Santa Clara, cuyas torres nos espiaban sin descanso sobre la arboleda. En las tardes yo hacía visitas o las recibía. Visitaba a la parentela, ya casi extinguida o las antiguas amistades de mis padres. En aquellas casas robustas, claras, de cuyos eternos patios se elevaba, sobre los tiestos floridos, la algarabía de los pájaros enjaulados, encontré una turbadora población femenina: muchachas casi todas condenadas a morir solteras por la emigración de los hombres, pero casi todas hermosas, de grandes ojos oscuros en el rostro de óvalo perfecto, de finas extremidades, de señoriles movimientos.

Pronto me sentí confundido al verme punto de mira de aquella gentil tropa y medí mis palabras para no dar pábulo a fantasías. Por más que me halagara ser el objeto de los sueños de tantas chicas guapas, no quise comprometer a la ligera mi soltería y estudié sin aparentarlo a mis nuevas amigas. Quise confiar mis dudas a mi tía y lo hice una tarde en que oíamos al trueno retumbar sobre la sierra.

—Tía —le pregunté— ¿qué dirías si me casara en Santa Clara?

—¡Oh! muchacho —respondió ella, juntando las manos—. Cásate, cástate en tu pueblo.

La prima Jovita había dejado de tejer y tuvo que contenerse para no levantarse de su sillita y abrazarme. La que no se contuvo fue la Chacha, que me abrazó con frenesí.

—¡Que se case mi niño! —gritó—. Yo le cuidaré sus hijos como lo cuidé a él.

—Calma —pedí—. ¿Ya están pensando en mis hijos? ¡Oh! por favor, nada de precipitaciones. Vean: al llegar aquí, en lo que menos pensaba era en el matrimonio, pero en estos días he visto algo fantástico: cien muchachas guapas que no tienen novio.

—Y que no lo tendrán nunca —se desoló Jovita, que hablaba por experiencia propia.

—No tienes por qué suspirar —la recriminó mi tía—. Yo tampoco alcancé novio, pero nunca he puesto por eso, como tú los pones, los ojos en blanco. Hijo —exclamó— ese es un mal viejo como el pueblo. Los jóvenes se van en busca de fortuna y jamás regresan. Esa es la causa de que Santa Clara esté llena de Jovitas y de Enedinas. Cásate con una chica de tu pueblo, que aparte de tener una esposa intachable harás una obra de caridad.

Me pareció tan singular casarme por filantropía, que me eché a reír. Las tres mujeres se habían puesto a imitarme, cuando de improviso las vi recuperar la seriedad.

—¿Qué les pasa? —pregunté.

Ellas se miraron, indecisas. Después, mi tía se animó a balbucear:

—Es que... ya te tenemos novia.

—¡Esa sí que es noticia, tía!

—Una novia incomparable —exclamó la Chacha, arrebatada.

—¿Tanto así? ¿Y quién es ella?

Las tres volvieron a mirarse con tanta inquietud, que me intrigaron.

—¿Qué tienen ustedes? —pregunté—. Hablen, que me han excitado la curiosidad.

—Díselo tú, Chacha —pidió mi tía.

—No hay por qué no decírselo —exclamó la Chacha, con súbita energía—. La novia que te tenemos es la más hermosa de las mujeres, la más santa, la más pura, un tesoro, una maravilla.

—Basta, Chacha —le rogué, no sabiendo si reírme o si admirarme—. No la elogies tanto, que me dará miedo casarme con ella.

—Es un tesoro —afirmó Veva, yendo a sentarse junto a mí—, pero tú eres digno de cualquier tesoro.

La risa me ganó en tal forma, que durante un rato no pude hablar.

—Gracias, Chacha —pude decir finalmente— Si tú no dices eso, nadie lo dirá.

Ella me tomó las manos con las suyas tan rudas.

—Yo sé lo que digo: Pensativa es digna de ti y tú eres digno de ella.

—¿Pensativa? —exclamé—. ¿Hay alguna muchacha que lleve un nombre tan raro?

Mi tía pidió sus lentes y quiso que Jovita la incorporara un poco. Yo sentí un soplo de misterio ondear en aquella habitación en la que retumbaban los truenos y que se iba obscureciendo con la inminencia del primer aguacero.

*
* *

—Pensativa no es el nombre de tu novia —me explicó mi tía— sino el sobrenombre.

—Una novia con sobrenombre no es una novia muy apetible —protesté.

—No te apresures a sacar conclusiones —me pidió mi tía—. No conoces a Pensativa, pero desde que llegaste, nosotras pensamos en lo hermoso que sería casarte con ella. El señor cura y el doctor piensan lo mismo.

—Pero tía ¿quién es Pensativa?

—Es... —principió a decir la Chacha.

La interrumpí:

—Veva: ya sé que es un portento, un tesoro y una maravilla, pero lo que quiero saber es el nombre que le pusieron en la pila.

—Su nombre no te es conocido —dijo mi tía, hablando lentamente, como si se hubiese ido vigilando—. Se llama Gabriela Infante, pero todo el mundo la conoce por el sobrenombre que le puso el doctor. Es tan reflexiva, tan seria, sin ser adusta: tan melancólica, que a todos nos pareció admirable llamarla así.

—No me gustan las mujeres melancólicas —argüí.

—La melancolía de Pensativa te gustará. ¡Ah! no digas nada antes de conocerla.

—¿Pero cómo es que aún no conozco a mi futura? —inquirí—. Creía haber visto a todas las jóvenes de Santa Clara de las Rocas.

—Pensativa no vive en Santa Clara —dijo Genoveva— sino en su hacienda del Plan de los Tordos.

—No conozco esa hacienda ni sabía que existiera.

—Está al otro lado del río, sobre el camino viejo de Guanajuato. Pensativa vive sola con sus mozos.

—¡Vaya una compañía!

—¡Ninguno se atrevería a tocarla! —gritó Jovita, con tanto calor que me asombró.

—Prima —le dije— ¿qué te pasa?

—Perdóname —me pidió ella— pero es que conozco a los mozos del Plan de los Tordos. No son mozos como los otros, sino hombres valerosos y fieles, hombres que han...

—¡Jovita! —la interrumpió mi tía, severamente.

Jovita se serenó con un esfuerzo, pero su agitación me había aguijoneado la curiosidad.

—Esto es asombroso —dije—. Acaben de explicarme todo lo concerniente a Pensativa, porque me muero de impaciencia.

—Pues todo es fácil de explicar —reanudó la Chacha—. Pensativa vive con sus mozos, que son hombres fieles a la familia de la muchacha. Son rancheros rudos, pero tan apegados a su ama que más parecen sus esclavos. Ella es la última de su nombre. Su familia vivió siempre en Guanajuato y por eso no la oíste nombrar nunca. Cuando hace cinco años murió el último hermano de Pensativa, ella se vio en malas condiciones de fortuna y regresó a Santa Clara, a la hacienda que por siglos ha sido de su familia. Es melancólica, pero tan hermosa, tan interesante, que yo estoy segura de que la harás tu esposa.

—Yo también estoy segura de eso —intercaló Jovita—. ¡Oh! Roberto, tú te casarás con ella. Tú sabrás devolverle la alegría y te la llevarás de este desierto.

—¿Llamas desierto a Santa Clara? —pregunté, pasmado al oírla maltratar a su pueblo.

—Para Pensativa este es un desierto, un puro peñascal —continuó Jovita—. Ella merece palacios, merece no seguir sufriendo en esta región que la atormenta.

—¡Jovita! —volvió a exclamar mi tía—. Mujer, si sigues con tus imprudencias, mejor te sales de mi pieza.

—No vayas a creer —me pidió la Chacha— que Pensativa se queja. Es orgullosa y no creo que ni siquiera piense en las delicias de vivir en México. Mira —añadió, volviendo a apoderarse de mis manos— no sabemos pintártela, pero la adoramos. Tú la verás y la juzgarás. Ella sufre. Esto puedo decírtelo. Sufre y oculta su pesar de verse sin familia, de haber dejado de ser rica, de tener que vivir en una hacienda que por mucho tiempo estuvo deshabitada, de no poder hablar sino con rústicos. Sufre también porque en la guerra religiosa le mataron a su único hermano y se lo mataron de un modo horrible, colgándolo. Es altiva y parece altanera, pero tiene un corazón exquisito. La verás y la harás tu mujer.

—Y ella ¿querrá hacerme su marido?

—Dios permitirá que te quiera —dijo mi tía.

—Eso no está en duda —protestó la Chacha—. A mi niño ¿qué mujer le diría que no?

Desbordando ya curiosidad, pregunté cuándo tendría la dicha de conocer a Pensativa.

—Esta misma noche —me respondió Veva.

—¿Cómo? ¿Tendré que ir hoy mismo al Plan de los Tor-
dos?

—No serás tú quien vaya, sino Pensativa será quien venga.

—Todos estos enredos tienen su gracia —resolví—. Una novia a la que se conoce por un sobrenombre y que no vive como cualquier señorita, sino en una hacienda custodiada por vaqueros; un pretendiente que espera a su futura en su casa mientras ella corre los caminos en la noche; y tres viejas locas que se imaginan posible un matrimonio en tales condiciones.

—Gracias por lo de locas —dijo mi tía.

—¿Y qué tiene de malo que Pensativa venga de noche? —preguntó Jovita—. Seguramente la escoltará Basilio, su caporal, que es fiel como un perro. Además, a Pensativa no le gusta ver a la gente del pueblo.

—¡Eso está mejor! —exclamé—. ¿De modo que no le gusta ver a la gente del pueblo?

—No es que no le guste —explicó Genoveva—. Lo que hace es evitar a gente que sólo se guía por la curiosidad y que no le perdona el vivir recluida en el Plan. En Santa Clara no la conocen porque jamás llega más allá de la Rumorosa. En el pueblo apenas si se acuerdan de que los Infante fueron los amos de esta tierra.

—Luego ¿no se acuerdan de esa familia?

—Los Infante se olvidaron de Santa Clara y Santa Clara se olvidó de los Infante —terminó mi tía, molesta—. Pero el apellido ha vuelto a hacerse famoso en estos últimos tiempos. El caso es que Pensativa vendrá esta noche, a visitarnos y que tú podrás juzgar.

—Vendrá otra noche, que no en esta —dije—. ¡Miren qué gotas empiezan a caer!

Vimos sobre los rosales del jardincito del Calvario precipitarse enormes gotas; los duraznos se retorcieron bajo un golpe de viento y sobre las tres cruces del Calvario se abalanzó una tromba de polvo. Me lancé a cerrar la ventana y para evitarle a mi tía el deslumbramiento de los relámpagos corrí la cortina. La alcoba se hundió en la penumbra.

—¡Santa Bárbara bendita! —exclamó mi tía, oyendo caer el rayo—. Genoveva, enciende la vela del Santísimo.

La Chacha encendió la vela en su candelero de oro y vi mecerse en la pared la sombra de los santos cuyos capelos se llenaban de puntos áureos. El aguacero se abatió rugiendo sobre la Rumorosa, que se llenó de silbidos y de crujidos. Para ver el

espectáculo salí al corredor y me encontré envuelto en las gasas de la lluvia. Me sobrecogió una alegría casi nerviosa, como si el temporal me hubiese comunicado su animación. Ayudé a las criadas a descolgar las jaulas y me divertí viendo a Sultán intentar extraer del canalillo de piedra, con su pataza, las flores de agua que arrojaba el tubo de zinc. Fui al portón y vi la calzada convertirse en un arroyo que se deslizó sonando; se oían relinchos, voces asustadas, desgarrarse de ramajes y luego las explosiones de los rayos.

—No vendrá mi prometida —me dije, sonriendo. Pero dejé de sonreír porque sentí un raro pesar al comprender que el chubasco me impedía conocer a Pensativa. ¡Qué rara poesía brotaba de ese nombre que enmascaraba al auténtico! Y qué mujer seductora debía ser la que provocaba de tal modo la admiración de mis parientas y de Genoveva; la muchacha que vivía, rodeada de mozos adictos, en una antigua hacienda.

Me quedé fumando en el portón, viendo al aguacero borrar los contornos de las cosas con sus flámulas de gasa. Sultán había llegado a acomodarse junto a mí y el vaho de su hocico formaba fugaces nubecillas. Una noche prematura caía con la lluvia, y el frío iba penetrándome a los huesos.

—¿En qué piensas? —oí que me preguntaban en voz baja.

La Chacha había venido a reunírseme y me miraba con interés.

—En que tengo frío, Veva —repliqué, tomándola del brazo y llevándomela a la asistencia.

—No me engañas —dijo la Chacha—. Pensabas en ella.

—Has acertado —contestó mientras me acomodaba en una silla de Viena—. ¿Cómo no habías de acertar si en toda la tarde no han hablado ustedes sino de Pensativa?

—Vas a enamorarte locamente —dijo Veva.

—No creo que me agrade enamorarme locamente. Y por este día o mejor dicho, por esta noche, no me enamoraré, porque Pensativa no vendrá.

—Sí vendrá.

—Veva ¿no dices que la hacienda de Pensativa está al otro lado del río?

—En el plan de los Tordos.

—Pues siendo así, no podrá venir mi presunta novia, porque le será imposible pasar el río.

—Nada detiene a Pensativa —dijo la Chacha.

—¿Tanto así?

—Y más, y más todavía. ¡Qué mujer admirable es Pensativa! Prometió venir y vendrá.

No pude bromear, poseído de un desasosiego que me quitaba la risa. Pensativa se me iba apareciendo como un ser fabuloso.

—Veva ¿Pensativa sabe que estoy en la Rumorosa?

—No lo sabe. O en fin, si acaso lo sabe, ignora nuestros planes para casarla contigo.

—Esa es una buena noticia. Por favor, sean discretas ustedes tres y recuerden que no me dejaré imponer una esposa.

Así terminó la conversación. La Chacha salió para ir a vigilar la cocina, a la que fui a buscarla cuando sentí hambre.

—¿Que ya quieres cenar? —exclamó Genoveva—. ¿No piensas esperar a Pensativa?

—No vendrá, Veva, no vendrá. ¡Oye qué diluvio está cayendo!

Como para desmentirme, sonaron fuertes aldabonazos en el portón.

—Ahí la tienes —exclamó la Chacha, llena de alegría, y corriendo con Fidel para abrir la puerta.

Los seguí sin prisa, conteniéndome y vi a dos jinetes entrar en el patio, sobre el que las lámparas arrojaban franjas de luz. Los viajeros se cubrían con anchos sombreros de palma y con mangas de hule. Cuando llegué a ellos, ya habían desmontado.

—Ven para que te presente con Pensativa —dijo la Chacha.

Me acercaba más aún, para ver el rostro de aquella mujer, cuando un rayo cayó sobre la calzada e iluminó la Rumorosa con un chorro de fuego. Así vi por primera vez a Pensativa, entre el estallido de las descargas eléctricas, como si la hubiese traído la misma tempestad.

III

Sí, fue la tempestad la que trajo a Pensativa. Yo había de comprenderlo poco después, cuando mi alma, habituada a la dulzura de la existencia ciudadana, se viera en los más crueles conflictos. Ya esa noche me sorprendió aquel semblante cuyo solo recuerdo me desgarró el corazón.

¿Cómo podré describir el singular encanto de aquellos ojos profundos, en los que una pena largo tiempo soportada hacía desplegarse la corola de un hechizo sobrehumano? La nariz, recta, nacía de una frente de madona, sobre la cual la misma arraigada pena no trazaba arrugas sino que arrojaba como el espectro de una idea anclada, el bosquejo de una imagen dolorosa. La boca, corta y dibujada, tenía en las comisuras una leve marca de entusiasmo y de resolución. Su cutis ostentaba ese dorado transparente que el sol vierte sobre una piel blanquísima; el pelo, castaño claro, recogido sobre la nuca, dejaba libres las orejas sin pendientes.

Ahora comprendía que se la llamara Pensativa. Se erguía ante mí sin orgullo pero sin calor y la sentí lejana, como si yo no hubiera sido para ella, y conmigo toda la Rumorosa, otra cosa que una viñeta. Entre ella y yo se alzaba una cortina translúcida, un cristal que la transformaba en intocable. Mi amor propio se sintió herido, pero fue dominado por la atracción invencible que emanaba de Pensativa.

La ayudé a despojarse de la manga de hule y del sombrero de palma y admiré su porte no perjudicado por su ropa de montar, masculina, que le ceñía el talle y las piernas. Era casi tan alta como yo, y muy ágil, como si la vida del campo la hubiese desenvuelto, pero sin tocar a su porte aristocrático.

—Vengo llena de lodo, Genoveva —dijo. Su voz, su voz de contralto, me estremeció el corazón. Me quedé estúpidamente en el corredor, fascinado por aquel acento que aún oigo resonar, poseído de mil ansias secretas.

Genoveva se había llevado ya a Pensativa a la alcoba de mi tía y yo continuaba bajo los arcos, insensible al aguacero que sonaba junto a mí. El ruido de los caballos golpeando con los cascos las baldosas, me volvió a la realidad y entonces pude inspeccionar al acompañante de Pensativa.

Ya había oído su nombre: Basilio. Y su semblante es otro que jamás olvidaré. Basilio, fornido, plantado sobre sus piernas curvadas por el hábito de montar a caballo, me miraba con recelo. Me repugnó desde el primer instante. ¡Qué fisonomía de bandido desalmado la suya, con aquella cicatriz que le bajaba desde la frente hasta la boca! Era la de una bestia salvaje aquella faz sombría, en la que llameaban los ojos bajo unas gruesas cejas, y los labios se apretaban con una voluntad de odio y de rencor. La botonadura de plata de sus pantalones relucía bajo los destellos de la lámpara. La mano derecha de Basilio acariciaba mecánicamente la cacha de la pistola guardada en una funda bordada de oro.

Me sentí inspeccionado, medido, amenazado y reaccioné violentamente.

—Me mira usted mucho —dije secamente, deteniéndome junto a Basilio.

—¿Usted es el sobrino de doña Enedina? —me preguntó con voz ensordecida.

—¿Y quién es usted para preguntarme algo? —repliqué. Sentía una repugnancia, avasalladora hacia aquella criatura tenebrosa que destilaba maldad.

Sonrió ferozmente y me dio la espalda para marcharse con Fidel, que se llevaba los caballos. La lluvia iba disminuyendo. Yo, en el corredor, me admiré de la furia repentina que me había poseído y me juzgué un loco. Para cambiar mis pensamientos me dirigí a la alcoba de mi tía, en la que encontré, junto al lecho, entre Jovita y Veva, a Pensativa, que se había sentado en el borde para acariciar las manos de la enferma.

No volvió la cara para verme, pero mi tía me llamó y me hizo acomodarme en la sillita instalada ante el velador. Un foco encerrado en una esfera opaca recubierta de tupida gasa, alcanzaba apenas a iluminar el aposento y hería débilmente los cobres incrustados en la cómoda, el oro de los marcos sobre los muros y el candelero donde había ardido la vela del Santísimo. El ruido de la lluvia llegaba ahora tan tenue, que podíamos oír la marcha del relojito con caja de porcelana asentado en el buró. Pero yo no sentí ninguna calma junto al lecho de la enferma, sino una ansiedad casi dolorosa.

—Pensativa —decía la enferma— ¿te han presentado mi sobrino? Lo llamaron en lo peor de mi enfermedad y vino sin tardanza.

—Si lo veo en la calle no lo reconozco —dijo la Chacha, con efusión—. Volvió hecho un hombre. Es abogado y tan inteligente como lo fue su padre.

Empecé a amoscarme, pero la voz de Pensativa supo volverme la tranquilidad.

—Ya era justo que usted viniera, señor. Aquí se morían de las ganas de verlo.

Su amabilidad no supo disimular para mi oído algo como el eco de un íntimo desdén que vibraba en aquella voz serena, pero teñida como por el reflejo de una pasión lejana e indescifrable. Mi despecho nació y con él el anhelo de imponerme a una simpatía que se me negaba. ¿Quién era Pensativa para helarme con aquella indiferencia que me parecía insultante? ¿Por qué una muchacha condenada a vivir en una hacienda con seguridad desmantelada, una mujer obligada a vegetar en el fondo de la provincia, iba a darse el lujo de tratarme como a un galopín? Me propuse demostrale mi superioridad y para principiar le recordé a mi tía la conveniencia de no fatigarse hablando mucho.

—Su sobrino tiene razón —dijo Pensativa, inclinándose para besarle la frente y poniéndose después de pie—. Duerma usted, señora. Yo voy a mudarme de ropa.

Salió con la Chacha y apenas la puerta se hubo cerrado tras ellas, mi tía y Jovita quisieron saber si me había gustado Pensativa.

—¿Qué ropa se va a poner? —pregunté para retardar la respuesta—. ¿Ropa tuya, Jovita? Se va a ver como un espanto.

—Tiene ropa suya aquí —contestó Jovita—. Pero no interesa lo de su ropa. Dinos si te gusta.

—Es hermosa —contesté, queriendo ser sincero— pero es excesivamente seria. En lugar de Pensativa debiera llamarse Adusta. Y no me agradan las mujeres que hacen visitas en noche de aguecero, acompañadas de un mono horroroso, de un majadero que tiene cara de asesino.

Sin poderse dominar, Jovita me cubrió la boca con la mano. Yo me liberté con impaciencia.

—¿Qué te pica? —le pregunté sin ningún respeto—. ¿No quieres que me oiga ese vaquero? Entonces ¿tengo razón en creerlo un criminal?

—No, no —respondió Jovita, queriendo aparentar—. Es que, pues... si te oye se ofende.

—Que se ofenda o no, me importa un comino —respondí, saliendo de la alcoba para encaminarme a la mía.

Allí, un automático deseo de agradar me hizo cambiarme la ropa y acicalarme sin ostentación. Fumé un cigarrillo antes de dirigirme a la sala, cuyas luces veía ya encendidas y quise reflexionar para marcarme una conducta que me permitiera dominar la frialdad de Pensativa. Sin embargo, mis pensamientos se embrollaban de tal modo que me impacientaron. Me pregunté si me gustaba Pensativa y ni eso pude aclararme, a tal punto me hallaba trastornado.

—Estoy lucido —dije arrojando el cigarro— ¿No es ver-

gonzoso que una mujer medio salvaje me confunda de tal modo? Esto se lo debo a las tres chifladas que me han calentado la cabeza con sus fantasías, hasta el grado de que parezco un colegial en su primer amorío—. Ahora veremos —continué, saliendo del cuarto y dirigiéndome a la sala— quién desconcierta a quién.

Iba a entrar a la sala, cuando vi a Basilio, que se había recargado en una columna para fumar un puro. Volví a sentirme lleno de repugnancia, pero me dominé para entrar en la vieja sala de respeto.

Y apenas puse el pie sobre la antigua alfombra cuyas flores veían desvanecerse sus colores, comprendí que de antemano estaba vencido. Mi petulancia se esfumó. Pensativa, sumergida en una butaca tapizada, era la misma mujer turbadora y extraña, lejana, que me había dominado en la alcoba de mi tía. Había substituido el traje de montar por un vestido negro, sin adornos, cuyas mangas se fruncían en las muñecas. No sólo no estaba descotada, sino que el cuello del traje ocultaba completamente el suyo. No lucía aretes ni collar y su única alhaja era una cruceta de oro prendida sobre el pecho.

Las luces de la sala, lejos de disminuir la belleza de Pensativa, la avivaban. La creí nimbada por un fuego del que sólo se veía el reflejo. Una suprema distinción surgía de aquella mujer cuya mano izquierda jugaba con el pelo del gatito persa de mi tía y quizá nunca aquella sala aparatosa, que se abría solamente en las grandes solemnidades, había visto entre sus muros una gracia tan intensa.

Me sentí arrebatado en una corriente de admiración y al inclinarme ante Pensativa lo hice más para ocultar mi turbación que por pura simpatía. Después me senté frente a ella y quise iniciar una conversación que le sirviera de biombo a mis impresiones.

—Me convenzo de que la quieren mucho —dije intentando ser ligero— al ver que han abierto la sala para recibirla. Yo solo una vez he visto iluminada esta habitación y fue en mi infancia, cuando nos visitó el gobernador.

—No la han abierto por mí, sino por usted —replicó ella, tranquilamente—. A mí me han recibido siempre en la asistencia.

Me corté inesperadamente y pedí auxilio con la mirada a Jovita, que nos contemplaba con arrobó. Después, enfurecido de haber solicitado socorro a la solterona, me apresuré a decir:

—Yo le aseguraba a la Chacha que usted no vendría esta noche. Debe haber encontrado usted crecido el río.

—No, porque no ha llovido en la sierra —respondió Pensativa—. El río ha crecido más abajo de Santa Clara y el camino del Plan de los Tordos lo salva más arriba.

—¿Pero el lodo?

—El lodo no importa —continuó ella, sin jactancia.

—Yo no habría salido en una noche tan horrorosa —afirmé torpemente.

—Lo creo —replicó Pensativa, con un leve gesto de desdén—. A los hombres de la ciudad les disgustan las incomodidades.

—No a mi niño —dijo la Chacha, que entraba llevando una bandeja con copitas.

Me irritó la adoración de mi antigua niñera y empecé a sentirme nuevamente despechado y con ganas de agredir.

—Puede ser que en efecto a los hombres criados en la ciudad no nos gusten las incomodidades —acepté—. No sé si a usted le gustan, señorita, pero que conste que las mujeres rompen todas las reglas. Con frecuencia les agrada lo que a todo el mundo contraría. Pero —añadí, pulsando a mi adversaria, deseando confusamente lastimarla un poco y al par ansiando expresarle mi irrefrenable admiración— tienen la ventaja de que su aspecto no se perjudica, de que no dejan de ser bellas, de que por el contrario, adquieren aún en los medios más hostiles, una segunda y fascinadora belleza. No así los hombres, que nos volvemos salvajes y repulsivos. Vea usted a su criado.

—¿Mi criado?

—Basilio, el horroroso orangután que la escolta a usted.

—Basilio no es mi criado —aclaró Pensativa, sin alterarse—. Es uno de mis mejores amigos.

Su tranquilidad me desconcertaba.

—¿Ese gañán? —pregunté.

—Es uno de los hombres más fieles y abnegados que yo haya conocido —prosiguió ella—. Daría su vida por mí.

—Eso no nada más él —dije galantemente.

—Basilio es un hombre valeroso, un ser con el cual muy pocos pueden compararse.

—Tu primo Cornelio le quiere mucho —intervino rápidamente la Chacha, inquieta por nuestras palabras.

Estuve a punto de enojarme con ella, pero acabé agradeciéndole su intervención.

—Y a propósito de Cornelio —exclamé, rindiéndome— su actitud me extraña. ¿Por qué no ha venido a la Rumorosa?

—Nunca baja de la sierra —dijo Jovita—. Vive en un rancho en las Piedras Coloradas y no viene a Santa Clara ni por el señor Arzobispo.

—¿Ni porque su única tía se esté muriendo o porque su primo Roberto haya llegado de México? —insistí feliz de encontrar un punto por el cual escaparme.

—Ni por esas, Roberto —me dijo Genoveva—. Tu primo es un oso... ¿Cómo les dices a los que viven sin querer ver a la gente?

—Yo les digo locos —repliqué, con maligna intención.

—Cornelio es un hombre admirable —dijo Pensativa.

—¿Otro hombre admirable? No lo elogie usted, señorita, porque creeré que Cornelio ha terminado por semejarse a Basilio.

—Los dos fueron cristeros —me respondió Pensativa.

Y su respuesta me aturdió.

*
* *

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Cornelio fue cristero?

—Fue de los más ardientes y tuvo a sus órdenes a Basilio. Por eso no baja de la sierra. Pertenece al número de los que se disgustaron con el clero cuando éste firmó la paz con el gobierno y vive como un ermitaño en un lugar al que usted no irá nunca porque el camino es muy incómodo.

—Por eso y porque nada tengo que ver con Cornelio desde este momento —afirmé—. Detesto a los cristeros —concluí, entre la consternación de Jovita y de Veva.

—Yo no puedo detestarlos —dijo Pensativa, sin conmoverse—, porque mi hermano luchó al lado de ellos.

—¡Oh! perdón —rogué, apresurado—. Créame: he hablado por hablar.

—Hay hombres que hablan por hablar —asintió ella, con un desprecio que me heló—. Hombres cuya sangre es agua. Por fortuna en esta comarca abundan los valientes que lo dejaron todo por defender su fe. Cornelio luchó heroicamente y es un milagro el que aún viva.

—¿Basilio recibió una herida en esa lucha? —pregunté servilmente.

—Sí, en ella la recibió. Basilio es valiente como el que más. Para mí es un héroe, aunque para usted debe ser un bandido.

—Nunca me he preocupado de juzgar a los cristeros ni a sus enemigos —dije con tono conciliador.

Vi agitarse los labios de Pensativa, pero las palabras no llegaron a brotar de ellos, lo que consideré una suerte, pues no me cupo duda de que me hubieran ofendido. Respiré cuando la Chacha nos invitó a pasar al comedor y estaba tan amilanado que no pude protestar cuando Basilio entró y se sentó con nosotros a la mesa.

Apenas si hablamos durante la cena. Mi prima y Genoveva estaban inquietas y yo me sentía dividido entre el placer de contemplar a Pensativa y la cólera de ver ante mí la horrorosa cara de Basilio. El me inspeccionaba a hurtadillas, rencorosamente y yo deseaba con toda el alma que se presentara la oportunidad de hacerle ver cómo su brutal fuerza no prevalecería sobre mis conocimientos del box.

Cuando la cena concluyó, no pensamos en hacer tertulia, a pesar de la Chacha, que se desolaba de ver enemistados a los que ella había soñado unir. Me encerré en mi cuarto tan pronto como pude y fumé un cigarro, de pie junto a la ventana enrejada. La noche era fría; el campo estaba envuelto en tinieblas, pero sobre la sierra se sucedían los relámpagos.

Me sentí triste, cansado, vencido. Pensativa me había humillado, había desdeñado mi trato, había despreciado mis intentos cordiales. ¿Qué mujer era pues esa, que sabía golpear tan fuertemente y que sin embargo, sí, sin embargo de su fuerza, no lograba hacerse odiar? Me aplastaba, me desdeñaba, pero no conseguía que yo la aborreciera. Y no me cabía duda sobre lo profundo de su desprecio para mí; me creía de alfeñique, un figurín que no era digno de parangonarse con el orangután que la escoltaba entre la tormenta.

Ella había sufrido cruelmente. Estaba arruinada, su hermano había muerto ahorcado y ella tenía que habitar en una hacienda perdida y en una tierra regada de sangre. ¿No era natural que me desdeñara, a mí que había vivido sin agitaciones ni sobresaltos, sin pasiones? Tenía razón en ser altiva y en desafiarme y bien podía perdonársele el que prefiriera la compañía de un salvaje que había militado a las órdenes de su hermano y que compartía con ella una vida de esperanzas.

Me sorprendí al encontrarme disculpando a Pensativa y me pregunté si ella me gustaba y si yo me iba enamorando. Nunca me ha agradado engañarme y por eso mi examen de conciencia fue tan sincero. Yo no amaba todavía a Pensativa, me dije, pero ella me gustaba de un modo peligroso. El deseo de brillar ante sus ojos, de rehabilitarme, que iba creciendo en mí, era un impulso que podía llevarme a una pasión tanto más amenazadora cuanto que aparentemente no sería correspondida.

—Lo mejor es —decidí— evitar encontrarme con Pensativa. Y cuando esto no sea posible, debo dominarme y dejar correr las cosas sin querer exhibirme.

Me sentí tan satisfecho de esta resolución, que creí haberme librado de apretados lazos. Mientras paseaba por mi cuarto pensé en que la ciudad dota al hombre de una gran sabiduría y que esta sabiduría iba a impedirme ser víctima de las fantasías de las mujeres de la Rumorosa y a precaverme de caer en la esclavitud de una mujer en verdad sin nombre, hermana de un ahorcado y que vivía rodeada y protegida por una banda de forajidos.

IV

Al acostarme creía en mi fuerza, pero mis sueños, en los que Pensativa se presentó sin cesar pudieron convencerme de que mi fuerza era la misma de la celada de don Quijote y de que era mejor no probarla. Al despertar, lo primero que deseé fue ver a Pensativa y apreciar su belleza a la luz de sol.

Cuando salí al patio lo vi rebosante de niebla. Un olor espeso de cieno y de hojarasca me atacó la nariz. La primer figura que encontré fue la de Basilio; el bandido fumaba junto a una puerta, que sería la de su ama y me miró sin saludarme. Pasé de largo, silbándole a Sultán, que acudió a festejarme, pero no dejé de sentir en mi espalda la mirada de Basilio. Dudé en si buscarle pendencia, aunque por suerte la serenidad que me había dado la mañana venció a mis impulsos. En el cuarto de mi tía me topé con la Chacha, que me tomó las manos con ansiedad.

—¿Qué has pensado? —me interrogó.

—Veva —le dije, procurando ser amable— debes renunciar a tus sueños. Pensativa me disgusta y yo le resulto insoportable a ella.

—No, no renunciaré a nada —dijo la Chacha—. Todo se arreglará.

Mi tía y Jovita tampoco quisieron aceptar mi fracaso y les di la razón cuando al salir al corredor vi a Pensativa, que se dirigía a dar los buenos días a la enferma. Parecía fatigada, pero, si era posible, resaltaba aún más su hermosura que en la noche. Me saludó con su seria amabilidad y me dejó lleno de dudas y de inquietudes.

Al correr la mañana recibimos la visita del párroco y del médico. Yo no conocía al sacerdote, pero conversé con el doctor, el que después de reconocer a mi tía me llevó a mi cuarto y sentándose frente a mí me intimó:

—Desembucha.

—¿Qué quiere usted saber, doctor? —pregunté receloso.

—Conmigo no andes con misterios —dijo el viejo doctor—. Te conozco desde que naciste y no vas a querer ocultarme nada. Tu tía, tu prima, el cura, Genoveva y yo, queremos casarte con Pensativa. Tú la has visto y puedes decirme si te agrada.

Le confié lealmente mis impresiones y le referí los incidentes de la noche pasada.

—Como se ve —concluí— Pensativa me gusta más de lo que yo hubiera esperado. Me gusta hasta desconcertarme como a un mozalbete; me domina y me aplasta. En cambio, ella me desprecia tanto que veo claramente que no debo alentar esperanzas.

El médico se rascó las mejillas y reflexionó.

—Debes tener confianza en mis palabras —acabó por decir—. Yo quiero tu felicidad y creo que la encontrarás con Pensativa. Sólo que debes hacerte a la idea de que con ella el éxito no será fácil. Pensativa ha sufrido y sufrirá. Hay una tragedia espantosa en su vida.

—Sí, ya lo sé —lo interrumpí—. La muerte de su hermano.

—La muerte de su hermano —asintió el doctor, lentamente—. Y algo más que tú sabrás después. Esos dolores la atormentan, pero es un alma generosa, exquisita, fuerte, que necesita una ayuda como sólo puede dársela un marido. Necesita amar y ser amada, para curarse.

—Ya está usted hablando como médico —observé, queriendo impedir más confidencias.

—Déjame hablar —me exigió el doctor y le agradecí que se impusiera—. Tú puedes hacer feliz a Pensativa y ella, en retorno, puede hacer tu felicidad. No te desanimes, muchacho. Vale cualquier trabajo la conquista de un corazón como el de Pensativa. Arriégate. No sé si una vida mediocre, sin dolores vivos ni vivas alegrías, sea agradable, pero siempre preferiré una vida apasionada. Lucha. Si Pensativa te desprecia hoy, mañana te admirará. Su desprecio no pasa de ser un prejuicio que se disipará ante la realidad.

—Bien —acepté con placer—. ¿Pero qué debo hacer con Basilio? Ese animal me odia y yo acabaré por odiarlo.

—¿Basilio? ¿Te ha molestado?

—Me molesta en grado máximo. Si continúa con sus impertinencias acabará por encontrarme.

—Conquistate a Pensativa y te conquistarás a Basilio —respondió el doctor—. Ese infeliz adora a su ama. Si no te quiere es porque naturalmente desconfía de todos cuantos se acercan a su dueña. Ahora un último encargo: no hables de los cristeros.

—Anoche supe cosas estupendas de Cornelio —dije.

—No hables de él ni de sus amigos. Podría costarte caro. Esta zona produjo los cristeros a millares y aún hoy el pueblo está profundamente dividido. ¡Lo que vi en esa época, muchacho! No sé cómo puede haber gente que desee jamás la guerra civil. Nada hay más atroz que una lucha como la que tuvimos aquí, en la que la muerte se escondía tras de cada roca, en la

que las familias luchaban entre sí. Creo que jamás se han cometido crímenes tan espantosos como los habidos en esa lucha y preferiría emigrar antes que ver nuevamente esas escenas. Ten pues mucha prudencia. Los antiguos cristeros pululan en el pueblo y son los hombres más orgullosos del mundo... y los más vengativos.

Me dio una palmada en el hombro y salió de mi cuarto para tomar su volanta y regresar con el párroco a Santa Clara. Yo medité a solas sus palabras. No compartía su interés por una vida apasionada y me dije que lo mejor de aquella aventura era no intentarla. ¿Qué necesidad tenía de verme entre furiosos y rencorosos, de hacer el amor a una mujer dolorida e insociable? No, resueltamente no trataría de conquistar a Pensativa.

En la comida hablé únicamente lo indispensable. En ella me enteré de que Pensativa y su acompañante regresarían esa misma tarde al Plan de los Tordos y resolví evitar la despedida marchándome de paseo. Monté a caballo y saliendo a la deshilada, escoltado por Fidel, partí al azar. Pero ¿quién puede entender el corazón humano? A despecho de mi decisión, preferí el camino que Pensativa tenía que recorrer para dirigirse a su hacienda. Me disculpé ante mí mismo alegando que lo que yo deseaba era ver el río, pero no quise discutir para no vencerme de doblez.

El aguacero de la tarde anterior había cambiado por completo el aspecto del paisaje. Todo había reverdecido y la tierra humeaba bajo un sol amarillento. Los caminos estaban fangosos; el menor soplo de viento traía rociadas que sonaban en los ramajes. En las torrenceras se amontonaban la hojarasca y los guijarros, y los arroyos henchían los vados con un agua que pasaba bramando en dirección del río.

Dejé a mi caballo marchar al paso y a su antojo y oí el silbido suave de Fidel sonando a mi espalda. Una tristeza sin forma me invadía en las sendas empantanadas. El ganado, medio hundido en los barrizales, alzaba hacia nosotros sus ojos inexpresivos y sus hocicos humeantes. El trueno rodaba en la cordillera diademada de nubes negras y asustaba a los pájaros en las enramadas. Mi melancolía se hizo tan abrumadora, que acabé por detener a mi caballo en un cruce de caminos, frente a una laguneta en cuyo sucio espejo se copiaba la arboleda.

—Tengo que verla —decidí, desgarrado por un pesar que miente—. No puede irse así, despreciándome, y no puedo quedarme así, desconocido. Esto no es sino simple amor propio, pero si no lo satisfago no encontraré paz.

El sol se ocultó tras una nubecilla y cuando volvió a salir hizo brillar en el fondo de la laguneta el barro dorado. El viento corrió con mayor vivacidad y mi caballo relinchó.

—Está lloviendo en la sierra —dijo Fidel.

Los picachos habían desaparecido bajo una cortina gris y los rayos atronaban la llanada. No me disgustó aquel ambiente pletórico de fuerzas, como si en él hubiese encontrado mi alma su verdadera y nueva atmósfera. Tomé resuelta pero lentamente el camino del río, seguido siempre por Fidel, que había dejado de silbar.

Caminábamos tan despacio, que un kilómetro antes de llegar al río fuimos alcanzados por dos jinetes. No tuve necesidad de verlos para conocer de quiénes se trataba. Me descubrí y saludé a Pensativa, que llevaba dos metros de ventaja a su vaquero.

—¿De regreso? —dije, intentando ser estrictamente político.

—Sí, de regreso —respondió ella—. Me alegro de encontrarlo antes de dejar estos lugares.

—Sabía que usted pasaría por aquí y por eso es que cometí la desatención de alejarme de la Rumorosa. ¿Me permite que la acompañe en el camino?

Ocultó su sorpresa y su disgusto y con una inclinación de cabeza me permitió acompañarla. Arrojé sobre Basilio una sola mirada, de amo a criado, que lo enfureció y puse mi caballo junto al de Pensativa.

—Ahora sí habrá creciente —dije—, a tiempo que mostraba la sierra y su nublado.

—Llegaremos al vado antes que ella —replicó Pensativa sin apresurar el paso de su montura.

—Tengo ganas de ver una creciente —exclamé—, sintiéndome muy alegre al ir junto a Pensativa, al escuchar a los caballos golpear los charcos, al respirar el aroma de la llanura empapada—. Y ésta será imponente, porque como sólo en las montañas está lloviendo, vendrá de un golpe.

Sin hacer caso del silencio de Pensativa continué hablando, cantando mi amor a la tierra natal, al campo libre y a su vida robusta y yo era el primero —y quizá el único— en creer en ese repentino amor. De este modo alcanzamos las márgenes del río.

El camino emprendió un prolongado descenso entre taludes escuetos y desembocó bruscamente en el fondo del cauce. Los caballos mostraron una súbita nerviosidad en aquel sitio desolado. Sobre nosotros elevaban las márgenes sus crestas festoneadas de verdura. La corriente pasaba ante nosotros, sucia, lenta, aumentada ya por los arroyos, invadiendo con un murmullo sordo los bancos de arena.

—Mi amo —me dijo Fidel— ¿va usted a pasar el río?

—Sí.

—Pues si llega la creciente no podrá usted regresar a la Rumorosa.

—Vuélvete tú —le ordené— y avisa a mi tía que me he ido acompañando a la señorita Infante hasta su hacienda.

—No es preciso que se moleste —dijo ella, secamente—. Basilio basta para escoltarme.

—¿Me prohibirá usted el placer de acompañarla? —pregunté con osadía—. Pensaré que soy muy desagradable.

—La señorita va bien conmigo —exclamó Basilio, amenazador. Regrésese.

—No tomo órdenes de los mozos —repliqué, volviendo a insultarlo con la mirada—. Señorita, si mi compañía la molesta, regresaré a la Rumorosa. Pero quiero que sea usted quien me lo diga.

—No, no es que me moleste —dijo ella cohibida— sino que la hacienda le parecerá...

—Puesto que no la molesto —resolví, sin dejarla terminar— la acompañaré. Fidel, vuélvete a la Rumorosa.

Fidel se despidió e hizo volver grupas a su caballo. Mientras él rehacía el camino, nosotros atravesamos diagonalmente el vado, rompiendo las aguas que se iban irritando gradualmente. El trueno resonaba con más brío al encajonarse en el cauce y los caballos se estremecían ante un peligro encerrado entre los murallones cortados a pico, en los que sobresalían rocas verdosas, cornisas con crines de parásitas, monolitos labrados por la erosión y prestos a desplomarse al menor empuje.

El camino tenía en la otra ribera una brecha de mayor anchura, formando un anfiteatro arenoso que dejaba más libre la vista y que permitió a los caballos ascender fácilmente. Cuando llegamos a media cuesta ocurrió un accidente que me regocijó y fue que se rompió la cincha del caballo de Basilio.

El bribón bajó a tierra con mayor velocidad de la que le hubiera gustado, pero no masculló la menor interjección y se puso a reparar el desperfecto.

—¿Seguimos nosotros el camino? —le pregunté a Pensativa.

—Es mejor que esperemos a que Basilio componga la cincha. Así podrá usted ver la creciente.

Yo estaba demasiado contento para aclarar que la creciente me importaba un rábano y seguí lentamente la marcha al lado de Pensativa, que caminaba con la cabeza baja. Cuando íbamos a alcanzar el extremo de la cuesta, un muchachito indio, que subía a pie, se interpuso en el paso del caballo de Pensativa y recibió un golpe que lo derribó.

—Tonto —le dijo Pensativa, deteniéndose—. ¿Te has hecho daño? ¿Es que no ves por dónde caminas?

—En efecto, no ve —dije saltando de mi caballo—. Es ciego. Me incliné y levanté al chiquillo. No había sufrido daño. Lo sacudí, le puse en las manos la vara de membrillo que le

servía para guiarse en sus tinieblas y le di una moneda. El reía torpemente y se alejó con lentitud. En ese instante me dije que era raro que Pensativa no hubiese bajado para ayudarme y extrañado de tanta insensibilidad voltee para verla.

Lo que vi me colmó de admiración. Basilio había soltado su caballo y estaba junto a su ama, frotándole las manos con una angustia impresionante. Pensativa estaba lívida. Había cerrado los ojos y se mantenía con esfuerzo sobre la silla.

—¡Estúpido! —rugió Basilio—. ¿Por qué le dijo que ese monigote era ciego?

No quise responderle, maravillado del incidente. Si Pensativa se hubiese desmayado, Basilio me hubiera agredido y esa seguridad me hizo preparar los puños. Por fortuna, Pensativa se repuso. No me vio ni me habló.

—Arregla tu silla —le ordenó secamente a su caporal.

Yo iba a disculparme, a punto fijo no sabía de qué, cuando percibí un rumor que hizo levantar las orejas a los caballos. Era un zumbido que venía de las montañas y que dominaba el estampido de los truenos.

—La creciente —exclamé.

—La creciente —repitió Pensativa, ensimismada.

Su rostro seguía mortalmente pálido y por él pasaban bruscos estremecimientos, leves sacudidas dolorosas. No supe qué decir y llevando a mi caballo por la rienda busqué un sitio desde el cual ver acercarse la creciente. El zumbido, aproximándose, esparcía en la naturaleza un vago terror. Los caballos piafaban. Unas víboras ondularon trepando la cuesta y un gavilán emprendió el vuelo rápido bajo las nubes oscuras.

Nada se veía en el río, pero todo se agitaba en una espera angustiosa. El zumbido se convirtió en fragor y adiviné, tras el recodo del cauce, la manga de agua cayendo desde la sierra, arrojándose en tumulto por los desfiladeros, clamoreando entre las rocas, devastándolo todo, desarraigando los arbustos, haciendo volar las peñas, fangosa y potente, irresistible, endemoniada. Mi caballo se estremecía. Las hojas de los álamos se habían puesto a temblar y un coyote huyó con ligereza entre los matorrales.

Un grito me hizo saltar. Era Basilio el que clamaba:

—¡Corra, corra! ¡Sálvela!

Volví los ojos hacia lo bajo de la cuesta y vi a Pensativa en el fondo del cauce, en el que con mano firme dominaba a su caballo y esperaba la creciente.

No recuerdo cuáles fueron mis pensamientos en ese instante y ni siquiera estoy seguro de haber pensado algo. Basilio corría cuesta abajo. El fragor se aproximaba raudamente. De un salto monté en mi caballo y le hundí las espuelas. La bestia se encabritó, relinchó de terror y acabó por lanzarse hacia el fondo del cauce. Todo volaba y se confundía a mi lado y fue un prodigio el que yo no rodara en aquella hondonada en la que el infierno se había desatado. Me vi de repente junto a Pensativa, cuyo caballo saltaba, asustado, entre la corriente ya más rápida.

—¡Venga! —grité, queriendo coger las riendas.

El trueno de la creciente aplastaba mi voz, pero Pensativa vio mi ademán y alzando la mano me dio un fustazo. Aquello me enfureció. El agua llegaba atronadoramente, los caballos relinchaban, los peñascos se cimbraban en los murallones. Me lancé sobre Pensativa, la tomé por la cintura y espoleando mi caballo huí con ella hacia la ribera por la que Basilio corría como loco.

Aquel fue un minuto de agonía. El caballo se destrozaba en su loca carrera ascendente. Oí un cañonazo y la cresta de la ola nos alcanzó, haciendo trastabillar a la montura. Pero ya estábamos bien alto y el agua no pudo derribarnos. Un último esfuerzo nos puso en tierra seca.

Depositó a Pensativa en el suelo, sin soltarla y desmonté para sostenerla, imaginando que iba a desmayarse. Ella estaba serena y buscaba a Basilio con la mirada.

—¿Qué le dio por suicidarse? —le pregunté, con voz aun destemplada.

—¿Dónde está Basilio? —me interrogó ella.

—No sé ni me importa saberlo —repliqué—. Ojalá se haya ahogado.

Mi deseo no se cumplió, porque en ese momento apareció Basilio, al que el empuje del agua había hecho rodar entre las rocas. Sólo un salvaje como él podía salvarse de aquel mortal abrazo. Se presentó ensangrentado, cubierto de barro, pero no dudó un instante y corrió a arrodillarse ante Pensativa, cuyas botas besó. Ella le puso una mano sobre la boca y le dijo:

—De esto, ni una palabra.

—Sí, sí —obedeció él, mirándola con adoración. Después,

antes de que yo lo hubiese podido impedir, cogió mi mano y me la besó ardientemente.

—Suélteme —le dije, impaciente—. No me gusta que me besen la mano. Me acometió una alegría tan brusca, tan rotunda, que quise bromear: —En la ciudad somos de alfeñique, pero no besamos la mano de los hombres.

El no se dio por ofendido.

—Gracias —me dijo, yendo a buscar el caballo de Pensativa, que desembarazado de su jinete había huido con más ligereza que el mío.

Aproveché el momento en que quedé solo con Pensativa, para interrogarla:

—¿Por qué hizo esa locura, Pensativa?

Era la primera vez que la llamaba así y sentí mi boca llena de dulzura. Pensativa tardó en contestar. Miraba ante nosotros pasar la crecida, que atronaba atacando las riberas y jugando con los árboles que se había robado en la cordillera. Nuevos estampidos se aproximaban y el cauce hervía de un agua amarilla que subía sin cesar. La obscuridad se iniciaba en la llanura, cuyos árboles se borraban.

—Va a llover —dijo Pensativa, mirando las nubes que volaban muy bajo.

—Dígame —insistí—: ¿por qué hizo esa locura?

—Quise ver si mi caballo resistía la creciente —me respondió, y echó a andar sin preocuparse de ver el efecto que hacía en mí su respuesta.

Renuncié a averiguar la verdad, pero indudablemente Pensativa se sintió obligada a justificarse, porque a los cuantos pasos se dejó alcanzar.

—El caballo se asustó y echó a correr —me dijo—. Y...

—¿Y?

—Y estoy arrepentida de haberle dado a usted el fustazo, pero el miedo me había enloquecido.

—Deme fustazos siempre que se le antoje —exclamé.

Pensativa apresuró el paso y me avergoncé de mi falta de decoro. Para hacerla olvidar iba a ofrecer mi caballo, cuando Basilio se presentó con el de Pensativa.

—Dense prisa —dijo, viendo que empezaba a llover y ayudando a Pensativa a ponerse su manga de hule.

Yo tuve el estribo para que ella montara y después de haberme resguardado con mi capa monté mi caballo y lo dirigí tras el de Pensativa. Basilio se quedó atrás, pero no tardó en alcanzarnos montando en pelo y llevando la silla sobre la cabeza.

La lluvia se transformó en aguacero y aliada con el crepúsculo borró el paisaje. Caminamos entregados al instinto de las cabalgaduras, recibiendo en la cara un agua helada, rozando ramas invisibles. A ratos, los relámpagos descubrían un árbol

aislado y sacudido, un recodo inundado, un cerro erizado de nopales. El frío se hacía punzante pero no dije una palabra, temeroso de recibir burlas.

Por fin vimos una luz parpadeante. Una descarga eléctrica iluminó un viejo edificio, bajo, coronado de los puntiagudos merlones de la colonia y asentado en un leve repliegue del terreno. Era la hacienda, y su presencia torva, delatada por los relámpagos, me oprimió el corazón. Al acercarnos a la casa, los perros acudieron ladrando. Un muchacho corrió a nuestro encuentro llevando una linterna y aquella luz nos facilitó alcanzar el zaguán.

No pude negar, penetrando en el patio del Plan de los Tordos y aspirando el olor de ruina que exhalaba la construcción, que era bien triste la morada de Pensativa. Adiviné, más que vi, habitaciones sin techo, muros empenachados de yerbajos y por todas partes el abandono y la miseria. La gente que nos rodeó no estaba mejor que el caserón.

Una docena de hombres, casi todos inválidos, tiritaba en sus guayaberas parchadas y en sus jorongos rasurados. Tres mujeres avejentadas por las fatigas, se envolvían en rebozos maltratados y contenían a unos arrápiezos que pugnaban por acercarse a besar la mano de Pensativa. El grupo nos saludó en coro:

—¡Ave María Purísima!

Se me olvidó responder, asombrado de tanta miseria. La realidad superaba mis previsiones. Pensativa comprendió mis sentimientos y me dijo con una malicia que le alegró el semblante:

—No olvidará usted la bella noche en el Plan de los Tordos.

—¿Por qué no había de parecerme bella una noche pasada en su hacienda? —pregunté.

Ella no respondió y desmontando me guió a la que en otros tiempos debió ser la asistencia.

—Esta es la única pieza de recibo en la hacienda —me advirtió— y se encuentra en la única ala habitable del edificio. Aquí le pondrán un catre de campaña con el que tendrá que conformarse.

—Puedo dormir en el piso —repliqué.

—No es necesario tanto sacrificio. Y ahora voy a ver que preparen la cena. La cual será, como toda la casa, pobrísima.

Su amabilidad, tan nueva para mí, me conmovió y lamenté verla salir de aquella habitación simplemente encalada, iluminada por la linterna de petróleo que uno de los mozos había depositado sobre una mesita. El piso, de ladrillos gastados, no tenía para ocultarlo sino una vieja piel de tigre. El mobiliario se reducía a una mecedora austríaca, a dos sillitas cuyo asiento de fibra se cubría con pieles de coyote, a la mesita de pino sobre la que se asentaba la linterna y a un secreter antiguo, Luis XV, de palo de rosa, cuya presencia en aquel lugar me asombró.

Lo examiné, seducido por su lindo aire que no se perdía en aquella atmósfera abrumadora, pero después lo olvidé para contemplar una fotografía colocada sobre el secreter y encerrada en un marco de plata vieja. Representaba a un hombre de veinticinco años, de nariz fina, de frente despejada. No cabía duda: aquel retrato era el del hermano de Pensativa. Lo probaban la mirada melancólica, la expresión toda, concentrada, penetrada de un ensueño y casi de una desilusión.

—Es mi hermano —oí que me decían.

Voltee y me encontré con Pensativa, que se había cambiado de ropa y que parecía haberse puesto el mismo vestido con el que la había visto en la Rumorosa, a tal punto el corte, el color y la ausencia de adornos eran idénticos. No demostraba recordar la escena del río y no quise demostrar más memoria. Aunque no eran preguntas las que me faltaban.

¿Por qué se había querido suicidar Pensativa? ¿Y por qué se había impresionado tanto al encontrar al ciego? ¿Y por qué vivía en aquel páramo, rodeada de inválidos? ¿Y?... Pero nada pregunté, sugestionado por la belleza de Pensativa, más arrebatadora que nunca a la luz de la linterna y en la devastación de su morada. Me turbaban la presencia de un misterio que no alcanzaba a penetrar y el temor, no bien marcado, de que todo aquello significara la imposibilidad de conquistar a Pensativa.

Porque yo, ahora, ya no dudaba. No había sido un impulso heroico el que me había hecho desafiar a la creciente para rescatar a Pensativa, sino el miedo a perder algo de que ya no podía prescindir. Todo contribuía a rodear a Pensativa de una aureola hechizada: su hermosura y su aislamiento, su melancolía, su casa desmantelada, su altiva pobreza, sus servidores salvajes y miserables. Mi mirada en aquel instante fue tan expresiva, que Pensativa pudo leer en ella todas mis ideas.

—Dentro de un minuto estará la cena —me anunció, para cortar el silencio—. Naturalmente solo habrá carne asada, queso y café con leche.

—Eso será un festín para el apetito que traigo —exclamé alegremente—. ¿Me permite usted fumar?

Sobre su asentimiento encendí un cigarrillo. Basilio entró con un plato en el que había un vasito y una botella.

—Para el frío queda bien el tequila —me dijo, ofreciéndome lleno el vasito.

—¿Usted no bebe? —le pregunté a Pensativa.

Ella negó con la cabeza y yo bebí aquel líquido que me comunicó un calor muy agradable. Cuando Basilio salió, Pensativa se sentó en la mecedora y me dijo, tras invitarme a acomodarme en una de las sillas:

—Veo que ya se conquistó usted a Basilio. Ahora puede usted hacer con él lo que quiera.

—Créame que eso me da gusto —repliqué con verdadero contento—. Basilio me era odioso mientras me mostraba malquerencia, pero ahora que sé que ya me estima, me tendrá de amigo. Creo que es un buen hombre.

—Quizá no sea precisamente un buen hombre —respondió Pensativa, con una sonrisa que me permitió apreciar el cambio que nuestras respectivas situaciones habían experimentado en veinticuatro horas—. Todo está en cómo se le juzgue.

—La adora —dije.

—Sí, me adora. Es fiel como un perro. Fue el asistente de mi hermano, que le tenía mucho aprecio por el soberbio valor que Basilio demostró en todos los trances. Cuando mi hermano murió, Basilio hizo todo lo posible por vengarlo.

—¿Y lo consiguió?

—Fue muy útil para conseguir la venganza... y la presentó —contestó Pensativa, hablando sin prisa—. Ninguno odió más que él al desdichado que traicionó a Carlos.

—Luego pues ¿hubo una traición?

—Una traición abominable —dijo Pensativa, palideciendo—. Los enemigos encontraron un infeliz que consintió en ser el Iscariote... Pero eso ya pasó... ¿Es que usted no conoce esa historia? —preguntó, clavando en mí sus ojos, en los que se traslucía una sospecha.

—En absoluto —aseguré.

—Es mejor. Dichosos los que nada tuvieron que ver con esa guerra.

—Basilio recogió en ella un recuerdo inolvidable —dije, aludiendo a la cicatriz del mozo.

—Se lo ganó cuando quiso salvar a mi hermano. Por eso participó con más ganas en la venganza.

—¿Quiénes fueron los vengadores? —pregunté, sin pensarlo.

—Los hombres a los que vio usted en el patio —dijo ella, tranquilamente—. Esa es la causa de que estén conmigo. Cuando terminó la guerra y me vine a esta hacienda, quise conocer a la gente que había servido a las órdenes de mi hermano y recogí a mi lado a los que no podían trabajar fácilmente, a los mutilados y a los que fuera de aquí tropezarían con enemigos implacables.

Hablaba lentamente, como dominada por una idea fija y ambos sentimos un raro alivio cuando vinieron a anunciarnos la cena.

El comedor del Plan de los Tordos era la misma cocina, enorme, de formidable viguerío ahumado del que pendía el tasejo, con un interminable brasero cuyos azulejos relucían de limpieza. En el centro de aquel aposento, al que apenas bastaban para sacar de las tinieblas dos linternas colgadas de cadenas de hierro, había una larga mesa sin mantel, formada por

dos tablones puestos sobre sólidas tijeras. En la cebecera había una sola silla y ya Pensativa daba orden de que trajeran para mí una de la asistencia, cuando yo me negué y me acomodé en una de las tablas que soportadas por cajones vacíos servían de asiento a los mozos.

Mi plato estaba puesto sobre una vieja servilleta adamascada, rota en varios lugares, pero observando que Pensativa no disfrutaba de igual lujo, retiré el mantel.

—¿Por qué estas finuras conmigo? —pregunté—. Lo que me gustaría sería otro vasito de tequila.

Vi en el semblante de Basilio pasar como un aletazo de satisfacción al oír mis palabras. Bebí a la salud de Pensativa y comencé a comer o más bien a devorar. Como el único par de cubiertos era el de la señorita y ella comprendió que sería inútil ofrecérmelo, emplee los dedos. Aquello agradó a los mozos, que visiblemente se sintieron menos cohibidos.

Los inspeccioné al desgaire. Ahora que los sabía viejos soldados del hermano de Pensativa, y sus vengadores, no me extrañaba verlos comer en la misma mesa que su ama. De ellos, el que no era cojo era manco y el que no tuerto. Tenían rostros fieros, resueltos, que no me hubiera gustado ver de noche en la revuelta de un camino. Entre todos sólo uno mostraba un semblante plácido y era el muchacho que había salido a encontrarnos con una linterna cuando llegamos a la hacienda. Se llamaba Esteban y era jovial y despejado. Me examinaba con más franca curiosidad que los demás y me propuse interrogarlo para saber algo de lo que me intrigaba en el género de vida que se hacía en el Plan de los Tordos.

Al concluir la cena me sobrevino un irresistible sueño. La penumbra de la cocina, las emociones de la tarde, la fatiga del camino, me abrumaban. Por eso, cuando Pensativa me hizo saber que mi catre había sido instalado, me despedí sin vacilar y volví a la asistencia. Me acosté vestido, pero antes de dormirme no pude menos de reflexionar en lo que había de singular en aquella hacienda ruinosa, en la que una mujer de fina raza, de costumbres civilizadas, vivía rodeada de hombres a los que por largo tiempo se mantuvo fuera de la ley, a los que se hubiera ahorcado sin trámites apenas seis años antes. Finalmente, el rumoreo de la lluvia sobre el techo me arrulló y me hundí en un profundo sueño.

VI

En la madrugada me despertaron las voces de los mozos en el patio. Me levanté y por la alta ventana enrejada aventuré una mirada sobre el campo, pero apenas vi otra cosa que la niebla flotando sobre los pastos. Entonces salí al patio.

El edificio me causó una impresión más penosa aún a la luz del día; sus dos terceras partes habían perdido el techo y las parásitas crecían en los pisos desnivelados. Sólo estaba habitable el lado en el que se encontraban la asistencia y la cocina. Allí el ancho corredor embaldosado estaba lleno de tiestos reunidos en triple fila y colmados de flores.

La presencia de Pensativa me resultó más agradable que nunca en aquel recinto desolado, como si ella hubiese sido la vida misma, la encarnación y la esperanza de una existencia menos primitiva que la albergada por el caserón. Pensativa me saludó con una de sus graves sonrisas, se informó de si no había pasado una noche demasiado mala y me anunció que Basilio deseaba ofrecerme "la mañana".

—Venga el tequila —acepté—. Con este frío me caerá admirablemente.

Basilio trajo la botella y el vasito. Visiblemente quería ser cordial, pero sus ademanes seguían siendo brutales y su espantosa facha no conseguía vencer mi repugnancia. Basilio imperaba sobre los mozos no como un caporal sino como un sargento y ellos lo obedecían sin chistar.

En el almuerzo vi menos lúgubre la cocina, pero encontré la mesa menos rodeada de gente, pues algunos de los mozos habían salido para vigilar el ganado. Las tres mujeres que hacían el servicio se desvivían por atenderme y comprendí que Basilio había dejado transparentar algo del peligro corrido por Pensativa y de mi galopada ante la crecida. Con gran sorpresa mía, descubrí que ellas también ostentaban algunas señales de la guerra. Mariana, la más vieja, había sufrido la amputación de la mano izquierda; Lucía, la más joven, que amamantaba a su hijo, mostraba en la frente un trazo que sospeché había sido dejado por una bala.

—¿Es que ellas también anduvieron en los combates? —le pregunté a Pensativa.

—Ellas también —repuso Pensativa, acercando a sus labios la taza de café con leche.

—¡Vaya con el sexo débil!

—¿No sabía usted que en la guerra religiosa las mujeres participamos tanto como los hombres? —me preguntó, mirándome fijamente.

—Algo había oído decir, pero no había puesto en ello mucha atención. Creo que mi tía ayudó a los cristeros.

—Sí, los ayudó con dinero. Pero su conducta fue tibia en lo general. Inclusive, cuando mi hermano tomó Santa Clara, doña Enedina llegó a esconder en su ropero al gran maestro de la masonería.

El imaginarme a mi tía escondiendo en aquel venerable ropero de su alcoba al despavorido Secretario del Ayuntamiento, me hizo prorrumpir en carcajadas.

—Ignoraba esa hazaña de la pobre vieja —exclamé—. Y confiese usted que la intervención de mi tía fue—. . . Iba a decir: fue la que realmente corresponde a las mujeres, cuando una reflexión me hizo variar mis palabras: —Fue humanitaria.

—No la juzgaron así los cristeros —me dijo Pensativa, cuya penetrante mirada había sabido descifrar el motivo de mi leve vacilación—. Y tanto mi hermano como la Generala se indignaron por aquel hecho que salvó a uno de los culpables de la persecución religiosa.

—¿La Generala? —pregunté—. ¿Hubo una Generala?

—Hubo una mujer —asintió Pensativa— que no será olvidada en mucho tiempo por cuantos conocieron los horrores de esa guerra. Nadie supo su nombre. Se la llamaba la Generala y fue la única que supo reunir a los indisciplinados caudillos católicos. En esta zona no fue conocida, pues operó siempre en Jalisco y en Colima. Jalisco era su tierra.

—Debe haber sido muy hermosa —dije— porque para mujeres hermosas, Jalisco.

—Yo sé que era muy fea —exclamó Pensativa, riendo por primera vez desde que la conocía—. ¿No es verdad, Basilio?

—De plano —replicó Basilio, poniendo en mí sus ojos feroces—. Era fea como pegarle a Dios.

—¿Usted la vio con frecuencia?

—Sí, sobre todo cuando con el hermano de la señorita fuimos al ataque de Manzanillo.

—¿Hasta Manzanillo fue usted? —le pregunté.

—Mi hermano —intervino Pensativa— supo organizar a su gente y obedeció con ella las órdenes de Gorostieta y de la Generala. Por eso su tropa participó en acciones reñidas en puntos muy distantes unos de otros.

—¿Y no se enamoró usted de la Generala? —le pregunté a Basilio.

El puso una cara de asombro.

—¡Pobre Basilio! —exclamó Pensativa—. Dicen que esa mujer era una bestia feroz. Fue implacable y es una fortuna que haya muerto.

—Pero no en esa forma —protestó Basilio, sin mucho calor en sus palabras. Y me informó con una complacencia que me desconcertó: —La Generala aceptó la amnistía que consiguieron los señores obispos y cuando estaba muy quitada de la pena en Zapotlán, los del gobierno entraron a la casa y la acribillaron.

Me noté perplejo, molesto y me dije que resueltamente el ambiente del Plan de los Tordos, en el que no era posible ver sino ruinas y oír sino salvajadas, no era agradable. Solo Pensativa sabía conservar su gracia melancólica y la admiré en su sacrificio. Ella comprendió mis pensamientos y levantándose sin violencia terminó la conversación.

Decidí partir a media mañana y mientras llegaba la hora de la marcha acompañé a Pensativa a visitar la hacienda. Todo estaba devastado, inclusive la huerta, cuyos frutales habían casi desaparecido. La capilla había perdido la bóveda. Los corrales y las trojes caían en ruinas, el horno estaba cubierto de maleza y las bardas se habían derrumbado en grandes extensiones.

—Es usted valiente al vivir aquí —le dije a Pensativa.

Ella aparentó no oírme y me guió al exterior de la finca. El sol había conseguido perforar la neblina y vi la meseta, inundada, con los pastos ahogados por la maleza, terminar bruscamente al pie de las primeras y abruptas estribaciones de la sierra. El paisaje era tan salvaje como los mozos de la hacienda. Las montañas, en cuyas hondonadas se retorcían los vapores, estaban al alcance de la mano y arrojaban sobre el Plan un aliento helado.

—¿Es posible que Cornelio pueda vivir en esos derrumbaderos? —le pregunté a Pensativa.

—Y vive todo lo dichoso que se puede ser cuando se ha cumplido con el deber —respondió ella—. ¿Lo irá usted a visitar?

—Creo que no —contesté, disgustado al imaginarme trepando por las peñas en busca de un pariente misántropo.

Esteban se acercó para avisarme que era tiempo de emprender el viaje de regreso si no quería ser alcanzado por la lluvia. Me despedí de Pensativa con un pesar que fue la medida de mis sentimientos. Antes de montar a caballo, solicité la autorización para visitar de nuevo el Plan de los Tordos.

—¿Qué distracción podría usted encontrar aquí? —me preguntó ella, con leal oposición.

—Yo sé qué distracción encontraría —repliqué—. Autorízame a volver.

—Estaba en la creencia de que usted pensaba regresar pronto a México.

—Yo también estaba en esa creencia —contesté— pero ahora no sé cuándo me iré. Ni siquiera sé si me iré. No rehuya mi pregunta: ¿puedo volver al Plan de los Tordos?

—Vuelva siempre que lo desee —concedió—. Siempre será bien recibido. Y quiero hacerle una súplica —agregó, vacilante—: me gustaría que en la Rumorosa no se supiera nada de... de la creciente.

—Por mí no se sabrá nada —exclamé con calor.

Ella me tendió la mano, que estuve a punto de besar. Estreché después la de Basilio, quien me informó que Esteban me acompañaría para enseñarme el camino.

—Tiene usted que bajar hasta el vado del Coyote —me avisó— porque el río sigue creciendo.

Me despedí con un ademán de las mujeres y de los mozos, que se habían congregado ante el portón y salí con Esteban. Pronto estuvimos lejos de la finca. Desde un repecho volví la mirada y abarqué con tristeza el edificio que se arruinaba en el fondo del paisaje y en el que yo dejaba ya algo de mí mismo. Me habría gustado ver agitarse un pañuelo blanco, descubrir ante el portón una figura cuya gracia me deslumbraba, pero sólo vi la fachada, torva, sobre la que pasaba la sombra de las nubes.

Al reemprender la marcha, le ofrecí un cigarro a Esteban, que lo recibió con placer.

—¿No se fastidian ustedes en la hacienda? —le pregunté al recordar mis propósitos de sondearlo.

—No nos fastidiamos ni tantito —aseguró él, con su clara risa—. Antes sí, de recién llegados.

—La encontraron demasiado fea ¿no?

—La encontramos demasiado tranquila. Estábamos acostumbrados a la lucha, a los sobresaltos, a no saber si al otro día amaneceríamos con vida.

—¿Tú también anduviste con el hermano de la señorita?

—Más bien anduve con la Generala.

—¡Ah! ¿con la Generala? ¿Te gustaba que te mandara una mujer?

Mi pregunta le hizo mucha gracia.

—La Generala sabía mandar mejor que los hombres —me dijo riendo— La hubiera usted visto en los combates. ¡Qué valientísima era! Nadie quería desobedecerla y era la primera que le entraba a los tiros. Cuando veía que empezábamos a sentir corvas, agarraba la bandera y gritaba: ¡siganme los hombres! Y se echaba entre los enemigos, que la veían y se ponían a temblar.

—¿Te gustan las mujeres que saben matar?

Esteban puso en mí sus ojos llenos del candor de una fe incommovible.

—La Generala todo lo que hacía lo hacía bien. Pero sepa usted que ella no mataba. Nada más traía un bastoncito con puño de oro y con él nos mostraba dónde habíamos de atacar. Yo quisiera verla otra vez peleando. Pasaba a caballo, como un ángel glorioso y nos sentíamos con ganas de morir y de matar. Y nadie le faltó nunca al respeto, ni siquiera los jefes más barbones y eso que la Generala era linda como una rosa.

—¿Cómo? ¿Era bonita? Pues yo sabía que era espantosa.

—¿Quién se lo dijo? —me preguntó, inquieto.

—En México lo supe —mentí.

—¿No se lo dijeron a usted en la hacienda? —inquirió, preocupado.

—Donde me lo hayan dicho —exclamé— ¿qué tiene eso de importante?

No dio señales de quedar convencido y se puso cabizbajo. En un buen trecho caminamos sin hablar.

—Dime —pregunté después— ¿tiene novio la señorita?

—¿Novio? ¡Qué va, señor!

—¿Nunca se ha enamorado?

—Que yo sepa, no.

—Pues no comprendo cómo puede vivir en tan horrible desierto como el Plan de los Tordos. Bien podía seguir alojándolos a ustedes en la hacienda y vivir con mi tía en la Rumorosa.

—Ya se lo ha aconsejado mucho Basilio —replicó Esteban—, pero ella le ha prohibido seguir hablando de eso.

—¿Basilio? ¿Es Basilio el que quiere que su ama se vaya a la Rumorosa?

—Pues él y todos nosotros queremos que la señorita sea feliz —dijo Esteban, aceptando otro cigarrillo.

—¿Y qué se opone a su felicidad? ¿Su pobreza? No será viviendo en esa soledad como saldrá de ella. ¿Su luto? Pues el que su hermano haya muerto en la guerra no es como para que ella se quede soltera. ¿Qué la apena pues en tal grado?

Esteban se hallaba visiblemente turbado.

—Yo no sé nada. No sé nada —replicó, con tanta firmeza que comprendí que nada me diría y que además, mentía al proclamar su ignorancia. A punto estuve de impacientarme, pero reflexionando con calma preferí no mostrarme agraviado.

Ya oíamos el ruido del río y pronto estuvimos ante la corriente. El vado al que Esteban me había conducido se hallaba cubierto por las aguas y me impresionó aquella extensión líquida y amarillenta que me sería preciso atravesar.

—No tenga usted pendiente —me dijo Esteban—. Yo sé como pasar. Nomás sígame y deje tranquilo a su caballo.

Nos internamos lentamente en el río, cuya salvaje magni-

ficencia me asombró. Vi venir hacia nosotros millares de pequeñas olas que chocaban en las riberas con un sordo murmullo. Tuvimos que evitar los despojos que el agua se llevaba, los árboles que rodaban lentamente tropezando en los pedruzcos acarreados por la crecida. En la lejanía temblaban ya los relámpagos y la corriente se encendía en cortas llamaradas. Cuando por fin alcanzamos la margen opuesta, respiré, aligerado.

—Acéptame ésto —le dije a Esteban, cuando él quiso despedirse dejándome en terreno conocido.

El se negó sonriendo a tomar el billete, pero como yo insistiera, me pidió:

—Mejor unos cigarros.

—El billete y los cigarros —le dije tendiéndole la cajetilla.

Tomó el regalo, se despidió y volvió grupas. Ya iba a penetrar en la primera onda del río, cuando un pensamiento repentino me hizo gritarle:

—¡Esteban!

El se devolvió y le pregunté a quemarropa.

—¿Por qué a tu ama la impresionan tanto los ciegos? Esteban palideció.

—Señor, señor —gritó—. Usted me quiere perjudicar. Y se lanzó al río, dejándome admirado.

VII

En la Rumorosa fui recibido con honores. La noticia llevada por Fidel, de que yo me encaminaba con Pensativa al Plan de los Tordos, enloqueció de júbilo a las tres mujeres, que me abrumaron con preguntas.

—Sí, sí —les dije, fingiendo impaciencia—. Estoy enamorado de Pensativa y si puedo me casaré con ella. Ahora qué no sé si ella me querrá alguna vez.

—¡Qué duda tan tonta! —protestó la Chacha.

—No hablemos más, por ahora —pedí.

Sin embargo, yo era el que hablaba sin cesar de Pensativa. Confieso que el placer que me dieron las comodidades de la Rumorosa, me avergonzaba al compararlas con las miserias del Plan de los Tordos. Me intrigaban, además, demasiados puntos oscuros para que pudiera permanecer tranquilo; meditando a quién me dirigiría en solicitud de aclaraciones y no creyendo ser desleal con Pensativa puesto que nada decía de la locura que la había llevado a desafiar la creciente, elegí a mi prima para informadora.

La aceché en el corredor y cuando ella pasaba más descuidada, la detuve, la metí a mi cuarto, la hice sentarse y para mejor distanciarla fingí convertirla en mi confidente y le di nuevos detalles sobre mi estancia en el Plan. Cuando la vi más embobada con mi relato, le asesté la pregunta que más deseaba ver respondida:

—Jovita ¿por qué se impresiona tanto Pensativa cuando ve a un ciego?

Jovita abrió una boca enorme y sonrió luego medrosamente.

—Respóndeme, prima.

—¿Yo qué sé de eso, Roberto?

—No salgas con disimulos. Contéstame.

—Ya me voy —dijo ella, levantándose de la silla—. Tengo muchísimo que hacer.

—El único que hacer que tienes es enseñarle más necedades al loro —le reproché—. En fin, vete, pero que conste que mientras yo encuentre tantos misterios en la vida de Pensativa, no me resolveré a pedir su mano.

Jovita puso un semblante compungido.

—¡Ah! primo ¡qué carácter tan feo el tuyo!

—¿Feo porque quiero saber cuál ha sido la vida de Pensativa?

—A lo mejor sospechas cosas malas.

—No sospecho nada, Jovita. Yo respeto a Pensativa y la creo una admirable e intachable mujer. Pero acabaré por sospechar si veo tantos secretos. Quiero saber todo lo que le atañe y la atormenta, y tú, que nos quieres a los dos y que eres mi secretaria, debes darme cuantas noticias tengas. Habla.

—Pues... pues...

—Voy a facilitarte el camino. ¿Dejaron ciego a su hermano antes de ahorcarlo?

—No, pero... ¿por qué me obligas a hablar de eso?

—Sé que en esa guerra se cometieron atrocidades sin nombre —insistí—. Dime ¿lo dejaron ciego?

—No exactamente —dijo Jovita, muy quedo—. Lo que pasó fue que... que Carlos, cuando quiso huir, recibió una bala que lo dejó ciego. Por eso cayó en manos de los enemigos.

—Ahora me explico todo —dije—. Es por eso que Pensativa se emociona tanto cuando ve a un ciego.

En el rostro de Jovita se esparció un alivio tan grande, que mis sospechas retornaron. Volvió a parecerme rara la conducta de Pensativa. ¿Era posible, lógico, que el recuerdo de la herida que había impedido la escapatoria de su hermano, fuera suficiente para emocionar a Pensativa hasta hacerla desear la muerte? ¿Y por qué, entonces, el grito de Esteban arrojándose al vado?

Me vi precisado a renunciar a seguir interrogando a Jovita, porque comprendí que por ella nada averiguaría y abrí la puerta para dejarla salir.

—Primo —me pidió— mejor no le digas a Enedina y a Genoveva nada de eso del ciego y de que andas preguntando esas cosas.

—Punto en boca —le prometí.

Como no abandonaba las esperanzas de averiguar algo de cualquier modo, pensé que quizá en el pueblo conseguiría algunos datos y después de la comida subí a la volanta, que en tres minutos me depositó en Santa Clara de las Rocas. No intenté interrogar al médico de cuya perspicacia podía temer descubriera lo que Pensativa me había pedido ocultar. Visité dos o tres casas y en ellas, como sin intención, dirigí la charla hacia Pensativa.

Con gran sorpresa mía, era cierto lo que la Chacha me había referido: en Santa Clara no conocían a Pensativa. Hablaron de ella con vaguedad, de oídas. Nadie la había visto sino de lejos. Los más viejos recordaban o mejor dicho, creían recordar, que a mediados del siglo anterior los Infante habían

residido en el Plan de los Tordos. A quien nadie olvidaba era a Carlos, que en dos ocasiones se había apoderado de la población.

—Era muy duro —me refirieron mis informantes—. Era culto, fino de modales, guapo, pero no perdonaba jamás a sus enemigos. Había sido el mejor lugarteniente de la Generala, la terrible cabecilla de los cristeros y el gobierno hizo, por largo tiempo, grandes e inútiles esfuerzos para apoderarse de su persona.

El Secretario del Ayuntamiento, al que encontré en la "Perla de Occidente", la tienda a la que entré para beber un coñac, pudo darme nuevos detalles, cuando yo, en broma le recordé cómo había tenido que refugiarse en el ropero de mi tía.

—Un ropero sagrado para mí —declaró él, riendo a carcajadas—. Un día y dos noches me estuve entre la ropa de doña Enedina. Que si no ha sido por eso, la logia se hubiera quedado sin su Gran Maestro. Carlitos Infante no se hubiera tentado el corazón para darme mi pasaporte para el otro mundo.

—¿Tan malo era?

—El Presidente Municipal y dos regidores no pudieron contar la visita de los cristeros: fueron colgados de esos dos postes que están ahí enfrente.

Sentí algo como un bofetón oyendo las fechorías del hermano de Pensativa.

—El Presidente y sus regidores —dije tímidamente— ¿no habían hecho nada para merecer su suerte?

—Mire usted: aquí los de ambos bandos, hablando con verdad, merecíamos lo que nos pasaba. Tan fanáticos y tan salvajes éramos los pintos como los colorados. El Presidente Municipal le había entregado las monjas a la caballería, y... bueno, pues había hecho muchas cosas más. Los regidores también tenían sus pecadillos. Todos éramos deudores y acreedores y yo por eso digo: maldita sea la guerra civil, que rompe todas las leyes y que hace al hermano verdugo del hermano. Bebió su vasito de mezcal y suspiró. En fin, que Carlos Infante acabó por pagar también sus cuentas.

—También él cayó.

—Costó mucho trabajo hacerlo caer, pero finalmente dio el salto. Nos lo consiguió un chico muy listo que vino de México, un detective que supo meterse con los católicos y hacerse dar cartas y comisiones por la Liga de Defensa Religiosa. Muchacho atrevido y cruel como pocos. Se llamaba Gustavo Muñoz y tenía un ayudante al que le decían el Alacrán y que era como un engendro de Satanás. Entre los dos agarraron a Carlos cuando éste pensaba que nos iba a pescar dormidos.

—Detesto a esa clase de bribones —dije.

—Yo también. Y para demostrarle mi mala voluntad los ayude a gastarse aquí mismo todo el premio que les dio el gobierno.

Cuando estuvieron sin un centavo, desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra.

—Los habrán agarrado los cristeros —insinué.

—No es difícil. Muñoz desapareció yendo a ver a su noviecita, una criada que tenía doña Enedina en la Rumorosa. Si lo agarraron los cristeros, debe haber tenido una muerte muy chistosa.

Volví a la Rumorosa tan desorientado como al partir e interrogué a mis parientas y a la Chacha, pero sólo supieron decirme:

—Cásate con Pensativa y serás feliz.

Yo estaba resuelto a casarme, embriagado por todo lo que de romántico había en los infortunios de Pensativa, pero me seguía pareciendo que algo tenebroso se interponía entre ella y yo, que un velo me ocultaba algo muy grave que sería menester averiguar antes de comprometerme al matrimonio.

El deseo de desgarrar ese velo me decidió a visitar a mi primo Cornelio en su retiro de las Piedras Coloradas y así lo anuncié esa noche en la recámara de mi tía.

—¿Quién hay que pueda guiarme hasta donde vive ese loco? —pregunté.

—Yo te llevaré —respondió la Chacha.

—¿Cómo? ¿Tú, Veva?

—Yo, yo misma. Tengo ganas de ver a Cornelio y de verlo en tu compañía. Además, quiero convencerlo de que baje a la Rumorosa para ayudarnos a casarte.

—Cornelio ejerce mucha influencia sobre Pensativa —me dijo mi tía—. Debes saber que él y Carlos Infante fueron íntimos amigos.

—¿Pero quién se quedará para atenderte, tía?

—Se quedará Jovita y con ella será suficiente. Y que estoy segura de que ustedes no se tardarán muchos días en ese viaje.

—Sea pues —acepté—. Nos iremos mañana... No, no, pasado mañana.

En ese instante yo había decidido volver al día siguiente al Plan de los Tordos. El pensamiento de ver nuevamente a Pensativa me causó una dicha intensa y no me permitió dormir tranquilamente. En mis sueños, en los que se mezclaban Carlos Infante, sus asesinos, escenas sangrientas, Pensativa aparecía como el ángel misterioso bajo el cual todo callaba y se inclinaba. Desperté agitado y en un momento de lucidez me pregunté cómo era posible que yo, tan pacífico, tan poltrón, tan enemigo de alborotos mientras había vivido en la capital, me hallase tan a gusto en aquel ambiente cargado de odiosos recuerdos y saturado aún del olor de la sangre.

No por eso dudé en prepararme para ir al Plan de los Tordos. Genoveva me entregó para Pensativa, por orden de mi

tía, una cajita con dulces cubiertos y yo me llevé algunos de los libros que había aportado de México y algunos regalos que adquirí en Santa Clara para las mujeres y los mozos. No quise llevar a Fidel por temor de disgustar a Pensativa con la presencia de un extraño más y partí solo, al trote de mi caballo, sintiéndome contento al saber cada vez más cerca a la mujer que yo amaba ya.

Iba tan ensimismado, que no recordé cómo era preciso dirigirse al vado del Coyote y seguí el mismo camino por el que había viajado con Pensativa. Experimenté una desagradable sorpresa cuando mi caballo se detuvo en lo alto de la cuesta y me encontré las revueltas aguas del río cerrándome el paso. No era posible arriesgarse a cruzar aquel torrente y me vi forzado a descender hasta el vado por senderos enfangados.

Emprendí de mal talante la marcha; mi malhumor se acentuaba cuando al subir el sendero alguna loma, yo veía el terreno fragoso de la margen opuesta. Un ansia irreprimible me hacía mirar atentamente las aguas que bramaban encajonadas, pero en todo el trayecto no conseguí descubrir un paso. Alcancé de este modo un viejo horno de ladrillo, desventrado, ante cuya barda semiderruida se alineaban cinco cruces de madera. El paisaje no podía ser más lúgubre. La maleza invadía el ladrillar y los coyotes y las serpientes huían a mi aproximación. El aire soplaba sordamente, venciendo a los matojos, deshojando las flores silvestres; las gruesas nubes ensombrecían el firmamento.

Aquellas cinco cruces marcaban indudablemente cinco tumbas. Me incliné, pero no pude descubrir ninguna inscripción. Sin embargo, las cruces no eran muy antiguas; seguramente databan de la época en que se había desarrollado la guerra religiosa. Me pregunté qué infelices habrían caído, fusilados quizá, en aquel ladrillar abandonado y todo el horror de la lucha fratricida pasó por mi mente. Jamás se me había aparecido tan espantosa la muerte, pero estaba destinado a ver bien pronto huellas suyas más atroces.

Mi caballo reanudó la marcha por su propio impulso, sin que yo, abismado en mis meditaciones, me preocupara de guiarlo. Quedó atrás el ladrillar, pero no pude desprenderme de los fatales pensamientos que su cementerio me había suscitado.

Lo que había sabido de Carlos Infante me causaba repugnancia. Los municipales ahorcados me inspiraban una profunda compasión y era inútil que me dijera que el mismo Secretario del Ayuntamiento, tan difícilmente salvado de la muerte, no condenaba totalmente al guerrillero. Me resultaba insoportable representarme a los dos partidos acometiéndose con la misma rabia y con idéntica crueldad. La lucha había engendrado seres duros, feroces, hombres que se olvidaban de todo y se lanzaban de lleno al sangriento drama y por eso aquella tierra manaba

sangre y por toda ella había tapias ruinosas a cuyos pies se extendían improvisados cementerios.

Me imaginé estar viendo la fisonomía brutal de Basilio y tras ella el rostro sombrío de los mozos del Plan de los Tordos. ¿Qué no habrían visto aquellos ojos duros, avezados a todos los trances de la guerra? ¿Cuántas veces el terror del acoso no habría enloquecido aquellos cerebros? Las fugas a mata caballo, las venganzas más bestiales, los dolores más acerbos, los saqueos, los ultrajes, los incendios, las fusilatas, toda la furia de la guerra civil, habían pasado sobre esa pobre gente y la había sellado para siempre.

Me sentí lleno de piedad para Pensativa, que era una de las víctimas de la tragedia. La muerte de su hermano había debido ser para ella un inolvidable desastre. ¿Pero cuántos hombres me dije, han sido ahorcados en México en lo que va del siglo? Desde que empezaron en la Patria las guerras civiles ¿cuántos infelices han sido fusilados, estrangulados, atormentados? La sangre brota a chorros del costado de la República.

Y miles de mujeres han debido ocultar su dolor y han visto, como Pensativa, alejarse la dicha. ¿Qué consuelo no merece ella? me pregunté. Merecía todas las devociones, todas las entregas y yo estaba resuelto a dedicarme a disminuir en su memoria la marca escarlata impresa por la guerra.

Pensando así llegué al vado y me vi obligado a estudiar el modo de cruzarlo sin guía. En esos momentos vi a dos hombres aparecer al otro lado del río, cuya margen seguían al paso de sus caballos. Reconocí inmediatamente a Basilio y a uno de los mozos y les grité demandándoles ayuda.

No se mostraron muy dispuestos a ayudarme.

—¿Para dónde va? —me preguntó Basilio, con su voz estentórea.

Lo juzgué un descarado y maldito rufián y comprendí que le desagradaba verme en camino de la hacienda. Sentí una gran ira y sin pensarlo más eché mi caballo a la corriente. El bruto temblaba bajo mis piernas y se movía con precaución, adelantando muy poco. Lo dejé en absoluta libertad y evité ver para los lados, poco deseoso de impresionarme con la carrera de las olas fangosas, cuyo zumbido me ensordecía.

Los dos hombres me miraban desde la ribera, pero no hacían nada por ayudarme. Creí que mi caballo no avanzaba, a tal punto eran lentos sus pasos. El agua subió hasta mis piernas y amenazó con alcanzar el cuello de mi montura. Una fuerza insistente nos quería hacer derivar, pero la noble bestia supo mantenerse en el buen camino, a pesar de mi peso y el del bulto que hacían los regalos destinados para la hacienda. Sólo cuando estuvimos cerca de la orilla corrimos un verdadero peligro. Un árbol que bajaba con el agua golpeó al caballo en la cabeza.

—¡Quieto! —grité involuntariamente, cuando el animal se encabritó.

Me sentí lazado desde la orilla, pero el orgullo me hizo recobrar rápidamente la serenidad. No quise ser salvado por Basilio y en un cerrar de ojos me quité el lazo y lo arrojé con desprecio. Quedé así entregado al caballo, mil veces hubiera yo preferido morir, a deber la vida al bandido cuya hostilidad me había colocado en tan gran peligro.

Por fortuna el caballo se recobró y me condujo salvo a la orilla, donde Basilio recogía tranquilamente su lazo. Su compañero se quitó el sombrero para saludarme. Pasé de largo silbando, y tomé el camino de la hacienda. Estaba contento de haber rechazado el tardío auxilio que había querido darme Basilio y no quise hacerle el menor reproche para mejor demostrarle mi indiferencia y colocarlo de una vez en su lugar.

Al acercarme al Plan de los Tordos, la alegría iba invadiéndome. Cuando desemboqué en la meseta, fui alcanzado por Basilio, que se puso a mi lado con cierta confusión.

—Le pido que me disculpe —me dijo.

—¿Quién lo toma a usted en serio? —pregunté indolentemente.

Un resplandor de rabia le pasó en los ojos.

—Por favor, que la señorita no lo sepa —rogó, dominándose.

—¿Ha hecho usted algo malo?

—Usted ya sabe a qué me refiero —gruñó él, trémulo de ira.

—Nada tengo que decirle a la señorita —respondí— porque nada de lo de usted me interesa.

Detuvo su caballo y me vio acercarme a la hacienda. Saludé con emoción al vetusto edificio. Lo encontré menos antipático, más noble en su abandono y entré con alegría a su ancho zaguán. Esteban, que salió a mi encuentro, dio señales de júbilo. Las mujeres acudieron también, sonriendo y les repartí las baratijas que les había destinado y que les causaron placer. Di a Esteban, con las riendas del caballo, los cigarros que traía para él y sus compañeros, y llevando la cajita de dulces y los libros me dirigí al corredor, en el que había visto aparecer a Pensativa.

Mi saludo fue verdaderamente tímido y la hizo sonreír. Un placer incomparable me dominó al estrechar su mano y al oír su voz.

—Vengo a pedir nuevamente hospitalidad —balbucee.

—Sea bienvenido —me dijo ella y sentí que se abría el cielo.

Tras entregarle los dulces le rogué que aceptara los libros.

—Van a serme muy útiles en esta soledad —me dijo.

La encontré tranquila y le agradecí el que me tratara con una cordialidad que alentó mis esperanzas. En la asistencia, don-

de nos instalamos para conversar, se presentó Basilio llevando la botella de tequila. Dudé antes de aceptar el vasito que me ofrecía.

¿No será mejor, pensé, despreciarlo para así hacerle ver mi enemistad? Inclusive temí, lo confieso con rubor, ser envenenado, pero ¿qué cosas lúgubres no podían ser imaginadas en el espantoso caserón? Me decidí, empero, a aceptar el tequila, pensando que ni convenía poner sobre aviso a Pensativa de lo que había ocurrido entre su caporal y yo, ni era oportuno acrecentar la enemistad de Basilio.

—A su salud, Pensativa —dije.

Ella me agradeció el brindis con una inclinación de cabeza. Basilio salió y nosotros conversamos junto a la ventana, en cuyos hierros amarilleaba un ramo de palma bendita. Vi a Pensativa escucharme con una real atención y me sentí más animado todavía. Como ella conocía México, me referí a la vida de la capital, procurando no ser frívolo. Hablé pues de los conciertos, de la Fábregas, de Federico Gamboa, del ballet.

—Lleva usted una hermosa vida —me dijo Pensativa— y se trata con gente famosa.

—Yo creía efectivamente llevar una hermosa vida —respondí, sincero.

—¿Es que ya no la cree así?

—No, Pensativa —dije lentamente—. Ahora veo que a mi vida le faltaba el amor.

Allí me detuve, tan satisfecho de haber arrojado una insinuación en el alma de Pensativa, como de haber desenvuelto ante ella un género de vida menos frívolo del que seguramente se me atribuía.

Me quedé a comer y naturalmente no pude ya pensar en regresar ese día a Santa Clara, porque las nubes anunciaban la proximidad del cotidiano chubasco. La comida fue más alegre de lo que podía haberse esperado en aquella finca. Yo les era agradable a los servidores de Pensativa y me lo demostraron con canciones que reconocí como jaliscienses.

—¿Es que toda esta gente nació en Jalisco? —le pregunté a Pensativa.

—Toda. Mi hermano se la trajo de Jalisco y cuando Carlos fue martirizado, sus soldados se habían acostumbrado a vivir en estos lugares—. Casi sin transición añadió—: Veo que está usted conquistándose a toda mi tropa.

Me señaló con un gesto a las mujeres, engañadas ya con los abalorios que yo les había obsequiado.

—Quiero ser amigo de todos —repliqué.

Terminada la comida, Pensativa me invitó a acompañarla a la huerta. Nos sentamos en una banca de hierro, medio rota, plantada en una glorieta en cuyo centro había una fuente des-

trozada. Los yerbajos habían sido cortados y la plata circular había sido recubierta con arena; una tosa mesita pintada de verde estaba frente a la banca. Esteban llegó tras de nosotros llevando sobre una charola de barro una cafetera de peltre, una azucarera de vidrio azul y dos tacitas de porcelana de Sajonia.

—¡Café! —exclamé, encantado.

Me conmovió aquel pobre servilelo, aquella costumbre resuscitada quizá para mí y que evocaba los antiguos usos a los que Pensativa había estado acostumbrada antes de habitar en el Plan de los Tordos. Un ímpetu de ternura sopló sobre mi alma.

Esteban cubrió la mesita con la servilleta adamascada que dos días antes me habían puesto como mantel en la cocina. Ahora estaba cuidadosamente recosida y adiviné en aquella labor una mano que me era querida. Esteban, que no sabía gran cosa de finuras, se aprestó a servir el café, pero yo se lo impedí.

—Cuando uses faldas consentiré en que me lo sirvas —le dije.

Se rio jubilosamente y se retiró con discreción. Pensativa también había reído. Su risa fue un rayo de sol.

—El café es bueno y le gustará —me dijo con malicia—. Como que me lo regalaron en la Rumorosa.

—Todo lo de aquí me gusta —exclamé con entusiasmo.

Creo que jamás he bebido un café más exquisito. Quizá a hacérmelo tan gustoso contribuyó la compañía de Pensativa. La admiré a cada minuto. Pensativa resaltaba noble y gentil en su huerta tan salvaje, de cuya maleza surgían vagos roces de bichos en retirada. Bajo el obscuro cielo, los árboles agitaban sus ramos exuberantes. Los relámpagos arrojaban flores de fuego en las callecillas abandonadas.

—Pensativa —dije— nunca me he sentido tan dichoso, y con todo, nunca he visto un lugar más triste que esta huerta.

—En efecto, es muy triste —replicó—. Por más de cuarenta años estuvo abandonada. Y lo sigue estando.

—Tiene usted mucho valor. Lleva usted cinco años de habitar un sitio en el que yo no hubiera resistido uno.

—A todo se avienen los humanos —me dijo—. ¿Quiere otra tacita de café?

—Sí quiero —acepté—. Bebería café toda la vida en esta huerta.

—¿Por fin? —preguntó ella, con su grave sonrisa—. ¿No resistiría usted un año aquí o soportaría usted toda la vida?

—Según sea —repliqué, contento de verla bromear.

Una ráfaga se arrojó sobre la huerta y levantó en ella un clamoreo.

—¡Qué siniestro escándalo! —dije en voz muy alta, para dominar el ruido.

—¿Siniestro?

—Sí. Pensativa. Esa es la palabra. Quiero hablarle con franqueza: vive usted en un lugar siniestro. ¿Por qué se ha condenado a este destierro? —pregunté, acalorándome—. La vida que usted lleva no es natural ni apropiada para una mujer de la clase a la que usted pertenece.

—¿A qué clase pertenezco? —me preguntó ella, con firmeza.

—No nos extraviemos. Todo en usted revela a la mujer fina, a la mujer habituada a las comodidades y a la vida de sociedad. Y ha venido usted a encerrarse en este páramo, en un edificio desmantelado, con gente todo lo buena y valerosa que se quiera, pero inferior hasta la exageración.

—¿Inferior? ¿Inferior a mí?

Encontré en su mirada una luz turbia que me desconcertó.

—En todos sentidos es inferior esa gente —afirmé—. Desde luego, por el rango. Sobre el portón he visto un escudo de armas.

—¿Quién hace caso en México de escudos de armas? —preguntó sordamente.

—Puesto que es el de su familia ¿o no lo es?, significa un modo de vivir superior al de los gañanes que tiene recogidos usted.

—Sí, es el escudo de mi familia —dijo ella, perdida en meditaciones—. Sobre campo de gules, dos lobos afrontados, superados de una cruz llana. Pero mi hermano ha muerto y ya no quedan hombres con derecho a ostentar esas armas. Y yo no puedo llevarlas; desde luego, porque no soy digna de lucirlas.

—Pensativa, no se deje usted llevar por la tristeza. Olvide el pasado y piense solamente en el porvenir.

—¿El porvenir?

—Sí, el porvenir. Usted no puede quedarse indefinidamente en este caserón. Piense —añadí, dulcificando por instantes mi voz— en que está en tiempo de sacudir recuerdos amargos y de emprender una nueva vida.

—Eso se imagina usted —replicó ella, con tristeza.

Era verdaderamente Pensativa y anhelé poder besar su rostro penetrado de melancolía.

—Lo creo y lo creeré —afirmé—. Usted debe olvidar sus penas, su luto. Su hermano murió, pero un duelo no debe ser eterno. Que murió trágicamente —perdóneme por tocar este punto—; eso no es motivo suficiente para entristecerse toda la vida, para enterrarse en el desierto. Que la necesitan estas pobres gentes: pero no es necesario que usted viva con ellos y se convierta no en jefe sino en esclava. Piense bien en lo que le digo; se lo ruego.

—¿Qué sabe usted de mi pasado? —me dijo ella, viéndome a los ojos—. ¿Qué sabe usted de los dolores que encierra?

—Cualquier dolor puede ser vencido.

—¿Cree usted que los recuerdos pueden ser aniquilados?

—Sí creo. Todo es permitirles irse amortiguando. No hay que entregarse a ellos, porque nos dominarán y nos despedazarán. Dígame: ¿ha pensado usted seriamente en pasarse aquí toda la vida?

—He pensado en un convento. —respondió, depositando su taza en la charola.

Como yo no había pensado en esa salida, me desconcerté y me alarmé.

—¿Un convento? —exclamé—. ¿Y por qué un convento y no un hogar?

—¿Un hogar?

—Sí, un hogar propio, el de su marido y el de sus hijos. Ella palideció.

—Un hogar...

—Pensativa ¿no ha pensado usted nunca en casarse?

VIII

No respondió inmediatamente. No podía responder. La comprendí agitada, sufriente y sentí aumentar el amor que me inspiraba. Por fin consiguió dominarse.

—Jamás he podido pensar en casarme —contestó—. La guerra religiosa estalló cuando me hacía mujer y ya no tuvo un instante de tranquilidad. Todo fue zozobras. Estuve siempre rodeada de peligros.

—Hay cosas en las que tarde o temprano es preciso pensar —argüí—. Ahora que la guerra está bien concluida, usted entierre sus recuerdos y resuélvase a aceptar un porvenir diferente.

Otra ráfaga cayó sobre la huerta y se levantó nuevamente el clamoreo de los árboles sacudidos, de las ramas quebradas. Pero ahora cayeron las primeras gotas.

—Vámonos —dijo Pensativa.

Nos pusimos en pie. Tomé la charola y el mantel y seguí a Pensativa. El viento no cesaba. Esteban pasó corriendo a nuestro lado y lo vi regresar llevándose la mesita para salvarla del chubasco que se acercaba. La obscuridad iba condensándose bajo los ramajes; los pájaros revoloteaban en torno de sus nidos. Por un claro en los follajes vi la sierra y me pareció llena de amenazas, hostil, dotada de una vida profunda y violenta; las nubes se agolpaban sobre las cimas; las cadenas de cerros se recogían para saltar sobre la meseta y mostraban sus bárbaras heridas, sus piedras rebanadas, sus tajos violáceos, sus torrenceras purulentas. Después las copas de los árboles me ocultaron la cordillera.

El chubasco se desató rugiendo. Corrí tras de Pensativa y entre el estruendo de la tempestad alcanzamos la casona. Adentro parecía haberse alojado una legión de diablos. El viento hacía volar las viejas puertas y ponía a danzar turbonadas de hojarasca en los corredores; las piedras se desprendían de los altos muros, cuya crin de hierbas locas se retorció rabiosamente. En el ala cuyos techos habían desaparecido, la lluvia formaba una humareda que el viento arrastraba de cuarto en cuarto. Oímos crujidos amenazadores, ensordecedores silbidos. Pájaros extraviados se estrellaban contra las paredes y aleteaban dando agudos chillidos. Las tinieblas cayeron y seguí a Pensativa en aquella noche inesperada.

Nos refugiamos en la cocina, en la que encontramos reunidos a los inválidos. Las mujeres molían junto al brasero, cuyos hornillos despedían un fulgor rojizo. Nos resultó grato el calor de la sombría habitación y en ella aguardamos el fin de la tormenta.

Basilio fumaba junto al brasero y no intervino en la plática que entablé con los mozos, a los que hice referir algunos de sus recuerdos. Ellos narraban alegremente, pero advertí que se vigilaban para no irse de la lengua.

Cuando pasó lo peor del aguacero, Pensativa se encaminó a su recámara; Basilio se me acercó y me rogó que lo escuchara unos momentos.

—Dígame —le respondí.

—No, aquí no. Por favor, afuerita, si quiere.

Lo examiné con suspicacia, pero él se apresuró a aclarar:

—Palabra que no tengo malas intenciones.

—Aunque las tuviera —repliqué—. Lo único que deseo es no ser atacado a traición.

Salimos al corredor y cuando estuvimos apartados de la cocina, me detuve para oír a Basilio. El no sabía cómo empezar.

—Diga todo lo que tenga que decirme —lo apremié— pero que sea pronto porque aquí hace frío.

—Pues... quiero pedirle que me disculpe.

—¿De qué?

—Usted bien sabe de qué.

—Yo no sé nada —contesté, fastidiado—. Hable claro.

—Pues de que no lo quise ayudar a pasar el vado y de que en esos momentos yo estaba deseoso de que usted se ahogara.

—Yo tampoco le ayudaría a usted a pasar ningún vado y estoy siempre deseoso de saber que usted se ahogó.

Basilio no pudo retener una sonrisa que lo tornó más horrible.

—Más vale la franqueza —dijo.

—Nada más que yo no cambiaré de sentimientos —añadí— y no andaría arrepitiéndome a destiempo y queriendo lazarlo a usted.

Quedó cabizbajo y puso en mí sus ojos feroces; aquella mirada de abajo hacia arriba me estremeció.

—No malinterprete —me pidió—. Yo no lo quise salvar. Lo lacé no sé por qué. O sí sé, pero ese asunto no me gusta.

—Ni quien le entienda —exclamé, más interesado de lo que deseaba.

—Quiero decir que por mí, por Basilio, podía usted ahogarse mil veces. No me caen bien los catrines.

—Quiere usted decir la gente decente —dije con desdén—. Y sin embargo, yo sé que Carlos Infante era más catrín que yo y sé también que usted obedecía sus órdenes sin murmurar.

Oí hacerse dificultosa la respiración de Basilio.

—Bueno —declaró, levantando la cabeza—. Pues ya andamos lejos de lo que yo quería decir. Digo que usted me ha caído mal, que después de que salvó usted a mi señorita me cayó bien, pero que cuando lo vi en el vado, pensé; juicio de Dios. Si se ahoga, ya estuvo. Y si no...

—¿Y si no?

—Dígame ¿qué interés lo trae aquí?

—¿Usted es el dueño de la hacienda?

—Bien sabe usted que no —repuso, sorprendido.

—¿Es usted el tutor o el pariente más cercano de la señorita?

—¿Quiere usted decir?...

—Quiero decir —lo interrumpí— que el interés que me trae aquí no tengo por qué manifestárselo al caporal.

Se irguió con furia, pero con un esfuerzo salvaje se dominó.

—Oígame un momentito más, señor —me suplicó—. No me provoque. ¿Por qué habíamos de reñir? Yo puedo ser su perro, si usted lo quiere. No me desprecie ni me desoiga. Yo y todos los de aquí adoramos a la señorita. Hemos hecho por ella lo que usted no se imagina. No debo hablar de ciertas cosas, pero oígame esto: ella es nuestro tesoro, nuestra reina y daríamos hasta la última gota de sangre por hacerla feliz. ¿Cree que nos gusta verla encerrada aquí, con nosotros que somos tan bestias y verla pobre y mal vestida? ¡Ella, ella que es, señor, la más santa y la más virginal de las mujeres!

Hablaba con tal fervor, con un ímpetu tan hondo, que me conmovió y me desarmó.

—Todo lo bueno lo queremos para ella —continuó—. Después de Dios y de la Santísima Virgen, viene la señorita. Y cuando lo vi a usted y luego cuando se vino con nosotros y cuando la salvó; y después que lo hemos visto sin orgullo y que se fue pero que ha vuelto y ha conseguido que ella se ría, pues he dicho: si trae buenas intenciones...

Se detuvo e hizo una mueca.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Qué intenciones trae?

Involuntariamente le tendí la mano a tiempo que le decía:

—Quiero casarme con la señorita.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. Si Dios nos cumple ese beneficio, todos los mozos iremos a bailar la danza de los Coyotes el día de Santa Clara. Y yo ayunaré un año entero. Y un año dejaré de fumar. Cásese con ella, patrón. Es la mejor mujer que pueda usted hallar. Hágase querer y verá qué buena y pura y santa es ella. Lo seguirá en la dicha y no lo dejará en la pena. Nosotros lo serviremos a usted como la servimos a ella, pero si

lo molestamos, si lo enfadamos, nos desapareceremos y no volverá a oír nombrarnos.

—Gracias, Basilio —respondí, conmovido—. Yo los estimo a todos ustedes. Y si consigo hacerme querer de Pensativa, no nos separaremos nunca.

El se mostraba extrañamente trastornado.

—Hágase querer —insistió—. La empresa es difícil, porque ella... Bueno, si usted la quiere como debe ser, usted debe comprender que ella ha sufrido mucho y que no hay que recordarle nunca el pasado. Nunca, mi jefe, nunca. Olvide usted que ella ha vivido otros años y hágala olvidar también a ella. Se la llevará usted lejos, a México y no volverá usted con ella por aquí. O mejor, se la llevará usted a esos países que dicen que hay al otro lado del mar.

Aquella recomendación me produjo algo como una molestia. ¿Olvidar? Y yo que quería casarme sabiéndolo todo.

—Basilio —le dije— yo no quiero molestar a la señorita, pero entonces usted tendrá que darme algunos informes.

—¿Yo? —se rebeló él.

—Sí, usted. Y para comenzar, dígame: ¿por qué se impresionó tanto la señorita cuando vio al indito ciego?

La tristeza se difundió en la cara de Basilio.

—Mi jefe —respondió— esa es una de las cosas que nunca debe usted querer saber. Yo nada más le digo: no hay mujer más santa ni más pura que la señorita.

Y echó a andar hacia la cocina, a cuya puerta lo alcancé para hacerle una pregunta que me importaba menos pero que no quise guardarme:

—Basilio ¿qué fue de Gustavo Muñoz?

El se rio bruscamente.

—Eso sí se lo contesto, jefe: donde mataron a mi general Infante, allí matamos a Muñoz.

—¿Y qué fue del Alacrán?

—Eso no lo sé —respondió tranquilamente.

No quise entrar a la cocina en esos momentos, en los que la concurrencia no podía menos de parecerme en cierto modo anti-pática y me dirigí a la asistencia. Pensativa leía, a la luz de la linterna, uno de los libros que yo le había llevado y su presencia disipó en mí el malestar causado por las palabras de Basilio.

Conversamos oyendo a la lluvia sonar en el techo. Viendo una pena tenaz delatarse en la mirada de Pensativa, me decía que resueltamente la conquista de aquel corazón dolorido no sería de ningún modo fácil. Reflexioné, empero, en que ya había avanzado mucho en la amistad de Pensativa y en que la paciencia me haría llegar a la meta. Ya era una gran cosa haber obtenido el entusiasmo de Basilio y lo único necesario era no precipitar los acontecimientos.

La llamada a cenar interrumpió el coloquio y pasamos a la cocina, cuyo calor nos animó. Terminada la cena no me dejé vencer por la fatiga y la tertulia se prolongó hasta que Pensativa me dio las buenas noches y se retiró a su habitación. Yo permanecí en la cocina y acepté primero un vasito de tequila y después jugar a la baraja. Me interesaba conquistarme completamente aquella tropa y me consolé pensando en que eran mozos después de haber sido soldados.

No cometí la necesidad de dejarme ganar. Jugué con toda la sabiduría que un soltero puede haber almacenado y en una hora dejé sin blanca a los inválidos. Esto los hizo verme con más respeto. Basilio tenía más dinero y me lo apostó a los albures, pero la suerte estaba decididamente a mi favor y todo el dinero pasó a mi poder. Basilio se levantó mascullando interjecciones y yo me reí a carcajadas, hasta que una de las mujeres dijo con tono apesarado:

—¡Ah! señor: afortunado en el juego...

Sentí como si me hubiesen dado un puñetazo en el pecho, pero reaccioné y me encogí de hombros.

—Lucía —dije— nunca he creído en la verdad de los refranes. He visto afortunados en el juego que son también afortunados en amores.

Me levanté para salir, pero no quise dejar melancólicos a los perdidosos.

—No creo ofenderlos devolviéndoles su dinero —exclamé—. Háganme el favor de aceptarlo.

La alegría de aquella pobre gente me colmó de gozo. Sólo Basilio se negó a aceptar la devolución de su dinero.

—No señor —dijo—. Yo juego de veras.

Opté por darle a las mujeres el dinero que le había ganado al caporal y me dirigí a la asistencia, en la que encontré preparado mi catre. Me acosté y medité unos minutos en la rareza de aquella situación. Yo amaba a Pensativa ¿pero no era muy raro renunciar, como Basilio me lo pedía y como lo insinuaban en la Rumorosa, a averiguar su pasado?

IX

Al despertar, todavía me preocupaba el mismo pensamiento. Yo comprendía que en el pasado de Pensativa no había nada reprehensible pero...

—Saber, saber —me dije, levantándome—. Saberlo todo, por más cruel y doloroso que el pasado pudiera presentarse. Saberlo, para poder amar sin temores, sin nubes, eternamente...

Abandoné la hacienda, como en la primera visita, a media mañana. Nuevamente se reunieron ante el portón las mujeres y los mozos, para despedirme, pero el camino lo hice acompañado no por Esteban sino por Basilio, que sin duda quería borrar con su nueva cortesía su anterior deservicio. Desde el repecho volví los ojos hacia la finca y vi a Pensativa, que caminaba lentamente a lo largo de la fachada.

Me detuve para contemplarla. El aire, fresco, húmedo, zumbaba alegremente. Bajo las grandes nubes, envuelto en aquella luz empapada, el caserón parecía ser parte de la misma tierra, un trozo de la cordillera, un altozano adusto, agrio, caído en el plan sobre el que los tordos que le daban el nombre volaban en bandadas. Todo se me figuró duro e indiferente; me agobiaba la extensión de la meseta, en la que brillaban los charcos y las lagunetas formadas por los aguaceros. La vida parecía haberse retirado de los pastizales y me sentí perdido en una edad remota, llevado a una época en la que aquel plan era el último lugar de la tierra, a los años en que los antepasados de Pensativa erigían la casona.

Me angustió dejar ahí a Pensativa. Su figura esbelta se perdía ante los muros almenados, bajo las lentas nubes. Sentí cuánto la amaba y tuve un presentimiento doloroso. Para huir de él reanudé la marcha. El movimiento del caballo, el ruido de sus cascos rompiendo la ruta encharcada, el chillido de los pájaros en los eriales, me distrajeron y llegué al vado con el corazón menos cargado. No me opuse a que Basilio pasara el río conmigo, contento de tener un guía seguro, y satisfecho de demostrarle cómo el rencor no había arraigado en mi corazón.

Basilio extremó su amabilidad acompañándome hasta que divisamos la Rumorosa.

—Basilio —le pregunté— ¿conoce usted el ladrillar abandonado que hay junto al río?

—Sí, el ladrillar de doña Ursula Vega —respondió—. A doña Ursula la echaron al río los soldados porque nos llevaba parque y noticias.

—¡Qué atrocidades oigo siempre que hago una pregunta! —exclamé.

—¿No le digo, mi jefe? —murmuró Basilio—. Es mejor que no pregunte nada.

—Junto al ladrillar hay cinco cruces —continuó—. ¿Sabe usted quiénes están enterrados allí?

—Uno es mi hermano Inocencio —contestó Basilio, tranquilo—. Otro es el Chueco, un muchacho de Colima. Los otros no sé cómo se llamaban.

—¿Todos fueron fusilados?

—Los cinco. Se llevaban a un capitán para colgarlo, cuando cayeron en una emboscada. No conocían esta tierra.

—Adiós —le dije a Basilio.

En la Rumorosa tuve que referir minuciosamente mi estancia en el Plan de los Tordos. Para mis parientes y para la Chacha, mi matrimonio era cosa hecha y lo mismo juzgó el doctor.

—Te vas a llevar cosa buena —me felicitó, abrazándome.

—Calma, mucha calma —pedí—. No sé si Pensativa llegará a quererme. Veva, no empieces con tus gestos. No creas que sea fácil hacer que Pensativa se enamore. Y si se enamora, es bastante fuerte para vencerse y para negarse si esto le parece conveniente.

—No estuviéramos nosotras para ayudarte —exclamó mi tía.

—Pensativa será tu mujer —sentenció el médico—. Yo te digo nada más una cosa: no te casarás con Pensativa sólo que no quieras casarte. En tu mano está o acabará por estar la decisión.

Se quedó a comer con nosotros y se marchó bajo un aguacero. Ya no podíamos ni la Chacha ni yo pensar en salir para las Piedras Coloradas y el viaje tuvo que aplazarse una semana, porque en toda la siguiente llovió día y noche. Me consumía de impaciencia. Me era imposible ir al Plan de los Tordos, pues la corriente borraba los vados y hube de conformarme con hacer visitas en la población, más tristonía que nunca bajo el temporal.

Por fin volvió a lucir el sol y se anunció una pausa en las lluvias. Inmediatamente previne a la Chacha de que partiríamos al día siguiente muy temprano.

—¿No sería mejor aplazar el viaje un poco más? —preguntó ella.

—Veva, si no quieres ir, quédate. Fidel puede llevarme, según asegura.

—¿Cómo no he de querer ir? —protestó Genoveva—. Pero es que vamos a encontrar demasiado lodo.

—En la sierra no hay lodo.

—La verdad es —intervino mi tía, a la que ya habíamos podido sentar en su cama— que Genoveva no quiere pasar en la sierra el día quince.

—¿Qué tiene de malo el día quince? —pregunté.

—No diga usted nada, doña Enedina —pidió la Chacha—. Yendo con Roberto no temo nada. Con él me quedaría a dormir muy tranquila en la Huerta del Conde.

—¿Qué Huerta es esa? —pregunté.

Genoveva lamentó haber hablado.

—Pues... una huerta muy vieja que está junto a la poza de los Cantores —respondió, dubitativamente—. Bueno, no hablemos más. Nos iremos mañana. ¿No sabe Pensativa que vamos a ver a Cornelio?

—No se me ocurrió decírselo.

—Más vale —exclamó mi tía.

La Chacha preparó las provisiones y al otro día, cuando apenas si era visible el camino entre la neblina, emprendimos el viaje. Genoveva y yo íbamos adelante, a caballo; Fidel nos seguía en su caballito de crines doradas, llevando del ronzal la mula cargada con los víveres y los abrigos.

Tomamos el camino en el que yo había esperado a Pensativa cuando regresaba a su hacienda y después seguimos de lejos el cauce del río, hacia arriba, buscando la sierra. La ruta empezó a subir y pronto nos vimos en un enredo de cerros, en cuyas laderas no encontramos sino sendas de herradura que nos obligaban a desfilas de uno en uno.

El cielo se iba despejando; la neblina se disipó casi totalmente y apenas si la encontramos en el fondo de alguna cañada, prendida a los pinos agarrados a las rocas. Oíamos por todas partes el mugido de los torrentes y a cada momento los caballos tenían que atravesar turbulentos arroyos. Jamás había yo oído rumorear así el agua y sentí un placer desconocido al sorprender a los riachuelos cantando en su marcha hacia el mar, haciendo desenfadadamente su camino entre los peñascos.

Cuando salió el sol, iluminó una cañada en cuyo fondo encontramos nuevamente el río; un viejo camino sólidamente abierto en la roca, desembocó de entre las montañas y nos facilitó la marcha por las márgenes sobre las que se agolpaban los pinares.

—¡Qué hermoso es esto! —grité— Chacha, no sabía que existiera este camino.

—Ella no demostró ninguna alegría y me explicó lo más sucintamente que pudo, que aquel camino era muy antiguo y que lo habían trazado los condes de Río Negro para llegar a

la vieja mina de la Malagueña y a la que había sido huerta de recreo. El agotamiento de la mina y la extinción de la familia condal, habían hecho inútil aquella ruta.

Tuve que conformarme con las escuetas explicaciones e inspeccioné el paisaje. El camino se abría paso con soltura entre las montañas, que allí tendían a separarse como si hubiesen querido formar un valle. El río sonaba abajo, pero no era la corriente tumultuosa que yo había visto arrojarse a la llanura, sino una tranquila serie de grandes pozas en las que el agua se purificaba.

—¡Cómo debe ser hermoso esto en el buen tiempo! —exclamé.

Una revuelta del camino y del río nos condujo a un valle en cuyo centro vi correr una tapia que alcanzaba al río. Una vegetación apretada se encrespaba tras la tapia y ahogaba los restos de un edificio que me recordó la residencia de Pensativa.

—¿Qué lugar es éste? —pregunté.

—La Huerta del Conde —respondió Genoveva, persiguiéndose.

Fidel la imitó con una precipitación turbadora.

—¿Qué les pasa? —dije, sorprendido.

—Persígnete tú también —me pidió la Chacha—. Este lugar está maldito.

Yo me levantaba sobre los estribos, admirando aquel valle solitario. El sol doraba los cerros tachonados de pinos; el río se arrastraba serenamente y en el centro mismo de la corta planicie formaba una poza de obsidiana en la que iban a hundirse las últimas gradas de una escalinata tallada en la roca y que nacía al pie mismo de las tapias de la huerta.

—Es la poza de los Cantores —me dijo la Chacha.

Un silencio mágico se condensaba en el valle. El agua corría sin un rumor y la arboleda no crujía en aquella atmósfera cristalina. Contemplé con interés las bardas desniveladas, destrozadas como por un terremoto, caídas en muchas partes sobre un antiguo foso medio colmado ya, que las protegía en toda su longitud. Entre los ramajes se alzaba todavía una cruz en la cúspide de un muro.

Del fondo de mi memoria vinieron entonces restos de perdidas tradiciones. A fines del siglo XVII, un español descubrió la mina que se llamó la Malagueña; su hijo fundaba el condado de Río Negro y en plena sierra abría un ancho camino y edificaba un palacio de recreo en el que habitaba cuando se le ocurría abandonar la corte del virreinato. Y bruscamente, todo había naufragado: la mina se agotaba, la huerta quedaba abandonada y el último conde moría en el sitio de Cuautla al servicio de Fernando VII. Sólo quedaba una historia convertida en borrosa leyenda.

Ahora, yo tenía ante mis ojos la célebre huerta, convertida en selva y en un sitio de terror.

—No veo cómo puede darte miedo este lugar —le dije a Genoveva—. No me extraña que Fidel se ponga a temblar, porque siempre había sospechado que es un cobardón, pero tú, en cambio, siempre te has reído del miedo.

—Yo no soy cobardón —protestó Fidel— pero no me gusta acercarme a la huerta porque está maldita.

—Si tú supieras lo que la huerta ha visto últimamente —me dijo la Chacha— hablarías de otro modo.

—Vamos quedándonos a comer aquí —propuse— y me contarás por qué está maldita la huerta.

—Yo no podría comer aquí ni un solo bocado —replicó la Chacha.

—Ni yo —anunció Fidel—. Patrón, vámonos; yo sé lo que le digo.

Una sospecha me vino a la mente.

—Veva —pregunté— ¿se relaciona con Pensativa lo que pasó en la Huerta?

Genoveva dio señales de sentirse incómoda.

—Pues si no me cuentas lo que ha pasado en este lugar —agregué—, no pasaremos de aquí.

—Eres más testarudo que esa mula que trae Fidel —se quejó la Chacha.

—Tú todavía no sabes todo lo testarudo que soy —repliqué—. Veva, tú debes contármelo todo, absolutamente todo, si es que en verdad quieres verme casado con Pensativa.

—Bueno, te contaré todo... todo lo que sé —accedió ella—. Pero será más adelante y no en este lugar maldito.

—Vámonos pues —dije—. Ahí veo un sendero que nos acortará el camino —añadí señalando un caminito que pasaba entre el río y la tapia, en lo alto de la ribera.

—Antes me muero que ir por ese camino —gritó Veva.

—Yo también me muero —la coreó Fidel.

No pude reírme del terror que les vibraba en la voz y les desencajaba los rasgos; los seguí pues por el camino real, que describía una extensa curva para no tropezar con la huerta. Caminábamos más aprisa que de costumbre. Al pasar ante la que debió haber sido la entrada principal de la huerta, vi caídas las pilastras y desaparecida la reja que sin duda había protegido por allí el recinto. De aquel sitio había arrancado antes una calle que sin duda había llegado al centro de la huerta, pero no vi sino una maraña de maleza, unas baldosas levantadas por un amasijo de raíces y al fondo los muros derruidos del palacio.

La Chacha y Fidel apresuraron a sus cabalgaduras y no osaron volver ni una sola vez el rostro. Yo, en cambio, como

si hubiese presentido que la historia de aquella huerta iba a mezclarse tan odiosamente con la mía, como si hubiese adivinado que su misterio acabaría por deslumbrarme y por arrojarme con Pensativa a un torbellino, me retrasaba e inspeccionaba el bosque amontonado entre las tapias.

Al extremo del valle el camino se internó en un pinar.

—Chacha —propuse— comamos aquí.

Ella y Fidel, aunque hubieran querido alejarse más, me obedieron y desmontaron como yo. Nos sentamos sobre la dorada alfombra regada por los pinos. Desde allí veíamos oblicuamente la parte posterior de la Huerta del Conde y la poza de los Cantores, en la que el sol hacía flotar una cauda de oro. El viaje nos había dado apetito; comimos, y después, Genoveva aceptó un cigarrillo. La obligué a permitir que Fidel fumara en su presencia y una vez encendidos los cigarros, exigí:

—Ahora, Chacha, cuéntame lo que sepas sobre la huerta.

Ella me contó lo que sabía y siempre creeré que en aquel momento puse en marcha a la fatalidad.

—No me gustan estas historias —dijo Genoveva— y menos contártelas a ti, que piensas tan raro. Yo fui cristera. No anduve con las armas en la mano, pero hice lo que tu tía y lo que por aquí todo el mundo hizo: ayudar a los rebeldes. La situación de la Rumorosa, aislada a las puertas de Santa Clara, nos favorecía y podíamos con relativa facilidad pasar avisos, dinero y medicinas. Y hasta parque.

“Teníamos que usar muchas precauciones y éramos más desconfiadas que los coyotes. Por eso no quise ser amable con Gustavo Muñoz cuando llegó, a pie, al pardear la tarde, pidiéndonos auxilio. Lo recibí en el portón y doy gracias a Dios por eso; tu tía es más compasiva y hubiera acabado por apiadarse y por creerlo todo. Muñoz me entregó resueltamente, pero viendo para todos lados, una carta que abrí sin demostrar interés. El membrete era el de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. La carta estaba fechada en Pachuca y venía dirigida a tu tía, pero comprendiendo que mi manera de mandar a las criadas había engañado al portador, la leí tranquilamente. Era una recomendación a favor de Muñoz, al que se pintaba como un partidario de la causa, como un celoso católico al que se perseguía de muerte y al que la Liga había dado una comisión para el general Carlos Infante.

“Quizá yo hubiera sido más blanda, si no hubiese aparecido en la carta el nombre de Carlos. Yo sabía perfectamente que Carlos era perseguido con igual encono que Gorostieta y que la misma Generala. Carlos, educado en París, era el más disciplinado de los generales católicos y con él no valía aquello de que sus soldados tenían que abandonar la lucha para ir a cuidar sus siembras. El los pagaba con plata y los traía como corderos.

—También es cierto —continuó la Chacha, viéndome a los ojos— que para obtener el dinero de la tropa, Carlos tenía que ser más duro que sus compañeros de lucha. El doctor dice que Carlos no era un creyente sino un fanático, un hombre frío, impasible, al que todo le parecía justo contra un enemigo al que también todo le parecía justo contra los cristeros. El caso es que Carlos no pedía ni esperaba el dinero, sino que lo tomaba donde estuviese y del modo que fuera más rápido. Era también

implacable con los enemigos y los tibios. Para él sólo había hermanos y enemigos. Eso sí, sus hombres sabían que él velaba sobre ellos, que él se habría quitado de la boca el último pedazo de pan para dárselos, que él no tomaba para su uso ni un centavo y que era el primero en echarse al peligro.

"Desde Michoacán hasta Durango, los federales temían a ese hombre que era el único cristero capaz de desplazarse por todo el Interior y que no discutía las órdenes de sus superiores. Por eso querían agarrarlo con tantas ganas y por eso desconfié de Gustavo Muñoz. Creí auténtica la carta y en efecto lo era, pero lo que nadie sabía es que el mismo Carlos, desde la primera vez que tomó a Santa Clara, nos había dado la consigna de no aceptar comunicaciones para él. Carlos sabía su juego. Quería tener gente segura, que le diera avisos, pero gente sólo conocida de él, independiente, a la que nadie pudiera delatar y que por lo mismo no se prestara ni siquiera por ignorancia a servirle de instrumento a los enemigos. Carlos no se comunicaba con la Liga sino a través de la Generala.

"Ya en sospechas, fingí extrañeza ante Gustavo.

"—No sé por qué la Liga me recomienda que lo lleve a usted al lugar donde se encuentra el general —dije devolviéndole la carta—. Ni sé dónde anda ese señor, ni veo por qué la Liga se dirige a mí.

"—¿No es usted católica? —preguntó Gustavo.

"—Y jamás dejaré de serlo, pero nada quiero ver con la guerra.

"—El general Infante se alojó con usted las dos veces que tomó a Santa Clara.

"—¿Quería usted que le impidiera la entrada a la casa, cuando doscientos hombres no le impidieron entrar al pueblo? Se alojó aquí como se alojó el Jefe de las Operaciones y como se alojará usted si viene con tropas: a la fuerza.

"—La Liga está segura de que usted es amiga del general —insistió Muñoz.

"—¿Quién mete a la Liga en lo que no le importa? —pregunté, cansada ya.

"—Es doloroso ver que los católicos perseguidos no encontramos auxilio entre nuestros hermanos.

"—Auxilio es otra cosa —respondí—. ¿Cuál puedo darle que no sea alojamiento?

"—¿Y por qué no alojamiento?

"—Porque vivo fuera del pueblo y no quiero líos que a mí me costarían más caros que a nadie más. ¿Quiere dinero o provisiones?

"—Quiero ésto —dijo él, saliendo a la calzada y silbando.

"—¿A quién está usted llamando? —le pregunté, haciéndole una seña a Ireneo para que se armara.

"—A mi hermano —respondió, recibiendo a un hombre flaco, narigudo, enlodado, que entró cojeando—. Señora, usted puede negarme asilo a mí, pero no se lo negará a mi hermano.

"Y salió a la calzada. No pudimos pensar en detenerlo y nos quedamos con el que había presentado como su hermano. Este dijo llamarse Tomás, pero después supimos que en México le decían el Alacrán. ¡Cómo me dio asco y compasión aquel hombre! Era delgadito como un fideo, lampiño y narigudo. Y malo como el diablo. Su mirada quiso ser humilde, pero fue mirada de víbora. Traía un pantalón que parecía un fangal, una blusa de mezclilla, y una bufanda hecha garras.

"—Señora —me dijo— vea lo que he sufrido por el amor de Dios.

"Y en el mismo zaguán se levantó la blusa y me enseñó la espalda. Hasta grité, Roberto, cuando vi aquella espalda hecha una llaga.

"—Son latigazos —me dijo—. Me los dieron los herejes. Vengo huyendo, señora. Me matarían si...

"Se desmayó y cayó en el santo suelo. Ya no tuve más remedio que aguantarlo en la casa y tu tía, que volvió del pueblo, aprobó mi conducta. Lo alojamos en el cuarto que está junto al tuyo y lo curamos hasta que llegó el doctor López, quien se encargó de atenderlo. Se repuso pronto. En tres días ya tomaba el sol en el patio y yo, viéndolo, no podía menos de decirme que Nuestro Señor escogía muy feos campeones para su causa.

"El Alacrán comprendía que yo no lo tragaba, pero viendo que el ama era otra, se burlaba de mí. Comía bien el maldito y me hacía bromas pesadas. Yo andaba que me moría de ganas de correrlo, pero él demostraba tanto miedo a salir de la casa, que se hubiera necesitado un corazón de fierro para poder echarlo. El se ingenió para espiarnos, pero si él nos espiaba, yo lo espiaba a él y jamás pudo cogernos en falta. Disimuló bien su impaciencia, aunque se manifestaba muy inquieto por no tener noticias de su hermano.

"Gustavo, por desgracia, había sabido encontrar al general. La infeliz doña Ursula, la dueña del ladrillar, le creyó su historia y le dio los medios para internarse en la sierra. Carlos volvía de Durango y recibió a Gustavo con recelo.

"—La Liga me hace mucho honor al escribirme directamente —dijo— pero yo sólo acato las órdenes que me da la Generala.

"—Eso no me incumbe —contestó Gustavo—. Mi general, yo recibí órdenes de buscarlo a usted y de entregarle esa carta.

"—¿Conoce usted el contenido?

"—Sé que le ordenan a usted ir a Jalisco y reunirse con la Generala.

—La Liga se ha tomado una molestia inútil —contestó Carlos—. La Generala me ha dado ya sus órdenes. Puede usted volver a México y decirles eso a los jefes.

—General, usted me puede matar si quiere —dijo Gustavo—, pero yo no regreso a México. Vea usted esta carta en la que se dice quién soy.

Carlos leyó la carta, que era el elogio de Gustavo. Según la Liga, Gustavo había prestado grandes servicios a la causa y correría peligro mortal si volviera a México. Su hermano Tomás había sido martirizado y otro hermano había sido fusilado.

—Ya me cansé de aquella vida de angustias y quiero luchar francamente, con las armas en la mano. Deme usted la oportunidad de probarle mi valor y mi fe.

Carlos no tuvo más remedio que dársela. Ya estaba de Dios que recibiera a su Iscariote. Se lo llevó a Jalisco, donde se reunió con el ejército cristero. La Generala quería caer sobre Guadalajara y su plan habría tenido éxito si no hubiese sido porque el Ministro de la Guerra llegó repentinamente a Jalisco con una fuerte división. Seguramente el gobierno había tenido aviso y pudo hacer fracasar el intento. Entonces se disolvió el ejército de la fe y Carlos volvió al norte.

—Todo esto lo sé por Basilio —continuó Genoveva—. Basilio era el dedo chiquito del general Infante y presencié la tragedia. Carlos regresó ardiendo en ira y con su grupo aumentado por algunos elementos que deseaban combatir bajo sus órdenes; venían dos abogados, un ingeniero, un gringo... También venía —añadió lentamente, dándome de nuevo la impresión de que se medía para no decir más de lo que quería— el Desorejador.

—¿Quién era ese, Chacha? —le pregunté.

—Era... un hombre muy valeroso pero muy bárbaro. Le decían el Desorejador porque cuando agarraba maestros comunistas, les cortaba las orejas.

—¡Oh! ¿Ha habido gente tan salvaje?

—Ha habido gente peor —replicó Genoveva—. Pues el Desorejador venía con Carlos, subió con él hasta Durango y regresó con el general a estos parajes. Carlos había recobrado el buen humor y resolvió apoderarse de Santa Clara de las Rocas, pero antes quiso dar a su gente algún descanso y tomar informes.

—Vino él, en persona, hasta el pueblo, disfrazado de arriero. ¡Qué temerario era el hombre! Dejó en el ladrillar a Basilio, a tres hombres más y a Gustavo. Ese fue su error. La infeliz doña Ursula recibió de Gustavo un mensaje para el Alacrán. Y la pobre vieja, al día siguiente trajo el recado a la Rumorosa.

—El Alacrán, al recibirlo, corrió a rezar al cuarto de doña Enedina. ¡Dio gracias! Sí que las debía dar, pero no porque su

hermano estuviese a salvo, que tan hermano era de Gustavo como del Desorejador, sino porque el mensaje quería decir: todo listo.

"El diablo debe haber recibido aquellas gracias. El diablo que buscaba perder a Carlos. El general regresó a su campamento lleno de gusto, porque comprobó que Santa Clara tenía escasa guarnición. Dio las órdenes y avanzó con su gente. Era a principios de 1928. Bajaron por aquel pinar que ves al otro lado del río, fueron a comer en aquel prado que está junto a la poza de los Cantores.

"¿Lo ves? Es un descampado que favoreció la instalación de la tropa y de los caballos. Mientras se preparaba el rancho, Gustavo le propuso a Carlos tomar un baño en la poza. El general aceptó. Se desnudaron y se echaron al agua. El Desorejador y otros los imitaron.

—¿Y Basilio? —pregunté.

—¿Basilio? ¡Ah! él también se bañó. Nadie esperaba nada malo. Los centinelas vigilaban el camino abierto por los condes y a la huerta todo el mundo la sabía abandonada. Aquella confianza hizo el éxito del plan de Gustavo, un plan trazado en México tan cuidadosamente por hombres expertos, que el Alacrán había tenido que aguantarse una paliza para conseguirse las espaldas llagadas. ¡Qué tipos infames eran esos! Se habían hecho pasar por creyentes, habían rendido a la Liga verdaderos servicios y casi eran tomados por santos. Si el infierno tiene santos, Gustavo y el Alacrán deben tener hasta letanías.

"Basilio me ha contado la escena. Estuvieron nadando un rato y después Gustavo alcanzó la escalera que llega hasta la huerta y la subió como por curiosidad. De repente dijo muy alterado, como si hubiese visto algo de interés:

"—Mi general, mi general, venga a ver.

"Carlos subió. Subieron también Basilio y cinco hombres más. Y de repente cayó un lazo sobre el general y luego otros y la huerta empezó a vomitar soldados. Con ametralladoras barrieron a la gente de la otra orilla y pusieron en fuga a los supervivientes.

"El general y sus compañeros habían caído como pajaritos. Cuando Carlos comprendió, ya era tarde. Su tropa había huído y Gustavo y el Alacrán se abrazaban entre los federales. No dijo una palabra. Basilio fue el que injurió y escupió al traidor. Gustavo se reía de los insultos y aconsejó al jefe de los federales que ejecutara inmediatamente a los prisioneros.

"—Esas son las órdenes que traigo —dijo el jefe—. Y usted, apártese. Me chocan los que venden a la gente.

"Gustavo no se dio por ofendido.

"—A la horca, a la horca —exclamó, mofándose de Carlos.

"El hermano de Pensativa lo miró con desprecio.

"—¿Tienes mucha prisa de verme morir? —le preguntó.

"—Mucha, mucha, para cobrar el premio.

"—Tú no morirás pronto —le dijo Carlos— pero tu muerte será peor que la mía.

"Gustavo palideció.

"—Basta —gritó—. Y no me mires así, general de bandidos. ¡A la horca, a la horca!

"Colgaron a Carlos de esa encina que ves echar su sombra en el sendero. Hubieran colgado inmediatamente a todos los prisioneros, si Gustavo no hubiese querido saciar su odio en el cadáver de Carlos. Lo había aterrorizado la profecía de su víctima y se le desbordó el lodo de su maldito corazón. Sacó su pistola y la vació sobre el ahorcado; una de las balas rompió la cuerda y el cadáver cayó al suelo. Gustavo lo pateó, lo escupió y después, como lo asustaran los ojos del muerto, se los saltó con una vara. No pudo continuar sus profanaciones, porque Basilio intervino. Es fuerte el caporal. La ira lo dominó hasta el punto de permitirle romper las ataduras. Con un salto de fiera se precipitó sobre Gustavo, al que habría despedazado si el Alacrán, que no lo perdía de vista, no lo hubiese detenido en el aire dándole un machetazo.

"Basilio cayó con la cara destrozada; tú has visto la cicatriz que conserva. Lo creyeron muerto y lo echaron al río. Sólo entonces fueron colgados los demás presos. Basilio, al que el agua había devuelto el sentido y que se había podido ocultar en un agujero que hay al borde de la poza, no reapareció hasta que los enemigos se marcharon a Santa Clara. Entonces subió a la orilla opuesta y se reunió a los fugitivos. Como Gustavo había dejado irreconocible el semblante de Carlos, los federales no vieron el modo de exhibir el cadáver en el pueblo y lo habían dejado abandonado bajo la encina. Basilio enterró al general con los demás ejecutados y se fue con los cristeros supervivientes a las Piedras Coloradas, donde pasó quince días muriéndose de fiebre.

"Cuando recuperó la salud vino a la huerta y rezó sobre las tumbas de su general y de sus amigos. Después se fue para Jalisco a reunirse con la Generala. Y esa es la historia de este lugar maldito" —terminó Genoveva, volviendo a persignarse.

XI

Yo la había escuchado con un vivo interés. Ahora comprendía el horror de Pensativa a los ciegos; sin duda ella no podía olvidar el ultraje inferido al cuerpo de su hermano y ante cada ciego su imaginación rehacía el terrible cuadro.

—Pero entonces —murmuré— ¿por qué Jovita no quiso decirme la verdad?, horrible pero inofensiva y prefirió inventar lo de la herida que había impedido la fuga de Carlos?

—Chacha —dije en voz alta— ¿estás segura de que Gustavo le saltó los ojos a Carlos cuando este ya era cadáver?

—¡Vaya que si estoy segura! —se indignó ella—. Basilio me lo contó todo y él no tiene por qué inventar. Y que tiembla cuando se acuerda de aquel día.

—¿Dices que eso fue a principios de 1928?

—En febrero.

—¿Por qué, entonces, le tienes tanto miedo al quince de julio?

Genoveva abrió la boca, pero no pudo responder.

—Tú me ocultas algo, Chacha.

—Algo que no tiene relación con Pensativa —respondió, y me pregunté si mentía.

—¿Ahorcaron también al Desorejador? —pregunté.

—No... Se lo llevaron a Santa Clara para obligarlo a hacer revelaciones, pero se les escapó en el camino.

—Dime qué fue de Muñoz y del Alacrán.

—No sé más, Roberto, no sé nada. Ten compasión de mí. ¡Cómo me martirizas! Vámonos, vámonos —suplicó, levantándose.

La vi tan excitada, que no me opuse, a seguir el camino. Montamos a caballo y anduvimos en silencio, por vericuetos. Acabamos por perder de vista al río. Yo me repetía todas las preguntas que le había hecho a Genoveva y sentía siempre al viejo secreto erguirse ante mí. ¿Qué había de prohibido, de espantoso, en el pasado de Pensativa, que con tantas ganas me era ocultado? Yo sabía que Gustavo Muñoz había recibido su castigo; me lo había dicho la misma Pensativa. No era eso pues lo que se deseaba ocultarme. Pero entonces ¿qué era?

La tarde desencadenó al viento en la cordillera. Los pinares

agitaron su perfil angrelado. El sol fue subiendo por los cerros y la obscuridad empezó a insinuarse en los desfiladeros. Yo notaba en mí una creciente angustia. ¿Qué peligros me amenazaban? Oyendo a los caballos golpear el camino rocoso, me iba sintiendo agotado, próximo a un desencanto definitivo. Odié a la sierra, a su dédalo coronado de fuego, a su bestial poderío y sólo reaccioné cuando oí a la Chacha ponerse a gritar:

—Soy Genoveva, la de la Rumorosa.

Un hombre, un centinela, apareció armado de una carabina sobre un peñascal.

—Buenas tardes, doña Genoveva —saludó— ¿Qué milagro que se deje ver?

—Cascajo ¿dónde está tu general? —preguntó la Chacha, devolviendo el saludo.

—En el campamento —respondió Cascajo, señalando el fondo de un valle cuyas piedras tenían tonos rojizos.

Bajamos al campamento, que se reducía a dos barracas construidas al borde de un torrente. Un hombre contenía a dos perros feroces, que saltaban enseñando los dientes.

—Mi general Cornelio —grité— yo te saludo.

Me respondió una alegre exclamación y Cornelio, entregando los perros a un indio que tras él enarbolaba una escopeta, se lanzó sobre mí. Su abrazo me devolvió el buen humor.

—Temía que se te hubiese subido a la cabeza tu grado de general —le dije.

El se rio con su risa de niño crecido. Era el de siempre, el chico ingenuo, generoso, robusto, que había sido mi esclavo en la Rumorosa. Únicamente la barba crecida me desorientaba. Pero nada en Cornelio me revelaba al cristero, al amigo de Carlos Infante, al camarada de Basilio, al hombre, en fin, que debía haber participado en tantos combates y visto derramar tanta sangre.

—General brigadier —me dijo, con un orgullo pueril. Y el fue el primero en reírse de su grado.

No se cansaba de verme y quiso inmediatamente llevarme a su morada. Lo seguimos después de entregarle los caballos al indio y entramos a una pieza en la que había un catre de campaña, una mesa con un quinqué, otra con libros de apologética y con hagiografías; un rústico trastero y tres cuadros: el del Sagrado Corazón, el de Nuestra Señora de Guadalupe y la fotografía del Padre Pro. En un marco dorado, único lujo, estaba el retrato de Carlos Infante.

—Tienes el retrato del hermano de Pensativa —dije inmediatamente.

—¿La conoces? —preguntó con entusiasmo.

—Claro está. ¿Y por qué te entusiasmas tanto? ¿Estás enamorado de ella?

—¡De Pensativa! —exclamó Cornelio—. ¿Enamorarme de Pensativa? Estás loquísimo.

Genoveva sufría visiblemente de los nervios.

—Por lo que más quieran —suplicó— no hablen ahora de Pensativa ni de nadie que no sea de ustedes mismos.

Cornelio leyó indudablemente algo en los ojos de Genoveva, porque se turbó y se alisó la barba.

—Siéntense —dijo—. Han de traer hambre ¡eh!

—Bastante —confesé.

Cornelio llamó al indio y le ordenó asar carne.

—¿No tienes cocinera? —pregunté.

—Aquí no hay mujeres —replicó, sin dejar de sonreír—. ¿Sabes, primo? Esto es como un monasterio.

—¿Del que tú eres el abad?

—Soy el general, contestó—. Seguimos como cuando andábamos en la cruzada. Quedamos siete cristeros. Todo se hace aquí al toque de corneta y se le debe obediencia al superior jerárquico.

Lo observé, sintiéndome intrigado, mientras los recuerdos de nuestra infancia me llenaban la mente.

—Cornelio, me parece mentira que hayas anidado levantado en armas.

—Y que fue bravo mi general —intervino Genoveva—. Lo hubieras visto entrando a caballo, victorioso, en Santa Clara. Justo un San Miguel.

—Pero eres casi el único que salió de esa guerra con un semblante tranquilo —le hice observar—. Porque, verbigracia, el buen Basilio.

—¡Ah! Basilio —exclamó Cornelio, moviendo la cabeza—. Ese sí que fue terrible.

—¿No te daba horror andar con esa gente entre la que había hasta un Desorejador?

—Ya está la cena —interrumpió Genoveva.

Se levantó para disponer en la mesa los platos de peltre y nos dio el ejemplo de apetito. Yo no por comer abandonaba mis pensamientos. Quería alejar a Genoveva antes de que pusiera sobre aviso a Cornelio, pero viendo difícil conseguirlo, me lancé de improviso.

—Cornelio ¿estuviste en la Huerta del Conde el quince de julio de 1928?

Palideció y dejó de comer.

—Estuve.

—¿Qué pasó ese día?

—Pues... lo que tenía que pasar.

—Esa no es respuesta. Chacha, no hagas gestos y oye esto: Pensativa misma me dijo que su hermano estaba vengado y que los mozos del Plan de los Tordos habían sido los vengadores.

Basilio me informó sobre el lugar donde se había desarrollado la venganza: el mismo en el que Carlos Infante había sido ahorcado. Y tú, Chacha, me contaste esta tarde que Carlos había sido ejecutado en la Huerta del Conde. Ya sé pues que hubo una venganza y comprendo que ésta fue igual a la culpa: alguien, quizá Basilio, le saltó los ojos al cadáver de Muñoz.

Me volví hacia Cornelio y le hablé francamente:

—Primo, estoy enamorado de Pensativa.

—¿Me dejas darte un abrazo? —gritó Cornelio.

—Claro que sí —acepté, riendo y levantándome para recibir el abrazo.

—¡Qué estupenda noticia! —exclamaba él, tan nervioso que no podía estarse quieto—. ¡Mi primo está enamorado de Pensativa!

—Y si puedo la haré mi esposa.

—Ese día bajaré a Santa Clara —anunció Cornelio—. Va a ser un día grande. ¡Se casa Pensativa! Y se casa con mi primo.

—No te apresures —le dije—. La cosa no está como para festejarla ya. No sé si Pensativa llegará a compartir el cariño que le tengo y me temo que aunque a ello llegara, no querrá darme su mano. Tiene una pena muy grande. Sé que originalmente todo viene de la muerte de su hermano, pero he visto que hay más, que existe un secreto. Pensativa se emociona de un modo increíble ante los ciegos. Las explicaciones que me han dado todas las personas a las que se las he pedido no resultan suficientes. Todos mienten, todos tergiversan o echan a correr. Y ese secreto me atormenta y me alarma.

—Pensativa es la mujer más pura que haya en el mundo —me dijo Cornelio.

—No lo dudo. Aclaro que no pienso mal de ella, pero comprendo que se siente agobiada por algo y adivino que quiere expiar las acciones de Carlos o las de sus hombres. Por eso quiero saberlo todo. No me parece bastante para... para atormentarla tanto, el hecho de que al cadáver de su hermano le hayan sido saltados los ojos y de que el cadáver de Gustavo Muñoz haya sufrido la misma mutilación. Hay algo más. Dime qué es.

Cornelio levantó con firmeza su mirada y la puso sobre mí. Hasta entonces vi al Cornelio guerrillero, al Cornelio cristero. Algo duro, fanático, había surgido en aquellas pupilas que me habían parecido infantiles.

—Si hay algo, yo lo ignoro, primo.

—Dime qué pasó el quince de julio del año veintiocho en la Huerta del Conde.

—Lo que pasó no tiene nada que ver con Pensativa.

El ahogado suspiro de alivio que se le escapó a Genoveva me advirtió de que se me engañaba. Yo había tropezado con

“la causa”. Yo estaba queriendo aclarar los secretos del movimiento cristero y mi primo dejaba de serlo para convertirse en el general católico y cerrarme el camino. Me exasperó aquel muro que se elevaba ante mí.

—Cornelio, fíjate en que te he hablado con franqueza —le dije—. Me habría sido fácil sorprender el secreto sólo con no decirte que lo ignoro. Pude haberte sonsacado sólo con haber disimulado. Pero a ti jamás te engañaré. Te hablo de hombre a hombre. Adoro a Pensativa, pero no me casaré con ella, óyelo bien, no me casaré con ella sin antes conocer todos sus secretos. Ayúdame pues.

—Cásate a ojos cerrados con ella, que es una santa.

—Eso mismo me han dicho todos, pero no quiero casarme con una santa, sino con una mujer que no me oculte nada.

—Pues yo nada sé de ningún secreto —me dijo Cornelio.

—Júrame que no sabes nada.

—Yo nunca juro —fue la respuesta.

Me desanimé. Vi perdido mi viaje y estuve a punto de estallar, pero me contuve y pregunté dónde podía acostarme. Como el catre se lo dejamos a Genoveva, Cornelio y yo nos acostamos sobre un montón de pieles y a pesar de mis inquietudes dormí profundamente.

Al despertar, no me levanté inmediatamente. Sentí el corazón roído por uno de esos terribles dolores nocturnos, que nos envejecen diez años en diez minutos, que envejecen al mundo que nos rodea y que convierten a un frívolo en un hombre reflexivo. Vi que me era imposible alcanzar a Pensativa, porque aquel secreto, el enigma de su horror a los ciegos, de su raro confinamiento en la hacienda desmantelada, de su tentativa de suicidio, alzaba y alzaría siempre entre ella y yo su rostro helado. Sufrí en esos momentos como jamás había sufrido, pero resolví no investigar ya más una verdad que se me fugaba constantemente y acordé volver a México no bien hubiese dejado a Genoveva en la Rumorosa.

Así hubiera sido si yo me hubiese resuelto a dejar ese mismo día las Piedras Coloradas. Nada me habría detenido entonces en aquella tierra ensangrentada. Pero al obligar a Genoveva a relatarme la historia del suplicio de Carlos Infante, yo había puesto en movimiento un mecanismo que iba a burlarse de mis esfuerzos por escapar al destino. En el mismo instante en que resolví volver a México, un espíritu maligno me sugirió:

—Mañana es el quince de julio.

Y mi amor y mi exasperación me hicieron apetecer pasar el día quince en la Huerta del Conde. Tuve una alegría frenética al sentir que retaba al destino, que aún me era posible intentar un esfuerzo supremo, como si hubiese estado convencido de que

la fecha para mí enigmática, llevaría sobre aquel sitio maldito el rayo que rasgaría el velo.

Me levanté y salí de la cabaña. La niebla era espesa y el frío intenso. Fidel jugaba con los dos perros junto al torrente, que mugía pasando bajo el tronco utilizado como puente. La Chacha, envuelta en un jorongo, ordeñaba una vaca. Saludé cordialmente a mi primo, que se acercó para presentarme a sus hombres, los cuales, por respeto, se habían abstenido de presentarse la noche anterior. Eran siete labriegos que más parecían monjes, con su cintura ceñida por una cuerda y con su rosario al cuello.

—¿Son tus frailes? —le dije a Cornelio, llevándolo junto al torrente.

—Son —replicó Cornelio, con su sonrisa de niño.

—¿En verdad no piensas en volver a vivir en Santa Clara?

—A Santa Clara nada más bajaré para casarte con Pensativa —dijo Cornelio, que sin duda se había puesto de acuerdo con Genoveva— pero inmediatamente después regresaré a este lugar.

—¿No es esa una locura? ¿No estarían mejor todos ustedes en el pueblo?

—Ni en Santa Clara ni en ningún otro lugar donde se haya perdido la fe —replicó Cornelio, con un dolor inocultable en la voz—. Ya no hay fe en México. El clero es el primero en dar el ejemplo de sumisión a los herejes. Los sacerdotes se han olvidado de los Libros Sagrados y los obispos han firmado la paz con los amorreos.

—Ese es el nombre de una tribu que aparece en la Biblia, ¿no? —pregunté, confuso por mi ignorancia.

—Los amorreos y los cananeos ocupaban la tierra de promisión —continuó Cornelio, exaltándose—. Eran paganos, enemigos de la verdad y usurpaban el sitio que correspondía a Israel. El Señor se los entregó a Josué y todos fueron pasados a cuchillo.

—Cornelio... —quise interrumpirlo.

—Nosotros combatimos contra los modernos amorreos, pero los obispos se asustan ante la sangre. ¿Por qué no leen la Biblia? ¿Han olvidado a los treinta y un reyes destruidos por Israel al concluir el Exodo? ¿Han olvidado la matanza de Jericó, de la que sólo fue librada la ramera Rahab? Aquí no habríamos encontrado ninguna Rahab y todos los enemigos y todos los tibios hubieran sido pasados a cuchillo. Pero la voz del Señor está olvidada y los obispos cierran los ojos ante los Libros Santos.

—Primo —dije, conciliador— quizá los obispos sólo gusten de leer el Nuevo Testamento, en el que se dice: el que mata con la espada, con la espada morirá.

—¿Pero cuál espada? La espada de rencor, de codicia, de

concupiscencia, es la espada maldita, pero la espada de la ira santa es bendita. Y nosotros empuñábamos la espada de fuego. Ibamos de triunfo en triunfo, cuando los obispos aceptaron la paz. Todo se perdió. Tanta sangre fue derramada en vano y los puros hemos tenido que refugiarnos en la sierra para no ver triunfante a la herejía.

Renuncié a contradecirlo. ¿Aquel era Cornelio, mi compañero de juegos? La guerra lo había transformado en este loco sediento de sangre, soberbio, que soñaba con el exterminio de sus enemigos.

Pasé el día impacientemente sin disfrutar del encanto de aquel paisaje custodiado por centinelas, extraviado en la cordillera, donde al sonido del torrente se mezclaba el de los rezos de "los puros". No quise participar a nadie de mi intención de volver a Santa Clara al día siguiente, para no dar lugar a una maniobra de Genoveva. Mi pensamiento volaba sin cesar hacia la llanura, hacia el Plan de los Tordos, a la mujer a cuya conquista me había propuesto renunciar, pero de la que no podía olvidarme ni un minuto.

Vi llegar la noche con un sentimiento de regocijo. Terminaba aquella jornada odiosa y se acercaba el momento en que vería brillar el sol sobre los follajes de la Huerta del Conde.

XII

Genoveva puso una cara despavorida cuando le anuncié, al amanecer, mi resolución de volver al pueblo. Fidel empezó a gimotear, pero me mostré firme.

—¿Por qué te vas? —me preguntó Cornelio, con suspicacia.

—Ya te vi y ya no tengo nada que seguir haciendo en tu monasterio —repuse—. Si quieres volver a verme, sé amable y baja a Santa Clara.

—Pero yo me siento enferma —arguyó Genoveva.

—Puedes quedarte. Yo me iré con Fidel.

—Patrón —exclamó Fidel— a mí me duele... el riñón.

—Entonces me iré solo.

—¿Pero por qué tanta prisa? —protestó Genoveva.

—Tuve un mal sueño. Vi que a Pensativa la amenazaba una desgracia —mentí, deseoso de acabar la discusión.

Ya no encontré obstáculos. Genoveva se declaró sana, Fidel se olvidó de su riñón y pude despedirme de Cornelio sin sufrir ninguna resistencia. Cornelio me abrazó y me dijo:

—Cásate con Pensativa. Lo que le pasa es pura nerviosidad de mujer.

—Pues el origen de esa nerviosidad es el que deseo conocer —repliqué—. Cornelio, no me casaré mientras haya un secreto entre Pensativa y yo.

—Yo bajaré a Santa Clara dentro de poco —me prometió.

Pero ni esa promesa me hizo variar el propósito de regresar a México. El día había hecho desvanecerse la imprecisa esperanza que me había animado, de encontrar algo en la Huerta del Conde. Ya no me parecía posible encontrar nada en ella, ni aún en la fecha que amedrentaba a la Chacha.

Me despedí de los monjes de Cornelio y montando a caballo partí seguido de Genoveva y de Fidel. Nos alejamos rápidamente del valle en el que los "puros" habían establecido su monasterio. En un momento la sierra nos envolvió y la senda se retorció en la falda de los cerros. Volvimos a encontrar el río y fue para mí como si un ser conocido, un viejo amigo, se hubiese ofrecido a mis miradas. ¿No era de su furia de la que yo había salvado a Pensativa?

Siempre ese nombre era el que me venía a los labios: Pen-

sativa. Y su imagen era siempre la que revoloteaba sobre mi cabeza. En el viento que hacía sonar los pinares encontraba su voz. Mi impaciencia volvió y un pensamiento irresistible me hizo desear verme ante la huerta. Recorrimos penosamente el laberinto de montañas, sobre el que brillaba el sol, refulgente en un cielo inmaculado.

—¿Por qué vamos tan aprisa? —protestó Genoveva.

—Ya me cansó la sierra —respondí.

Fidel, que se hacía seguir de la mula cargada con las provisiones, no levantaba los ojos de la crín de su caballo.

—Había de ser este día precisamente —se quejó la Chacha—, el que tenías que escoger para pasar frente a la huerta.

—Miedosa.

—Sí, miedo. Vi la revolución y luego vi la guerra religiosa y prefiero volver a verlas, a pasar por esa huerta el quince de julio.

—¿Crees que el alma de Muñoz vuelve en esta fecha a la huerta?

—No empieces, no empieces —suplicó Genoveva, mirando con terror el pinar que atravesábamos en ese instante.

Los caballos, marchaban tranquilamente, sin hacer mucho ruido, sobre las agujas doradas. El río, perdiéndose en los cadosos, había dejado de sonar. Casi olvidé mis ansias, encantado de aquel paseo entre los troncos inmóviles.

Reconocí el sitio en el que dos días antes habíamos comido en nuestra jornada hacia las Piedras Coloradas y sentí un vuelco en el corazón. Habíamos llegado. Por entre los pinos vi, un poco más abajo, la tapia arruinada de la Huerta del Conde y la superficie rizada de la poza de los Cantores. El sendero que corría entre la poza y la parte posterior de la huerta, era perfectamente visible.

—Hay gente allí —exclamé.

—El Señor nos ampare —lloriqueó la Chacha.

Fidel no quería ver. Me adelanté, salí del pinar y grité:

—¡Pensativa!

Era ella. Lancé mi caballo en una galopada. ¿Qué había ido a hacer Pensativa, en aquella fecha siniestra, a la huerta maldita? Corrí como en el día en que la salvé de la creciente, dominado por mil impulsos inescrutables.

—¡Pensativa!

Ella me miró acercarme como si yo hubiese sido un espectro. Basilio estaba a su lado y no disimuló su disgusto. Hice avanzar a mi caballo por el sendero y pronto estuve ante Pensativa, cuya frágil figura se mantenía en la grada más alta de la escalinata. Desmonté y saludé.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella, tan agitada que su voz sonó estridentemente.

—Vengo de visitar a Cornelio —repliqué—. Pero usted misma ¿qué ha venido a hacer a este sitio aborrecible?

Pensativa recobró la serenidad. Con un ademán me mostró, al otro lado de la tapia, allí caída casi por completo, una encina cuyo follaje lanzaba su sombra hasta el sendero.

—En este sitio fue sacrificado mi hermano —me dijo.

Contemplé con emoción el árbol de cuyas ramas había sido colgado el general Infante. Un olor raro, pesado, rancio, me agarró la nariz. La huerta se extendía ante nosotros, solitaria y selvática. Basilio se inclinó y abriendo un paquete fue sacando cirios.

—Pensativa —dijo la Chacha, llegando seguida de Fidel— ¿va usted a rezar?

—Sí, Chacha.

—¿Por quién? —pregunté audazmente.

Me arrepentí instantáneamente. Pensativa se había descolorido y Basilio se irguió con rabia.

—¿Por quién quiere usted que rece la señorita? —me preguntó el caporal—. Rezará por el general y por sus soldados.

Pensativa lo hizo callar.

—Rezaré por todos los que han muerto en este lugar —explicó.

Basilio encendió los cirios y los fijó en la piedra. Nos arrodillamos y respondimos las oraciones que guiaba Pensativa. Yo me sentía lúgubrementemente impresionado. La escena despedía un vago temor. Los cirios ardían con una llama rápida. La huerta murmuraba blandamente y exhalaba su olor rancio, de osario. Atrás de nosotros, abajo, en la poza, el agua se deslizaba sin murmullos, relampagueando.

Pensativa había llegado a la letanía.

—Ruega por ellos —respondimos.

Experimenté como un cosquilleo en la frente: el que me hubiera dado una mirada fija sobre mí.

—Nervios —me dije.

La voz de Pensativa se elevaba pausadamente. Yo estaba alerta a no sé qué inquietud y me figuré que en la maleza había algo escondido y acechante. Observé con atención y vi, más allá de la encina, a una víbora negra, manchada de amarillo, que descendía por el tronco de un fresno y se perdía luego en la espesura. Me indigné.

—Me estoy volviendo miedoso como Fidel —me dije.

Ni aún así logré sacudir la aprensión. Mi memoria evocaba la terrible escena de la emboscada, los soldados lanzándose sobre los bañistas, la ametralladora barriendo el prado; después creí ver al general suspendido de la encina, estremecido en la espantosa agonía y a Gustavo balaceándolo en el paroxismo de la ira. Y luego, al mismo Gustavo arrastrado por los vengado-

res y colgado de la encina. Me estremeció la visión de aquel árbol y de sus frutos espantosos.

Instintivamente puse los ojos en la maleza. ¡Pero ahí hay alguien! estuve a punto de gritar. Me dominé y me quedé con la duda, no queriendo esparcir el terror. ¿Qué podía haber en aquellos matorrales?

—Fantasías —me dije, pero sin poder desechar mis dudas.

El rosario terminó. Nos levantamos y dejando a los cirios arder solitarios en la piedra, caminamos por el sendero hasta llegar al punto opuesto a aquel por el que Genoveva, Fidel y yo habíamos venido. Allí estaban los caballos de Pensativa y de Basilio, atados a un arbusto.

—Vámonos —dijo Genoveva, montando ayudada por Basilio.

Fidel la imitó y se alejó unos pasos, tirando del ronzal de la mula. El sol caía a plomo. Pensativa miraba con fascinación la tapia derruida.

—Vámonos —le propuse, apiadado.

Ella empezó a esbozar una sonrisa. Y no la acabó. Creímos que el infierno iba a volcarse sobre la tierra, que los muertos volvían. No olvidaré jamás. Mil y mil veces resonará en mis oídos... Oiré siempre aquel grito atroz de espantosa agonía.

XIII

Fue un grito de delirante angustia. Lo recuerdo en las noches y el cuerpo se me eriza. Era el grito de un hombre al que se asesina entre desesperadas congojas. Y una tempestad de locura se abatió sobre nosotros.

Pensativa se dobló como un tallo roto. Oí voces y relinchos. Creí en una emboscada. De un salto de tigre, Basilio se apoderó de Pensativa y se arrojó con ella sobre su caballo. Me envolvía un torbellino y las imágenes flotaban despedazadas en derredor. Los caballos partieron al galope. En el último segundo alcancé el mío y partí como una flecha.

Fue una galopada feroz. En un instante dejamos el valle y nos lanzamos en tromba por el viejo camino. El río y la montaña nos envolvían en trazos hirientes. Huíamos echados sobre el cuello de los caballos, sin volver la cara, perdidos de fiebre.

Fui el primero en rehacerme.

—¡Genoveva! —grité.

Ella no me oyó, pero mi voz me volvió completamente al mundo real. Vi entonces nuestra loca cabalgata. Fidel iba desvergonzadamente a la cabeza. Lo seguía Basilio con su ama en brazos y después iba la Chacha. El caballo de Pensativa, y la mula con los víveres, galopaban a mi zaga.

—¡Genoveva! —rugí—. ¿Quién gritó?

—¡Corre! contestó ella.

Arrojé mi montura hasta emparejarla con la de Genoveva.

—¿Quién gritó?

—¡El diablo! —clamó la Chacha.

Detuve en seco mi caballo.

—¿Sólo el diablo? —exclamé.

¿No había sido pues aquel grito una señal de asalto? ¿No había forajidos en la huerta? ¿Huíamos pues del diablo? La cólera me cegó. ¿Quién se había burlado de nosotros? ¿Quién había gritado para espantarnos?

Yo estaba solo. Los fugitivos iban lejos ya. Clavé las espuelas a mi caballo y lo lancé al galope, pero ahora en dirección de la Huerta del Conde.

Yo sabría. Yo quería saber, y sabría. Era quince de julio y

la huerta tenía el secreto. Yo se lo arrancaría. Un espíritu perverso se divertía conmigo, pero yo lo despojaría de su asqueroso antifaz. Entré al galope al valle en cuyo centro se amontonaba el arbolado y no detuve a mi caballo sino hasta que me vi ante el foso medio colmado que defendía a las tapias.

Dejé al caballo amarrado a un arbusto y seguí el sendero que minutos antes había recorrido con Pensativa. Mis pasos resonaban extrañamente sobre el suelo rocoso. El agua, abajo, centelleaba. Al otro lado del río, el prado tendía su alfombra verde, su profusión de flores, hasta el sitio en que los pinos se extendían en guirnalda.

Así llegué a la escalera abierta en la roca y en cuya última grada seguían ardiendo los cirios. Experimenté cierta aprensión al ver las llamitas oscilar bajo el lento soplo de la sierra. La encina arrojaba su sombra espesa. Allí habían sido ahorcados unos hombres. La muerte había marcado para siempre el paisaje abandonado. Me detuve, indeciso, preguntándome si el grito había salido de la espesura o si había brotado de la poza de los Cantores. El agua estaba más oscura. El miedo se insinuó en mi corazón y para vencerlo tomé unos guijarros y los aventé a la poza. El ruido del agua saltando al recibir las piedras me volvió la calma.

No era posible que el grito hubiese salido del río. Habían gritado en la huerta y recordé la sensación que había notado, mientras orábamos, de ser acechado desde la maleza. Con mi cuchillo de monte corte una vara flexible que empuñé con la mano izquierda. Tomé luego mi pistola, corté cartucho y salté por encima de los restos de la tapia.

El viento, soplando en ese instante con más fuerza, produjo en la arboleda un hondo rumor. Después se calmó y el silencio reinó sobre mi cabeza. Vi, como lo había esperado, que bajo mis pies yacía un pavimento de grandes losas y deduje que había existido una salida sobre la poza en los tiempos de magnificencia de la huerta.

Con la vara golpeé vigorosamente los matorrales, para hacer huir las serpientes. Pude avanzar entonces, aunque con fatiga, entre la tupida vegetación, que bien pronto se cerró tras de mí. Perdí de vista la encina; mil rumores me alertaban. La huerta crujía con señales de una vida animal, pero mi impaciencia me hacía escuchar pasos y voces.

El sol penetraba a veces los ramajes y su luz blanca descubría en aquella gruta vegetal trazas de bancos adornados con azulejos, restos de canalillos de piedra, vestigios de glorietas en las que antaño habían gritado los pavos reales. Pero no di con una señal de presencia de seres humanos y la inquietud volvió a morderme.

—Calma —me recomendé—. Ese grito no lo lanzó el demonio y aquí hay algún hombre que se ha burlado de nosotros.

La maleza era tan intrincada, que mi inspección resultaba forzosamente limitada, pero me propuse pasar todo el día si era necesario, antes que declararme vencido. Continué mi visita, despechado de tener que hacer ruido para asustar a los reptiles, pero lleno de asco al ver pulular las víboras en aquel reino de la muerte. Bullían y a mi proximidad se dejaban caer de las ramas y se deslizaban luego con horribles contorsiones.

Llegué finalmente a las ruinas del palacio y contemplé los formidables muros revestidos de trepadoras, las ventanas abriéndose para habitaciones desaparecidas, y las puertas bloqueadas por la vegetación. Aun lado, la capilla elevaba aún su espadaña sin campanas y su cruz de piedra.

Temí aventurarme en aquellas construcciones devastadas, en las que el viborerío se sentiría acorralado y me limité a espiar desde las ventanas de la planta baja. Mi mirada no encontró en el recinto del palacio sino el oleaje de la maleza. El sol iluminaba las paredes en cuyas grietas se mecían las parásitas, y los restos de una escalera. No quedaba un solo techó en el viejo caserón, del que me alejé cuando me hube convencido de que no encerraba sino alimañas. Seguí mi inspección, sin cansarme, yendo y viniendo bajo la arboleda, escuchando constantemente los extraños rumores de la pequeña selva.

Al mediar la tarde me encontré junto a la tapia detrás de la cual se extendía la poza de los Cantores. Me hallaba en un ángulo de la huerta; a mi izquierda se elevaba el follaje de la encina trágica. Un crujido que sentí bajo mis zapatos me erizó el cabello. Inclinandome y apartando las yerbas con la vara, vi un hueso completamente descarnado. En seguida encontré otros más y entre ellos dos calaveras llenas de hormigas rojas.

—Sí, sí —me dije— esta es una huerta maldita. La muerte se presenta por todos lados. La muerte y el crimen.

Me horrorizó el sitio y busqué en la tapia la primera brecha que me permitiese salir. Respiré cuando me encontré fuera. Ante mí se alzaban las montañas, bañadas por un sol enrojecido y se extendía el pinar en el que dos días antes Genoveva, Fidel y yo, habíamos comido. Mis nervios se sintieron más laxos y aspiré con alegría el fuerte aire que bajaba de las cumbres.

Enfundando la pistola, me llegué hasta la orilla del río y después de cerciorarme de que no había en el sendero otra cosa que los cirios, algunos de los cuales ardían aún, me dirigí, costando las tapias, hacia la parte delantera de la huerta. Allí me detuve, sorprendido.

Dos hombres estaban detenidos en el camino real, ante el sitio en el que en otra época se había abierto la puerta, de honor. El sol los recortaba vigorosamente. Me acerqué con lenti-

tud, listo para repeler cualquier ataque, pero no vi que aquellas figuras miserables se movieran a mi aproximación.

Me detuve a unos pasos de los dos hombres y sentí una profunda piedad. Sin duda los dos eran mendigos; su ropa caía en jirones y sus zapatos estaban destrozados. Se apoyaban en bastones nudosos que podían ser armas terribles y llevaban terciados sendos morrales casi vacíos.

—Buenas tardes —saludé, queriendo ser cortés.

Sólo uno de ellos volteó para verme. Se protegía la cabeza con un viejísimo sombrero de palma. Su semblante era espantoso. Tenía la frente y las orejas cubiertas con vendas asquerosas; sus ojos lanzaban una mirada huidiza, de animal acorralado. Pero lo más atroz era su nariz. O bien dicho, su falta de nariz. Era un desnarigado aquel vagabundo del que brotaba un aliento satánico.

—Buenas tardes —repetí.

No recibí respuesta. Me acerqué más aún y entonces el segundo mendigo me mostró la cara. El corazón se puso a saltarme: aquel hombre era ciego.

Un ciego atroz, con las cuencas vacías y cicatrizadas. Nada era posible ver de aquel semblante, después de haber visto las dos heridas espantosas. Me hubiera gustado estar lejos de allí. ¡Un ciego, un ciego ante la Huerta del Conde, en el lugar en el que había sido ahorcado el hermano de Pensativa y al que ella, que tanto se conmovía ante los ciegos había llegado a orar! Tuve un presentimiento que me abrumó.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —pregunté destempladamente.

Oí un murmullo inarticulado. El hombre de las vendas me tendió, con ademán casi imperioso; su sombrero de palma, en el que eché unas monedas. El ciego alzaba la cara con un gesto ansioso. Yo no sabía qué decir. Por fin me decidí:

—¿Han encontrado gente por aquí?

El desnarigado negó con la cabeza.

—¿Han entrado ustedes a la huerta?

Una sonrisa diabólica se extendió en su finosomía degradada.

—No —dijo, con una voz rara, como si el mendigo se hubiera desacostumbrado a hablar—. Está maldita.

—¿Y no han oído ustedes un grito?

—¿Un grito? ¿Han gritado los fantasmas?

No quise preguntar nada más, rechazado por las dos figuras repugnantes. Hice un ademán a guisa de adiós y seguí mi camino a lo largo de la tapia principal. Desde la esquina volví los ojos y encontré a los mendigos inmóviles en los rayos del sol poniente.

—Son asquerosos —me dije, encaminándome hacia el río. Mi caballo seguía amarrado al arbusto. Monté, eché una mi-

rada al sendero, en el que los cirios se habían apagado y abandoné el valle.

Confieso que dejé aquel sitio con un placer que se hacía mayor a medida que mi cabalgadura me alejaba al trote. Nunca podría apartar de mi memoria la visita a la Huerta del Conde y tuve la sensación de haber escapado a un peligro mortal oculto en la arboleda. La sierra se me apareció más hermosa y el río, cuyas aguas empezaban a humear con la cercanía de la noche, más alegre. Y eso que yo de ningún modo iba victorioso. El enigma seguía en pie, acrecentado por el episodio de aquel grito delirante resonando en la espesura. ¿Quién había gritado junto a la poza de los Cantores? ¿Qué ser maléfico se había agazapado entre los árboles para llenarnos de pánico? ¿Y por qué ese grito, por más espantoso que resultara, ejercía un efecto tan marcado sobre Pensativa y sobre Basilio?

—Algo significa el grito —pensé, dejando trotar a mi montura— Pensativa y Basilio no se habrían asustado tanto y no nos hubieran contagiado a tal grado de su pánico, si el grito no formara parte de una historia siniestra como la misma huerta. Sí, sí, algo quiere decir ese grito que ha venido a espantarnos en una fecha que a todos parece aterrar y que ha atraído a Pensativa a orar junto a la poza.

¿Y los mendigos? Sentí la impresión del que en un juego está cerca de tocar el desenlace: me estaba quemando. ¡Los mendigos! O bien dicho ¿y el mendigo ciego? Un ciego ante la Huerta del Conde, ante el recinto en el que había sido ahorcado y mutilado Carlos Infante!

—Me estoy quemando —exclamé, dominado por la impaciencia.

¿No eran los ciegos los seres que más impresionaban a Pensativa? Pues yo había encontrado uno en el sitio maldito, un ciego espantoso, que se acompañaba de un hombre desnarigado. ¿Qué historia infame era delatada por tantos temibles indicios?

—Tierra cruel —pensé, viendo la sierra envuelta en las llamaradas del crepúsculo—. Tierra ensangrentada, despiadada, enigmática. Desde los tiempos más remotos, las más terribles escenas se han desarrollado sobre tu costra reseca.

Creí ver brotar de la tierra un vapor enrojecido. Las guerras más dolorosas han bañado en sangre la tierra mexicana. Y las peores han sido las civiles; las más salvajes, las que han dado a cada árbol por fruto un ahorcado, han sido las luchas fratricidas.

En una revuelta del camino tuve un encuentro inesperado: Genoveva corrió a mi encuentro dando gritos de júbilo.

—¡Chacha! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

—Por fin has vuelto —gritó ella.

Recibí un abrazo espasmódico.

—Se me hacía que no volverías nunca —exclamaba Genoveva—. ¿Por qué te fuiste? He pasado una tarde de angustia, esperándote.

—¿Dónde están los demás?

—Estarán ya en la Rumorosa. Los dejé seguir corriendo y me quedé aquí, a esperarte. No pude acercarme a la huerta. ¿Tú fuiste hasta allá?

—Fui a la huerta y la recorrí toda.

—¿Y?...

—No encontré nada.

—¡Nada!

—Miento —rectifiqué, escrutándola—: algo encontré.

—¿Qué?

—Un ciego.

—Vámonos, vámonos —clamó Genoveva.

—Chacha, óyeme: encontré a dos mendigos en el camino que pasa frente a la huerta. Estaban fuera de las tapias, ante la entrada principal. Uno de los mendigos está desnarigado.

—¿Desnarigado? —preguntó Genoveva, desorientada.

—El otro está ciego.

—¡Un ciego en la Huerta del Conde!

—Ante la Huerta del Conde. Y ahora tú, Genoveva, tienes que decirme toda la verdad. Ya no admito disculpas. Comprendo que mentiste cuando me aseguraste que ya no sabías nada más. Hay una historia macabra, hay una continuación al relato de la muerte del general y si no consigo conocer esta continuación, mañana mismo regresaré a la capital.

Genoveva no ocultó su tristeza.

—No te irás —suspiró— porque yo te lo contaré todo. Es algo muy feo, pero por fortuna —añadió con firmeza— Pensativa nada tuvo que ver directamente en esa historia.

—¿Pero sabré por qué teme tanto a los ciegos?

—Lo sabrás.

Respiré más libremente, porque en mi espíritu algo había empezado a levantarse contra Pensativa, una sospecha odiosa e indeterminada.

—¿Hoy mismo me lo contarás todo?

—Esta misma noche —prometió Genoveva—. Ahora, come algo. El miedo no me hizo olvidar la conveniencia de detener la mula con los víveres.

Me hizo reír su previsión y desmontando comí con apetito un pedazo de pollo y bebí un vaso de clarete. Genoveva sólo pudo beber un sorbo de vino. Estaba dominada por una pena creciente y era visible que la sierra le daba miedo.

—¡Qué grito! —comentó involuntariamente, al volver a montar a caballo.

—Es seguro que lo dio uno de los mendigos —le dije.

—Imposible —exclamó la Chacha—. Para eso habrían tenido que presenciar...

—Acaba, Chacha.

Ella no quiso añadir nada más y se puso ante mí para guiarme en el camino. La noche nos alcanzó pronto, pero Genoveva conocía la ruta perfectamente. Eran las diez de la noche cuando al desembocar en la llanura, vimos en el horizonte las luces de Santa Clara de las Rocas.

XIV

Al aproximarnos al pueblo nos sentimos avasallados por la inquietud.

—No digas a nadie que viste a un ciego ante la huerta —me pidió Genoveva.

—Chacha ¿por qué no decirlo? Yo estoy convencido de que uno de los mendigos gritó para asustarnos. Nosotros oímos un grito: ese es un hecho innegable. Y como no encontré a nadie más que al par de limosneros, sólo uno de ellos pudo habernos jugado esa mala pasada.

—Pero eso es imposible —replicó Genoveva—. Eso querría decir que uno de ellos fue testigo... Y los testigos o están muertos o viven muy en calma. Además, para que Basilio se haya asustado tanto, es preciso que el grito haya sido idéntico al otro.

—¿A cuál otro?

—Ya sabrás. No, no pueden haber sido los mendigos.

—Pero es que alguien gritó.

—Gritó... él. Su espíritu vaga en la huerta. Es mejor que no cuentes nada. No harías sino empeorar las cosas. Todos creerían que los mendigos que encontraste no eran seres de este mundo.

No pude reír e hice en silencio el resto del camino. Al llegar ante la Rumorosa comprendimos que algo sucedía en ella. Unos hombres con linternas nos salieron al encuentro. Eran Ireneo, Esteban y Fidel.

—Patrón, qué bueno que volvió —gritó Fidel.

—No me hables —le dije—. Eres un desvergonzado cobarde.

—Dígame lo que quiera, patrón, que yo sé que no soy cobarde. Lo que pasa es que con los muertos no puedo. Ya ve usted que hasta Basilio echó a correr.

—¿Y dónde dejaste a la señorita?

—Aquí está, en la Rumorosa —intervino Esteban.

—¿Está enferma? —preguntó la Chacha.

—Tiene fiebre.

No esperamos más y entramos a la casa. Basilio nos vino a saludar, un Basilio febril, angustiado, que me miró como a un resucitado.

—La señorita está muy grave —dijo.

Entregamos los caballos a Fidel y nos dirigimos a la alcoba de Jovita, en la que había sido instalada Pensativa. Solamente Genoveva pudo entrar. El doctor López me detuvo en la puerta y me informó de la gravedad de Pensativa.

—¿La asustaron en la Huerta del Conde? —inquirió, quitándose los lentes.

—Un susto terrible —respondí—. Doctor ¿corre peligro Pensativa?

—Sí, pero haremos lo posible por salvarla. Ve a saludar a tu tía, que está muy inquieta.

Mi tía me acogió con transportes de júbilo y cuando se enteró de que yo había visitado la huerta, me lo reprochó.

—¡Ese lugar maldito! —exclamó Jovita.

Sin embargo, mis dos parientas no pudieron ocultar su orgullo al conocer mi atrevimiento. Según ellas, en toda la comarca no se habría encontrado otro hombre para repetir la visita. Yo no las oía, lleno de pesar por la enfermedad de Pensativa y me apresuré a salir al corredor. Era ya la medianoche. Los relámpagos ardían sin ruido sobre la cordillera. El patio estaba rayado por la luz de una lámpara.

—Genoveva dice que recorriste la Huerta del Conde —me dijo el doctor, acercándose seguido de Basilio.

—La recorrí de extremo a extremo.

—¿Encontró algo, mi jefe? —preguntó Basilio.

—Encontré restos humanos y una fabulosa cantidad de serpientes.

—¿Quién crees que haya dado ese grito? —me preguntó el doctor.

Me volví bruscamente hacia Basilio.

—En otra ocasión usted había oído ese mismo grito. ¿No es así?

—Sí, mi jefe.

—El hombre al que usted oyó en aquella ocasión ¿puede haber sido el mismo que gritó esta tarde?

—Aquél está bien muerto —protestó Basilio.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo. Se lo juro, mi jefe. Aquél, murió.

—Pues cada vez veo con más claridad lo necesario que me es conocer estas historias, para formarme una opinión.

El doctor estaba visiblemente preocupado.

—Quince de julio —murmuró—. El aniversario... y el grito.

—¿Qué preferiría usted? —le pregunté—. A un muerto o a un vivo dando gritos en la huerta.

—A un muerto. —replicó el doctor, sin reír.

Genoveva salió de la habitación que ocupaba Pensativa.

—No me será posible contarte nada esta noche —me dijo.

—Pero mañana me lo contarás todo.

—Genoveva ¿vas a contárselo todo? —interrogó el doctor.

—Todo.

—O me iré a México sin tardanza —afirmé.

—Bien, bien. Pero mientras llega el momento de que Genoveva te refiera la historia, ve a dormir. Yo pasaré la noche aquí Y mañana no faltaré a oír el relato.

Basilio se quedó a dormir en el corredor, en una silla y yo me fui a mi cuarto, en el que no conseguí un sueño tranquilo. El miedo de perder a Pensativa y la pena de saberla sufriendo; la fatiga, la excitación, me produjeron pesadillas. Oí a cada rato el grito volviendo a retumbar en la huerta y cien veces el sueño me transportó a la orilla de la poza de los Cantores, a la espesura, al ángulo donde estaban esparcidos los huesos humanos, e hizo desfilar ante mí ejércitos de alocadas serpientes.

*
* * *

Desperté agitado, pero con el mismo anhelo de saber. Fue aquel un mal día. Llegué a olvidar mi impaciencia por conocer el secreto, ante la gravedad de Pensativa y sufrí atrozmente ante la alcoba cerrada. Junto a mí, Basilio parecía un niño atormetado. Esteban denotaba igual aflicción y los mozos del Plan de los Tordos, uno a uno, desencajados, vinieron a hacer rápidas apariciones.

Por fin empezó a caer la tarde.

—Chacha, esta noche me contarás esa historia —le recordé a Genoveva.

Esperaba una protesta, pero no fue así.

—Esta noche, sí, para que te estés tranquilo. Me hubiera gustado que ignoraras todas estas cosas, pero si no hay otro remedio, lo sabrás todo.

¡Iba a saber! Me pareció increíble esta seguridad. Cené rápidamente con el médico y ambos aguardamos a Genoveva en el comedor. Ella no apareció sino hasta que las criadas despejaron la mesa. Se presentó acompañada de Basilio.

—Conste que te cuento esto a fuerza —dijo la Chacha, sentándose a mi lado—. Hay cosas que me gustaría olvidar, pero creo que un espíritu endemoniado anda suelto en esta tierra. Tú bien podías ahorrarme este suplicio. Pero en fin...

—Chacha, déjate de exordios —pedí—. Es como si yo tuviera sed y tú me retiraras el agua.

—¿Te acuerdas de lo que te dije sobre cómo murió Carlos Infante? —preguntó ella—. Te lo conté todo, hasta el momento en que los federales se regresaron a Santa Clara. Basilio va a decirte lo que pasó después.

—La Chacha me refirió que a usted lo creyeron muerto y lo arrojaron a la poza —le dije a Basilio.

—Pues cuando caí al agua, recobré el sentido. Y no me quise ahogar, mi jefe —empezó Basilio, sin levantar la vista de la mesa—. Me valió que yo había examinado la poza en otras ocasiones y había visto que por el lado de la huerta había un agujero en la orilla, por el que desaguaba antes la zanja que defiende las tapias; allí me escondí. No me podían ver, porque había yerbas colgando sobre la entrada del agujero. Me aguanté en la poza, aunque oí que los soldados se largaban, pero tenía miedo de que hubieran dejado vigilantes.

“Como pude me estancué la sangre y así alcancé a que llegara la noche. Entonces me sumí en el agua y fui a salir al otro lado de la poza. Salí con reumas y con una maldita tos, pero me arrastré sin ruido por el prado y pude llegar hasta los árboles, donde encontré a los amigos que habían escapado a la matanza. Me curaron y juramos venganza. No quise irme dejando sin enterrar a los muertos y esperamos el día. Con la luz, después de ver que no hubiera federales en la huerta ni en las cercanías, pues enterramos a mi general y a los otros caídos.

—¿Está usted seguro —lo interrumpí— de que los enterraron? ¿O los dejaron tirados nada más en la huerta?

—Los que están tirados son muertos más antiguos —aseguró Basilio—. Son de cuando la Revolución. Pues enterramos a mi general y a los demás colgados y luego, en el prado, le dimos sepultura a los que habían sido tumbados por las ametralladoras. Me pasé luego quince días muriéndome en las Piedras Coloradas, pero apenas estuve bueno agarramos el rumbo de Jalisco, porque no era posible que nos quedáramos sin jefe en esta tierra que no era la nuestra y porque en ese momento Santa Clara debía rebosar tropas. En las orillas del Lerma encontramos a mi general Cornelio, que acababa de asaltar un tren.

—¡Cornelio asaltando trenes! —exclamé.

—En la guerra se hace lo que se puede y todos los militares que anduvieron en la Revolución saben de asaltar trenes —replicó el caporal—. No se pelea con flores ni con discursos. Pues mi general, cuando supo que habían matado a mi general Infante, lloró y nos prometió vengarlo. Fuimos en busca de la Generala...

—Y la encontraron en las faldas del volcán de Colima —continuó la Chacha, interrumpiéndolo sin ceremonias—. La Generala estaba reuniendo su gente para apoderarse de Ciudad Guzmán, pero cambió de propósito cuando supo la muerte de Carlos.

—Se puso blanca como esa vela —dijo Basilio.

Genoveva le ordenó silencio con la mirada.

—Para la causa era un golpe muy duro —continuó ella—,

porque pocos hombres controlaban a su gente como la controlaba Carlos. Además, había que evitar se propagara entre los combatientes el miedo a las traiciones y fueran a empezar a desconfiarse unos de otros. El traidor debía ser castigado y la Generala decidió venir a nuestra tierra.

—¿Y vino? —pregunté, más interesado.

—Vino. Se trajo a Cornelio, a Basilio y a los hombres que habían sido los más apegados al difunto. Entre ellos, el Desorejador. Hizo el viaje con la velocidad que sólo ella sabía emplear en sus marchas y con un silencio absoluto. Todo el mundo la hacía en Jalisco cuando ella estaba ya en las Piedras Coloradas. Una noche oí en mi ventana un toque especial. Me levanté corriendo y vi a dos hombres en el jardín del Calvario. Uno de ellos era Cornelio.

"Me vestí, salí a abrir la puertecita del jardín y volví a mi recámara sin hacer el menor ruido y seguida de los dos hombres. La luz de mi cuarto me hizo ver que el compañero de Cornelio era una mujer.

"—Chacha —me dijo Cornelio— aquí tienes a la Generala.

"No te imaginas lo que sentí. Allí estaba ella, nuestra santa, la invencible, nuestra Juana de Arco, la que hacía temblar a los soldados del gobierno. ¡Qué valiente y temeraria era la Generala!

—¿Era guapa? —le pregunté a la Chacha.

—Era fea —exclamó Basilio, violento.

—Yo la vi hermosa —aclaró Genoveva—. Para mí jamás habrá habido una mujer tan hermosa como ella.

—¿Ni siquiera Pensativa? —interrogué.

—Ni siquiera Pensativa. Aquella tenía una belleza mística, santa. Era Juana de Arco, era la defensora de la Patria y de la Fe, la enviada de Dios para vencer a los perseguidores de la libertad de conciencia. No me atreví a abrazarla y le besé las manos.

"—Señora Genoveva —me dijo ella, sentándose— sé que usted es una mujer valiente y que era amiga del general Infante. Yo he venido para castigar a Gustavo Muñoz y quiero saber si usted está dispuesta a ayudarme.

"—De todo corazón, mi Generala —contesté.

"—¿Sabe usted si Muñoz sigue en Santa Clara?

"—Está con el infame Alacrán y todos los días lo veo pasar por la calzada, con gente de a caballo, muy jactancioso. Por cierto que después de asesinar al general, echaron al río a doña Ursula. A nosotras no nos han molestado porque nos defiende el Secretario del Ayuntamiento y porque hemos sido listas y ni Muñoz ni el Alacrán han podido demostrar que somos amigas de los cristeros.

"—¿Pasa con mucha gente? —preguntó Cornelio.

"—No pregunte usted eso —le dijo la Generala—. No se trata de atacarlo y de matarlo así nada más. Hay que sacar del pueblo a Muñoz y que llevarlo a la huerta. Mi plan es mejor y creo que ya es buena señal el que Muñoz no haya regresado a México. Dios lo ciega.

"—No se ha ido —avisé— porque él y el Alacrán están ganando mucho dinero explotando a los católicos ricos.

"—Muñoz debe saber mucho sobre las conexiones del movimiento —replicó la Generala— puesto que anduvo con nosotros. Ya las pagará todas juntas. En cuanto al Alacrán, no nos importa. El es simplemente un enemigo, pero no un Iscariote. Genoveva, ¿tiene usted un hombre de confianza, que pueda presentar de repente en el pueblo a una hermana de la que nadie había oído hablar nunca?

"—Ireneo, el cochero de doña Enedina, es cristero a macha martillo y se sabe que tiene familia en Querétaro.

"—Bien. Pues a Ireneo le llegará antes de ocho días su hermana Carlota. A esa hermana será preciso acomodarla de criada en el pueblo, con gente nuestra.

"—Puedo acomodarla con el doctor López, que es amigo de la causa.

"—Perfectamente. Ahora, Cornelio —siguió la Generala— regrésese al campamento y no deje que se mueva un solo hombre. Al que dispare un tiro, cuélguelo.

"—Mi Generala —dijo Cornelio— acuérdesse de que Muñoz la conoce.

"—Me conoció a la cabeza de la tropa, vestida de hombre y no me reconocerá en la hermana de Ireneo. Váyase ya.

"Cornelio se fue y la Generala durmió cuando mucho dos horas. Antes de que amaneciera me hizo despertar a Ireneo, que se puso de rodillas ante ella.

"—Ireneo —le dijo la Generala— de hoy en ocho irás a la estación de Villa Arista a recibir a tu hermana Carlota, que viene de Querétaro a buscar tu amparo. Yo seré tu hermana.

"—Iré, mi Generala.

"—Ve a ensillar dos caballos —continuó ella—. Antes de que salga el sol tenemos que estar lejos de Santa Clara.

"Cuando Ireneo tuvo ensillados los caballos, la Generala se despidió de mí, montó y se fue guiada por el cochero, que no regresó a la Rumorosa sino hasta que pardeó la tarde. Me informó de que había dejado a la Generala en una estación muy apartada y que la había visto tomar el tren de México.

"Dos días después llegó una carta para Ireneo. Era de su hermana, que le pedía le consiguiera un destino cerca de donde él trabajaba. Con la carta en la mano fui ostensiblemente a ver al doctor y le propuse que aceptara a una criada nueva. El se

estaba admirando ya, cuando le dije quién sería la sirvienta; se entusiasmó, aceptó y se encargó de propalar, como sin darle importancia, la noticia de que iba a ayudar a Ireneo aceptando en su casa a la hermana. Ocho días después de la visita nocturna de la Generala a la Rumorosa, Ireneo fue a la estación y regresó a Santa Clara llevando a Carlota.

"Volvió a la Rumorosa después de haber dejado a su hermana en la casa del médico y llamándome con gran secreto me expresó su asombro por la transformación de la Generala. El doctor, que encontró el pretexto para visitarme al día siguiente, participaba del asombro.

"—Es una joyita —exclamaba—. Una chiquilla monísima, más tímida que... ¿Cómo dijo usted, doctor?

El médico se puso a reír.

—Que una gacela. Y eso que en mi vida he visto a una gacela. Pero ¡palabra! qué muchachita tan guapa era esa criadita. Imagínate, Roberto, una de esas chicas de rebozo de bolita, de arracadas, de ingenua sonrisa, que salen en los almanaques. Hasta dudé. ¿No estaría equivocada Genoveva? Pero esa misma tarde, Carlota entró a mi consultorio y me habló francamente. Ya no pude dudar. Carlota era la Generala. En mi consultorio la vi recuperar sus hábitos de mando. Me expuso sus intenciones, que francamente aprobé, porque la muerte de Carlos Infante me había llegado al alma.

La Generala hizo su servicio como cualquier sirvienta —prosiguió el doctor—, pero buscando todas las oportunidades de hacerse ver. En un momento tuvo la mar de pretendientes. Rancheros y soldados, hijos de familia y hasta el abarrotero, la cortejaron ansiosamente. Ella mostraba una ingenuidad absoluta y sólo mostró preferencia por Muñoz. El pobre diablo no supo reconocer en la criadita a la intrépida Generala. Ahora sigue tú, Chacha.

—Pues Muñoz se enamoró —continuó Genoveva— y le llevó serenatas a Carlota. Ella aceptó el noviazgo y él, perdiendo los estribos, la colmó de cartas y de regalos. Se hubiera admirado mucho si hubiese visto a su novia recibir cada tercer noche a Cornelio o a Basilio, que acudían a tomar informes. El plan era sencillo y se cumplió al pie de la letra. Ireneo se fingió gravemente enfermo y Carlota obtuvo permiso del doctor para venir a la Rumorosa a cuidar a su hermano.

—El primer día —siguió diciendo la Chacha— Muñoz trajo la serenata con mucho acompañamiento. El segundo y el tercero sucedió la misma cosa, pero el cuarto fue distinto.

“Ese día se arriesgó a venir solo, porque Carlota había aceptado salir de noche al jardincito del Calvario. ¿Cómo iba a desconfiar de una candorosa muchachita que le demostraba un querer completo? ¿Y qué podría temer si desde la muerte de Carlos la tierra en torno a Santa Clara estaba tranquila y no se sabía nada de la presencia de cristeros en la sierra?

“Muñoz vino pues cerca de las once y abrió la puertecita del jardín que da sobre el camino del Agua Zarca, con la llave que le había entregado Carlota. Avanzó con precaución y llegó al cenador donde lo esperaba la criadita.

—Carlota —murmuró, yendo a abrazarla.

—No soy Carlota, sino la Generala —oyó que le decía su novia.

“Ni tiempo tuvo de sacar la pistola, ni de gritar. Cornelio, Basilio y otros cristeros, lo amordazaron, lo amarraron y se lo llevaron. La Generala borró las huellas dentro y fuera del jardín y volvió a la casa a seguir su papel.

“El Alacrán fue el primero que notó la desaparición de su amigo y dio la alarma. El jefe de la guarnición no puso mucho empeño en la búsqueda, porque le caían mal los dos esbirros. Interrogaron a Carlota, quien confesó que había estado esperando a Muñoz hasta la medianoche y que viendo que no llegaba se había regresado a su cuarto.

“Tu tía, puesta de acuerdo, se llenó de cólera al saber que tenía en su casa a una mujer tan coscolina. El doctor declaró que no recibiría nuevamente en su casa a una criada que daba citas nocturnas a su novio, y Carlota, cubierta de vergüenza, fue devuelta a Querétaro por su indignado hermano, que dejó la cama para ir a poner en el tren a la muchacha. Se fue pues Carlota y la desaparición de Muñoz acabó por ser olvidada, sobre todo después de que el Alacrán se marchó a la francesa, sin pagar ni la fonda.

Interrupí a Genoveva para preguntarle:

—¿Se fue el Alacrán por el mismo camino que Muñoz?

—No, mi jefe —dijo Basilio—. El Alacrán se largó a escondidas, para no correr riesgo.

—Tanto mejor —dije—. Ahora, Chacha, sigue tú.

—Basilio podría contártelo mejor, puesto que él lo presencié todo. Pero ya que él no quiere hacerlo, seguiré con la historia. Carlota llegó a Querétaro, pero de allí volvió a la Rumorosa por otro camino y llegó a tocarme en la ventana. En mi cuarto volvió a ser la Generala. Se vistió de hombre y a medianoche, sola se encaminó a las Piedras Coloradas.

—¡Qué mujer! —exclamé, cortando el relato—. Me hubiera gustado conocerla. Fuera cual fuera la causa que la animaba, ella era digna de admiración.

—¿Verdad que sí? —dijo la Chacha, éfusivamente—. Admirable y santa era ella. Para mí y para todos nosotros, fue una santa. Y ahí la tienes regresando a la sierra y dirigiéndose al campamento. Su gente la recibió con entusiasmo. ¿Qué no hubieran hecho sus soldados por una mujer que corría todos los peligros por vengar a sus generales y que era tan lista que sabía burlarse de tal modo de los enemigos?

—Ella no quiso perder tiempo. Era el quince de julio... Hizo montar a la tropa y bajó con ella hasta la Huerta del Conde. Muñoz iba ya medio muerto. Lloraba y pedía perdón, pero era necesario escarmentar a los traidores.

—Y sobre todo a los traidores imbéciles —dije— porque Muñoz se pasó de imbécil quedándose en Santa Clara después de su fechoría.

—La Generala lo hubiera sacado del mismo México —dijo Genoveva—. Así era ella. Ese quince de julio mostró su poder y su fiereza.

La Chacha se había dejado arrastrar por su entusiasmo, pero como si bruscamente hubiese tropezado con un obstáculo olvidado, se detuvo, cohibida.

—Sigue —le exigí.

—Sí, sí... Pues llegaron todos a la huerta, con Muñoz muy amarradito. Y era ya de tarde... Los cristeros pusieron centinelas en la entrada del valle y revisaron la huerta y el prado. Muñoz, para alargar su vida, pidió confesarse, pero no había sacerdote y sólo pudo hacer acto de contrición. Ni pudo rezar ¿verdad, Basilio?

—Todo se le fue en decir: perdón, perdón —nos informó Basilio, con un gesto de burla— y aunque estaba amarrado se retorció como un gusano y se arrastraba a los pies de la Generala.

—Debieron haberlo ahorcado sin tardanza —dije, afectado por los detalles.

—Eso iban a hacer —murmuró la Chacha— cuando el Desorejador...

—¿Qué? —pregunté, previendo una atrocidad.

La Chacha no respondió inmediatamente. Estaba visiblemente turbada. El silencio reinó unos instantes en el comedor, bañado en la dulce claridad de las lámparas.

—El Desorejador —continuó por fin Genoveva— dijo que no era posible matar inmediatamente a Muñoz. ¿Qué quieres decir? —le preguntó la Generala—. Pues que yo antes le voy a cortar las orejas. —Sí, sí —gritaron todos los hombres, menos Cornelio. La Generala los miró severamente. —Al general Infante no le cortaron las orejas —dijo— y a este hombre tampoco le serán cortadas. —Es cierto —la aprobaron todos. Y el mismo Muñoz respiró al saber que sólo sería ahorcado.

"Pero no contaba con el Desorejador. —Mi Generala —dijo—, este hombre tiene que sufrir antes de irse al infierno. —Sufrirá la muerte —contestó la Generala. —Mátame, mi Generala —pidió el Desorejador— pero déjame cobrar la deuda. No murió solo mi general, sino que con él cayeron veinte de sus hombres. ¿Por culpa de quién? Por culpa de este traidor de Muñoz. ¿Vamos a cobrar uno por veinte? ¿La vida qué vale, mi Generala? Cualquiera se muere y eso no tiene chiste. Morir es fácil. Morir ahorcado... Pues todos corremos ese riesgo y centenares de cristeros han sido ahorcados. No, la muerte solamente, no.

"—¡No, no! —gritaron todos los hombres.

"La Generala comprendió la gravedad del momento. Tú, Roberto, no conoces lo que son los ejércitos de campesinos. La disciplina los molesta y los hombres recuperan fácilmente la libertad. Es difícil contenerlos y con mucha frecuencia el general más poderoso tiene que humillarse y que obedecer a sus subordinados. La Generala comprendió que tenía que rendirse, porque de ningún modo la obedecería su gente si ésta se empeñaba en castigar a su manera a Muñoz.

"—¿Qué quieren que se le haga a este hombre? —preguntó.

"—Mi Generala —respondió el Desorejador— Muñoz le sacó los ojos al cadáver de mi general Infante. Lo mismo se le hará a él.

"—Acepto —respondió la Generala, a la que no podía importarle tanto que maltrataran a un cadáver.

"Pero el Desorejador era el hombre más rencoroso de la tierra.

"—Lo mismo le haremos a Muñoz —dijo— pero se lo haremos antes de que muera y así se cumplirá lo que le anunció el general cuando lo iban a colgar: tu muerte será peor que la mía.

"—¡Sí, sí, vivo! —gritaron los hombres, frenéticos.

"Muñoz empezó a aullar y a pedir misericordia. La Generala y Cornelio ni intentaron imponerse. Ninguno de ellos podía salvar a Muñoz y en cambio su autoridad podía compro-

meterse. Los hombres habían perdido la cabeza y se habrían rebelado. Entonces hubiera venido la ruina de la tropa y lo que es peor, el desprestigio de la Generala. La habían conocido resuelta, fuerte, implacable y hubiera sido peligroso el que se dudara de su energía. La Generala aceptó el suplicio.

—¡Aceptó! —exclamé, interrumpiendo a la Chacha—. Ya no me parece admirable esa mujer que permitió...

—Permitió —dijo sordamente la Chacha—. Más aún, comprendiendo que si se marchaba todos verían en ella lo que importaba que no vieran nunca, la mujer, el ser débil, se quedó con sus hombres. Y el Desorejador cumplió su tarea.

—¡Cegó a Muñoz!

—Con un hierro al rojo

—¡Qué horror! —grité—. ¡Qué fieras!

—¿Qué facción no hizo salvajadas en esa época? —me preguntó el doctor.

—Pues malditas sean las facciones.

—Culpa a la intolerancia que dio origen a la guerra.

—Pues maldita sea la intolerancia. ¡Ah! doctor, qué salvajadas. Chacha, acaba esa historia infame. ¿Qué pasó después? ¿Ahorcaron a Muñoz?

—No, porque ya ciego, se soltó de los hombres que lo sujetaban —dijo Basilio— y dando alaridos se metió corriendo en la huerta. Yo quise seguirlo, para rematarlo aunque fuera a balazos, pero la Generala me dijo: sostenme. Vi que se estaba poniendo enferma y la ayudé a montar a caballo. Mi general Cornelio se la llevó. Uno de los nuestros, Dimas, un hombrón de Salamanca, se metió a la huerta siguiendo a Muñoz y oímos cómo lo cazaba a balazos. Dimas salió de nuevo y nos contó que había tumbado a Muñoz. Entonces montamos y nos fuimos a las Piedras Coloradas, donde nos emborrachamos de gusto.

—Allí estuvieron poco tiempo —continuó Genoveva— porque la guerra reclamaba nuevos esfuerzos. Al otro día, la Generala se había dominado. No demostró rencor y vio afirmada su autoridad. Dejó a Cornelio con la mayoría de los hombres, entre ellos el Desorejador y se volvió a Jalisco.

—Se volvió a Jalisco la espantosa fiera —comenté—. ¡Qué monstruo!

—Está muerta —contestó la Chacha, con tristeza—. No la condenes. Y óyeme esto: para mí sigue siendo una santa.

—Por fortuna no la canonizará jamás la Iglesia. Y que no te oiga eso nunca el párraco, Genoveva.

—No me confieso con él —dijo ella— sino con el padre Ledesma, que fue y sigue siendo cristero. Por eso sigue viviendo en la sierra. Ese de veras es sacerdote. Lo fusilaron en Celaya y vive todavía.

—¡Chacha! —exclamé, más asombrado que nunca.

—Roberto, yo soy como soy. No te enojés. Puesto que no me comprendes, no me juzgues.

—Haya paz —dije. Y no sé qué demonio me hizo preguntar—: ¿Dónde mataron a la Generala?

—En Morelia —contestó distraídamente Genoveva.

—Pues Basilio me había dicho que la mataron en Zapotlán.

—Así debe ser —replicó ella, encogiéndose de hombros— El gobierno procuró que los periódicos no hablaran de esa muerte, para no alarmar a los jefes amnistiados, que fueron cayendo uno a uno.

—Basilio —pregunté— el grito que oímos ayer junto a la poza, ¿le recordó a usted el que debe haber dado Muñoz cuando lo cegaron?

—El grito de ayer fue igualito al otro.

—Ahora me lo explico todo —concluí—. ¿Ves, Chacha? ¿Por qué me ocultabas la verdad? Ahora ya sé por qué la pobre Pensativa le tiene horror a los ciegos. Sin duda se acuerda de que al traidor que entregó a Carlos lo dejaron ciego, y tamaño crimen la llena de angustia y la enloquece. Y ahora ya puedo aspirar francamente a conseguir su mano.

Verdaderamente me sentí aligerado al comprender el enigma. Todo ahora era transparente. Un alma sensible como la de Pensativa, tenía que sufrir al saber que la muerte de su hermano había sido vengada de un modo tan feroz. El drama de la Huerta del Conde, la bestialidad de los hombres armados, sobre todo la del Desorejador, la increíble tranquilidad de la Generala y de Cornelio, y el grito, el grito de congoja y de dolor, del desdichado Muñoz, habían de planear sobre la vida de una mujer exquisita y de ensombrecerla quizá para siempre.

Quizá ella se ofrecía en expiación del crimen. Sí, indudablemente por eso Pensativa se aislaba y hacía una pobre vida en la hacienda desmantelada. La suya era un alma herida. El mundo debía parecerle inhumano y cada hombre un monstruo. Y a veces, como en la tarde en que por primera vez visité el Plan de los Tordos, la visión del suplicio de Muñoz debía trastornarla hasta el punto de llevarla al cauce del río a esperar con la creciente la muerte.

XVI

Mi amor creció al conocer la verdad y pasé días de tortura mientras Pensativa yacía entre la vida y la muerte. El doctor, mi prima y Genoveva, hicieron prodigios en aquellas dos semanas de angustia. Pensativa deliraba. Yo rondaba su puerta, que se me había prohibido franquear.

Los mozos del Plan de los Tordos venían por turnos a buscar noticias. Se sentían llenos de espanto al oír de los labios de Fidel el relato de lo sucedido en la huerta, y no les cabía duda de que el alma en pena de Muñoz había lanzado el grito que había enfermado a la señorita. Su admiración hacia mí había crecido al enterarse de mi visita a la huerta.

Basilio era el más ferviente en su admiración y cuando podía librarse de su inquietud por la salud de su ama, se me acercaba para decirme que a él primero lo hubieran hecho trocitos que hacerlo entrar a la huerta el quince de julio.

—¿Vio usted algo? —me decía, poseído de un íntimo terror—. Nada ¿verdad? Ahí tiene usted como fue un alma en pena la que gritó.

Yo no podía confesar que había visto a los mendigos. El consejo de la Chacha pesaba sobre mí. ¿Qué hubieran pensado aquellos hombres si hubiesen sabido que yo había hablado, en el fatal aniversario, ante la huerta, con un ciego? Habrían echado a volar otras fantasías no menos absurdas y me habrían visto con pavor.

Pero precisamente la creencia de Basilio y de sus compañeros en lo sobrenatural, aclaraba mis ideas.

—Fue uno de los mendigos —pensaba—. Sólo uno de ellos pudo haber gritado. ¿Quién si no?

Y la pregunta venía naturalmente a mis labios:

—Basilio ¿murió Gustavo Muñoz?

—Sí, mi jefe. Lo mató Dimas, que era un gran tirador y que le vació encima la pistola.

En esos instantes me sentía dominado por la curiosidad y para satisfacerla, para enterarme de todos los detalles, escribí a un amigo que residía en Guadalajara, rogándole me informara de todas las circunstancias del asesinato de la Generala. Al mismo tiempo hice pesquisas para averiguar la suerte que

había corrido el Alacrán, pero en Santa Clara sólo pude saber que aquel hombre había desaparecido de la población dos días después del secuestro de Muñoz, dejando su equipaje en la fonda. No me cupo duda de que mientras la Generala, bajo el nombre de Carlota, había regresado a Querétaro, alguno de sus hombres, quizá el mismo Desorejador, se había tomado el trabajo de liquidar al Alacrán.

Mas, en verdad, ya todo aquello no me hería sino la epidermis. ¿En qué podían interesarme la muerte de la Generala, la desaparición del Alacrán, las salvajadas del Desorejador? Para mí sólo quedaba Pensativa. Conocía ya su secreto, la causa de su melancolía y la veía libre de la misteriosa nube que la había mantenido fuera de mi alcance, lejana y prohibida. Era simplemente una mujer, ya no la diosa inasible. Mi amor corrió por un cauce tranquilo.

—Genoveva —dije una tarde, a principios de agosto— no debí haber venido a Santa Clara.

—¿Te arrepientes? —me preguntó, no vuelta aún de sus temores.

—No debí haber venido, Chacha. ¿Esto es el amor? ¿Este fuego, esta ansiedad? Yo creía ser dichoso; vivía tranquilamente. Ahora tengo una llama en el pecho. Tengo una dueña: Pensativa.

Genoveva me tomó las manos arrebatadamente.

—Te casarás con ella —exclamó.

—Yo la amo. ¿Y ella?

—Ten fe. Ella acabará por quererte, si es que todavía no te quiere.

—¿Se salvará?

—Seguramente. Yo he prometido irme de rodillas desde la Rumorosa hasta el altar de Santa Clara, porque se salve Pensativa.

Le pasé el brazo derecho sobre el hombro y le pregunté:

—Y a ella ¿le diré que vi a un ciego en la Huerta del Conde?

En el rostro de Genoveva se marcó la preocupación.

—Fíjate —continué— en que si no se lo cuento tendrá que admitir lo sobrenatural. No puedo pasar en silencio mi visita a la huerta, porque los mozos, que ya están en antecedentes, acabarán por hablar.

—Si ellos le quisieran ocultar algo, Pensativa lo adivinaría inmediatamente —convino Genoveva.

—¿Qué hago pues?

—Inventa algo, cualquier cosa, pero no digas que encontraste al ciego, porque eso, en lugar de aclarar las cosas, no haría sino confundirlas más.

—Chacha ¿y si Gustavo Muñoz no hubiese muerto?

—Ni digas eso —protestó Genoveva, horrorizada.

—Me parece preferible creer en que aún vive, a imaginarse intervenciones de ultratumba.

—No, Roberto, no digas eso. Tú no comprendes bien estas cosas. Si Muñoz estuviese vivo, estos años habrían corrido en balde. Nada habría terminado y Pensativa volvería a un pasado que te la arrebataría y que la mataría.

—¿Pero no sería un consuelo para ella saber que Gustavo no murió?

—De ningún modo. Mira: ella debe romper con el pasado. No debe sentirse atada por nada ni por nadie a una vida que la alejaría de ti. Si Muñoz no hubiese muerto, ella debería seguir considerándolo como tal. Créeme, lo que hay que hacer es matar en Pensativa la memoria. Muñoz está muerto, debe estar muerto. Y tú, llevándote de aquí a Pensativa, harás que para ella muera todo Santa Clara, la Rumorosa, la sierra, los mozos.

—Se me ocurre algo mejor que negar absolutamente —le dije a la Chacha—. Confía en mí.

¿Debo referir mis tormentos en aquellos días en los que Pensativa estuvo tan enferma? El sol mostró una luz nueva cuando supe que Pensativa estaba fuera de peligro. La lluvia no me molestaba, la gente era extremadamente amistosa, Basilio era un hombre simpático y aquella tierra ensangrentada, tierra de dolor, era el paraíso. Cuando me autorizaron a entrar a la alcoba de Pensativa, me temblaron las rodillas.

Entré. El nublado disminuía la luz y el aposento se hundía en una semipenumbra nacarada. En un búcaro se amontonaban las flores. En el lecho vi brillar una sonrisa. Su sonrisa.

—Buenos días —me dijo Pensativa.

Su voz, su voz... ¿Qué mujer ha tenido en su voz ese timbre enguantado por las lágrimas? ¿Pero ha existido acaso otra mujer? Todas son sombras y sólo Pensativa ha sido realidad.

Ese día no hablamos casi. El médico estaba ahí para impedir la fatiga a su paciente. Salí de la recámara ebrio de una dicha creada para mí, la primera dicha que ha habido en el mundo. Cubrí de regalos a los mozos que habían llegado del Plan de los Tordos, charlé con Basilio, emborraché al austero Ireneo. Fueron bellos días los que siguieron. Una semana después me llevé de Santa Clara un conjunto de cuerda experto en sereñatas y lo hice entrar al jardincito del Calvario y acercarse a la ventana de Pensativa. El viejo repertorio romántico fue desgranado ante los altos hierros.

Al otro día, cuando entré a la alcoba de Pensativa, vi junto a la cama una reunión imponente: mi tía, que por primera vez salía de su recámara; mi prima, el párroco, el médico y la Chacha, me esperaban.

—¿Cómo te atreviste a desvelar a Pensativa? —me preguntó el doctor, con aire severo.

Todos estaban emocionados. Sólo Pensativa permanecía silenciosa. Me aproximé con respeto y le pedí me disculpara por haber interrumpido su sueño.

—Fue usted muy amable —me dijo, tendiéndome la mano, que me atreví a besar.

Por primera vez ponía mis labios sobre su piel. Y he seguido viviendo... Seguí viendo a los días sucederse y abismarse. El doce de agosto pudimos transportar a la convaleciente al jardincito del Calvario. Sobre el otero, las tres cruces recibían el sol de la mañana, filtrado entre la flota de las nubes. Oíamos a los cohetes, que anunciaban la fiesta de la santa patrona del pueblo, reventar sobre la arboleda. La cordillera alargaba en el horizonte su perfil dentado. El perfume de las rosas flotaba en las callecitas enarenadas, sobre los arriates bastillados con ladrillos.

—Corta para Pensativa las rosas más bonitas que encuentres —me ordenó mi tía.

Recorrí el jardín formando un ramo y llegué de este modo a una puertecita que se abría sobre el camino del Agua Zarca. Oí entonces, al otro lado de la tapia, un roce que se alejaba lentamente. No he podido explicarme por qué aquel rumor casi imperceptible me impacientó de tal modo; quizá porque aquella puertecita me recordó que por ella había entrado Gustavo Muñoz para caer en la trampa. Yo tenía la llave y me apresuré a usarla y a salir al campo.

Vi a una milpa extender su tapete verde al otro lado de una zanja de riego. Entre el sembrado y la tapia del jardincito, en el sendero que conducía a la calzada, había un hombre astroso, un mendigo que volvía hacia mí su cabeza envuelta en vendas. Era el desnarigado al que había encontrado ante la Huerta del Conde.

Sin hablar una palabra, me tendió su sombrero. Una súbita exasperación me poseyó.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté al mendigo.

—Por el amor de Dios —dijo él, fijando en los míos sus ojos llenos de maldad.

Pude dominarme.

—Tenga —le dije, echándole una moneda en el sombrero— ¿Dónde dejó al ciego que lo acompañaba en la sierra?

—Se fue —respondió, con una voz sin acento.

—¿Cómo se llama ese hombre? —pregunté, mostrándole una moneda de plata.

Una sonrisa deshumana se dibujó en los labios del desnarigado.

—No sé.

—¿Dónde lo conoció usted?

—En la sierra.

—¿No es su amigo?

—No tengo amigos.

Había algo amenazador en sus palabras.

—¿Ha venido usted a pasar la fiesta en el pueblo?

—Las fiestas son buenas para los limosneros —replicó.

—¿Y por qué anda usted por esta vereda?

—Vine a robarme esos duraznos —contestó, señalando a una rama de duraznos que pasaba por encima de la tapia.

—Coja los que quiera. Y mejor pida, pero no robe, porque aunque usted sea limosnero y le falte la nariz, adentro hay gente que no se fijará en eso y que le dará una paliza si lo sorprende robando.

El desnarigado sonrió.

—Ya sé quiénes son —dijo, dando una vuelta y marchándose sin tomar los duraznos.

Quedé con un vago sentimiento de peligro, de fracaso. Ya no me parecía tan hermosa la mañana. Volví al jardín, cerré la puertecita y me dirigí al lugar en el que Pensativa estaba acompañada de mi tía, de Jovita y de la Chacha. El sol le caía en la falda. Su cabeza, recostada en el respaldo de la silla de extensión, estaba envuelta en un halo levemente dorado que yo veía fulgir en pleno día.

—La defenderé contra todos —me dije, sin saber por qué hablaba así.

Me resultaba claro que si Pensativa se casaba conmigo, tendría que llevármela fuera de aquella región en la que sin cesar surgían imágenes alucinantes. Pensativa comprendió mi estado de ánimo y me preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Nada absolutamente —repliqué.

Pero ella no me creyó. La adiviné ansiosa de que se le permitiera tener conmigo una explicación sobre lo sucedido cuatro semanas antes en la Huerta del Conde y me alegré de que la vigilancia de Genoveva retardara un momento desagradable. El encuentro con el mendigo desnarigado se me iba figurando el anuncio de un epílogo inesperado y medité en la conveniencia de prevenir al único ser al que yo juzgaba amenazado, a Basilio. Callé, sin embargo, porque todo me parecía muy impreciso y por no provocar un estallido de la crueldad del salvaje caporal.

Al otro día me despertó muy temprano el estampido de los cohetes. Un nutrido campaneó anunció la fiesta de Santa Clara de Asís. Cuando salí al patio lo vi engalanado con guirnaldas de rosas. Casi todos los mozos del Plan de los Tordos estaban en la Rumorosa, ávidos de divertirse y recibieron sin hacerse ro-

gar el dinero que les repartí. Apenas hube almorzado tomé la volanta y me hice llevar al pueblo, al curato, donde pedí ver al Coadjutor, que había llegado para oficiar en las ceremonias. El nombre de mi tía, muy respetado en la iglesia, me sirvió de pasaporte. El Coadjutor me recibió en el huertecito del párroco y pude pedirle que eximiera a Genoveva del cumplimiento de sus promesas, que la obligaba a venir de rodillas desde la Rumorosa.

—¿La señora Genoveva quiere morir? —me reguntó sonriendo el prelado, que recordaba a la Chacha como a una hábil cocinera.

Cambió la penitencia y me despedí muy contento de la sorpresa que se iba a llevar la Chacha. No quise asistir a la misa mayor, intimidado por la muchedumbre que se aplastaba en el interior del templo y salí a la plaza, en la que sonaban los cascabeles de los danzantes. He sentido siempre una rara opresión ante las danzas indias; su monótono e interminable ritmo aleja siempre mi alegría. Junto a las torres de Santa Clara, resplandecientes de sol, sentí a la antigua inquietud entristecerme ante la agitación de los penachos. El sonido de las guitarras de armadillo se elevaba sobre el repiqueteo de las sonajas. Me acerqué a una de las danzas y vi a los indios bailar sin fatigarse, entre el revuelo de sus cintas, y de sus enaguillas y el brillo de sus espejitos.

Unas risas ahogadas me distrajeron. Casi junto a mí se encontraban Esteban y Fidel.

—Patrón —me dijo Fidel— ¿ya vio a Basilio? Está cumpliendo la manda que hizo por la salud de la señorita.

Me señaló a un danzante en el que reconocí a Basilio. El caporal no se había cuidado de engalanarse y lo único que había hecho, para disimularse un poco a los enemigos que lo habían visto entrar victorioso en la población, era endosarse una inmensa nariz de cartón. Bailaba con el mismo ritmo de los indios, clavando la vista en el empedrado, sacudiendo dos sonajas.

—Parece indio —dijo Fidel; que siempre se ha mostrado muy orgulloso de sus abuelos españoles.

Estuve largo rato contemplando la danza, sin ganas de reírme del caporal. La multitud ondulaba junto a mí. De repente eché de ver que otra persona seguía con reconcentrado interés los movimientos de Basilio. A dos pasos de mí se hallaba un hombre al que reconocí de golpe: era el mendigo desnarigado. Sus ojos llameaban, su boca de labios delgados se sacudía con pequeñas contracciones: un hálito de odio estremecía los horribles agujeros que eran su nariz.

—¿Por qué odia este hombre a Basilio? —me pregunté.

Examinando al desnarigado hice un descubrimiento que me

petrificó por unos instantes: el mendigo no sólo estaba desnarigado, sino también desorejado. No cabía duda; las vendas que le cubrían casi toda la cabeza se habían corrido un poco y quedaba visible la mutilación de los pabellones. Como un relámpago, la última sospecha me consternó: ¡Basilio! Y aquel desnarigado era...

No quise quedarme con la menor duda y retrocediendo busqué quién me ayudara a esclarecer mi sospecha. En uno de los portales, vi, recargado en un pilar, a un borrachín conocido por Pipitillas, uno de esos infelices que miran como dioses a quienes pueden pagarle una copa. Me le acerqué y le pregunté si quería ganarse un peso.

—¿Hay que llevar alguna cartita de amor? —inquirió, gozoso—. Para eso se pinta solo su seguro servidor.

—No, Pipitillas —le contesté—. Lo que quiero es que vaya usted y a un desnarigado junto al cuál me pondré, le diga de sopetón: Alacrán.

—Por un peso puedo decirle más cosas —aceptó Pipitillas.

Me siguió dócilmente y cuando me vio junto al mutilado, se le acercó con sigilo.

—Alacrán —le dijo con fuerte voz.

El desnarigado dio un respingo y volteó rápidamente. Sus manos se crispaban ya sobre el aterrorizado Pipitillas, cuando me vio. Comprendió y lanzándome una mirada rabiosa desapareció en la multitud.

—¡Qué coraje le dio! —comentó Pipitillas—. ¿Será aquel Alacrán que anduvo picando por aquí con los federales?

—El mismo y lo mejor que usted puede hacer es guardarse el secreto —contesté, pagándole y despidiéndome.

Me abrí paso entre los feriantes y me dirigí a la Perla de Occidente a tomar una copa. Me era necesario beber algo para quitarme la impresión que me había causado el descubrimiento que había hecho. Puesto que el desnarigado era el Alacrán, su compañero ciego era... ¿Pero será? me pregunté, deteniéndome en el portal. ¿Será Muñoz? ¡Oh! sí, sí, y entonces el grito escuchado junto a la poza de los Cantores era algo más que una travesura macabra, era una amenaza, el anuncio de un peligro.

Ya no entré a la tienda y me dediqué a recorrer la población, deseando encontrar al mendigo. Pasé la mañana inspeccionando las calles, obstruidas por los tinglados de los barilleros, por los puestos de frutas y de loza, por las barracas de los juegos y por la avalancha de peregrinos. Me acuciaba el temor de que sobre Pensativa se cerniese algún peligro, aunque me consolaba pensando en que el más amenazado sería, no la inocente hermana del general Infante, sino Basilio, uno de los ejecutores. Y quizá también Cornelio.

El mediodía me sorprendió en la tarea. Comí en una casa amiga, en la que las muchachas me dieron bromas por mi alejamiento de Santa Clara y al atardecer me dirigí al punto donde arrancaba la calzada que iba para la Rumorosa.

Encontré a Fidel junto a la fuente de los Angeles, teniendo por la brida mi caballo ensillado. Monté, le di permiso al muchacho para quedarse en la fiesta y regresé a la Rumorosa. A la mitad del trayecto alcancé a Basilio, que se había bañado y cambiado de ropa en el pueblo, en la casa de uno de sus antiguos camaradas y que volvía a la Rumorosa. No se le veía otra señal de fatiga que el color encendido de la cicatriz.

Su saludo fue cordial. Cuando lo felicité por su habilidad para la danza, sonrió.

—Y bailaré dentro de un año, mi jefe, cuando se haya usted casado con la señorita.

Yo estaba meditando en la conveniencia de participarle mi descubrimiento.

—Basilio —dije— ¿está usted seguro de que murió Muñoz?

—Claro que sí, mi jefe —repuso, sorprendido de mi intempestiva pregunta—. A Dimas no se le pudo haber escapado.

—¿Y el Alacrán?

—Eso sí que no lo sé, mi jefe.

¿Mentía? Me cansé de dar tantos rodeos y quise poner fuego a la mecha.

—Cúidese, Desorejador.

Basilio aulló y se irguió luego como un muñeco de resorte. Antes de que yo hubiese podido defenderme, él me agarró la pierna izquierda y de un tirón me sacó de la silla y me arrojó al suelo. Afortunadamente caí sobre el lodo. El dolor me deslumbró. Cuando me di cuenta de lo que ocurría, ya estaba acostado bocarriba y tenía a Basilio montado sobre mi pecho, aullando, a tiempo que blandía su puñal sobre mi garganta.

La muerte estuvo muy cerca de mí aquella tarde. No me atreví a moverme y presencié cómo Basilio quería no dejarse arrastrar por su furia y apartaba y acercaba a mi carne la punta del puñal. Jamás me pareció tan horroroso aquel salvaje.

De pronto se puso en pie y desapareció. Me senté, aturrido, con un terrible dolor en la espalda. Cuando mi mente se despejó, me sentí dominado por la cólera y levantándome quise encontrar a Basilio. Pero en vano recorrí la calzada, en vano interrogué a los viandantes, casi todos borrachos a esas horas. No pude dar con Basilio y llegué a la Rumorosa poseído de un increíble despecho.

En la casa me aguardaba una noticia que me hizo olvidar la bribonada de Basilio: Pensativa se había marchado al Plan de los Tordos.

*
* *

—No hubo medio de detenerla —me explicó la Chacha—. Lo único que pudimos conseguir fue que no hiciera el camino a caballo. Se fue en la volanta, con Ireneo.

Eché entonces de ver el sitio que Pensativa ocupaba en mi vida. La Rumorosa se me apareció triste, despojada de su espíritu. Ni en los peores días de la enfermedad de Pensativa había estado tan melancólica la vieja finca. Los rayos del sol, entrando oblicuamente al patio, no brillaban con su antiguo esplendor. Todo se mostraba deslucido; una sutil añoranza brotaba de las flores, del silencio de la casona, del apagado clamoreo de la feria. Me sentí solo y por primera vez vi espantosa la soledad. El viento me angustió al llegar silbando de la cordillera.

—Genoveva —dije cuando llegó la noche— mañana en la mañana iré a la hacienda.

La certeza de ver de nuevo a Pensativa al día siguiente, resultó un consuelo. Recobré mi alegría y me acordé de participar a la Chacha la gracia que le otorgaba el Coadjutor. Genoveva no protestó sino por fórmula, porque en verdad la aterraba la perspectiva de irse de rodillas hasta la parroquia.

—Pasado mañana vendrá a comer monseñor —me anunció— y le daré las gracias. Pero ¿sabes? tendré que consultar el caso con el padre Ledesma.

—¿Acaso un simple sacerdote tiene más poder y conocimientos que tu obispo? —le pregunté.

—El Coadjutor es obispo, pero el padre Ledesma es un santo —replicó ella—. Aquí hacemos lo que él dice y nada más ni nada menos.

Me encogí de hombros y me fui a mi cuarto. Ya iba a acostarme, cuando oí golpecitos en la ventana. Apagué la luz y acercándome con precaución a los cristales, vi para el exterior.

—Mi jefe —me dijo Basilio, con voz tenue.

—¡Ah! canalla —exclamé—. Espérame, que voy a salir para enseñarte a agarrarme a traición.

—Mi jefe, mi jefe —me suplicó— óigame un ratito. Abra los vidrios, para que me oiga bien.

—¿Qué diablos quieres? —exclamé abriendo la ventana.

—Mi jefe, estoy lleno de pesar. Se lo juro por mi madre. Se lo juro. Me cegué, mi jefe, pero usted tuvo la culpa. ¿Por qué me insultó?

—¿Qué yo te insulté, grandísimo traidor? ¿Porque te di el nombre con el que te conocieron los cristeros?

—Yo no soy el Desorejador, mi jefe. Créame. ¿De dónde

sacó usted esa idea? Por eso me cegué, mi jefe. ¿Qué quiere que haga para que perdone?

Me conmovió su voz. Pero ¿mentía al negar ser el Desorejador? ¿Por qué entonces lo miraba el Alacrán con tanto odio?

—¿En verdad no es usted el Desorejador?

—En verdad, mi jefe.

Me sentí más tranquilo al oírlo.

—Tanto mejor, Basilio. Bien pues: está usted perdonado. Es usted un loco y un tosco de marca, pero convengo en que yo tuve la culpa de lo que sucedió. Y ahora, óigame esto: cuando usted vea a un hombre desnarigado, cuídese.

—¿Un desnarigado? —preguntó en voz baja.

—Desnarigado y desorejado.

—¿Ha visto usted un hombre así?

—En la fiesta.

—¿Me vio él?

—Basilio, lo que le digo es para que se cuide y para que cuide usted a la señorita, pero no para que cometa usted un crimen. ¿Me entiende?

—Sí, mi jefe —respondió humildemente.

—No quiero saber de más barbaridades. Y ahora, voy a hacer que le abran el portón. Mañana mismo regresará usted a la hacienda. Su señorita ya está en el Plan de los Tordos.

—Me voy ahorita mismo —declaró Basilio.

Y en efecto, entró solamente a ensillar su caballo y sin más partió para la hacienda. Lo vi marcharse con placer, pues me parecía Pensativa más segura cuando para protegerla estaba su salvaje caporal.

Como había resuelto, al día siguiente me encaminé al Plan de los Tordos. Antes de salir para la hacienda recorrí la feria que se había instalado en la población y compré algunos obsequios para Pensativa y su gente. Por más que examiné la plaza y las calles, no encontré ni al desnarigado ni a su compañero y regresé más tranquilo a la Rumorosa. Allí monté a caballo y tomé el camino de la residencia de Pensativa. En esta ocasión me acompañó Fidel, al que encargué de conducir la mula portadora de los regalos. El camino estaba casi seco y nos fue fácil pasar el vado. La pausa en los aguaceros había devuelto al campo su alegría y me sentí dichoso al cabalgar entre los eriales, bajo el vuelo de los pájaros.

Cerca del Plan, Esteban apareció entre unos pirules y nos saludó.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sorprendido de verle a la espalda una escopeta.

—Basilio ha puesto vigilantes en todos los caminos, mi jefe —respondió Esteban, con una alegría que denotaba cuánto le placía volver a una vida azarosa.

Me agradó la precaución que ponía a Pensativa a salvo de cualquier maniobra del desnarigado y despidiéndome de Esteban continué el viaje. No puedo expresar cual fue mi alegría al subir el último repecho y ver ante mi la meseta, y al fondo, a los pies de la sierra, la adusta morada de Pensativa. Los gorriones piaban sobre la ruta. El ganado pacía hundido en los pastos y el sol hacía temblar el horizonte. Espoleando a mi caballo, tomé al gran troté el rumbo de la casa, tras de la cual mecían los árboles su cabellera.

Las mujeres y los inválidos acudieron a recibirme con alborozo y quisieron ayudarme a desmontar. Dejando a Fidel encargado de repartir los obsequios, tomé los destinados a Pensativa y me dirigí a la puerta en la que había aparecido Basilio. El caporal nunca había estado más humilde y se apresuró a apartarse para dejarme el paso a la recámara de Pensativa.

La alcoba era una verdadera celda monacal y su desnudez me impresionó. Una camita de hierro ocupaba un ángulo, bajo la protección de un Crucifijo de madera. No había espejos, ni

ropero, ni ninguno de esos muebles delicados que sólo encuentran su sitio en las habitaciones ocupadas por mujeres. Los ladrillos del piso estaban al descubierto. Un baúl con grandes herrajes y un silla con asiento de cuerdas, hacían todo el mobiliaje.

Yo hubiera preferido encontrar algún detalle gracioso, alguna labor femenina rompiendo la monástica severidad, que me inquietaba. Aquello, más que pobreza, era renunciamento. Pero la voz de Pensativa me apartó de mis pensamientos. Me acerqué vivamente a la camita de hierero y me apresuré a reprenderle a Pensativa su fuga de la Rumorosa.

—Siéntese —me rogó ella Y agregó—: Yo no podía estar tranquila en la Rumorosa sabiendo esto abandonado.

—Ese es un pretexto nada más —repliqué—. Los mozos la obedecen lo mismo estando usted en esta habitación, que estando en el pueblo. Me eché a reír y añadí—: No dirá usted que no soy confanzudo. Ya la estoy regañando.

Ella se rio también y me animé al oír aquella risa rápida, como fugitiva, que hacía de Pensativa otra mujer.

—Salga usted y sea tan amable de llamar a Lucía para que me ayude a vestirme —me dijo— No soporto la cama y quiero gozar de ese hermoso sol que veo por la ventana.

La obedecí y fui a esperar en la asistencia. Allí me mandó llamar Pensativa cuando pudo salir al corredor. Caminaba apoyándose en Lucía y no osé brindarle mi brazo. La seguí a la huerta, a la glorieta en la que habíamos tomado café cuando mi segunda visita a la hacienda, y ambos nos sorprendimos al encontrar los arriates despojados de las malas yerbas, la fuente limpia y remendada y la mesita de madera recubierta de un mantelillo ajedrezado sobre el cual había una cajita llena de confites.

—¿Y este inesperado lujo? —preguntó Pensativa.

—Fuimos todos, señorita —dijo Lucía, roja y contenta— Para que estén ustedes más a gusto, los dos.

Estuve a pique de abrazar a la pobre muchacha que así denunciaba cómo en el pensamiento de la gente de Pensativa, la señorita y yo estábamos unidos. Lucía, dejando a Pensativa sentada en el banco de hierro, se retiró.

—¡Cómo luce la huerta este día! —exclamé al sentarme.

El sol caía a raudales en la glorieta y Pensativa lo recibía con delicia. Ya no oíamos el arrastrarse de los bichos que en la anterior visita habían enturbiado tanto la placidez de la huerta. Adivinando que Pensativa deseaba interrogarme, quise ayudarla y le avisé que Cornelio había resuelto bajar a Santa Clara tan pronto como le llegara la noticia de que Pensativa se había restablecido.

—¡Qué gusto me dará ver a nuestro fraile! —dijo Pensati-

va—. Sólo usted ha podido comprometerlo a salir de su convento.

Le referí mi visita a las Piedras Coloradas y la hice sonreír contándole cómo aquellos monjes armados de carabinas hacían sus oraciones al son de las cornetas.

—Se divirtió usted en ese viaje según veo —dijo ella.

Habíamos llegado al punto neurálgico y quise facilitar el paso.

—En la ida sí me divertí. Al regreso no. Acuérdesese del susto que nos llevamos.

—¿Quién cree usted que haya sido el que gritó en la Huerta del Conde? —me preguntó lentamente.

—Voy a exponerle a usted mi teoría —respondí, mintiendo sin vacilaciones— O mejor dicho, mis teorías. Basilio le había referido a usted y a Genoveva el suplicio de Muñoz. Genoveva me lo había contado a mí. De este modo nos hallábamos los cuatro, los cinco si contamos a Fidel, que de la huerta espera solamente cosas malas, prestos a espeluznarnos, a exagerarlo todo y a torcerlo todo. En esa nerviosidad, cualquier ruido: la caída de una piedra en la poza, el silbido del viento en las ruinas, el grito de un ave de rapiña, la broma de algún pastor que huyó al verme regresar, nos trastornó. Basilio creyó que el grito era idéntico al lanzado por Muñoz y nosotros, que no teníamos que identificar nada, lo creímos con más ganas.

—¿No encontró usted nada en la huerta?

—Encontré, fuera y ya retirado de la huerta, a un pastorcito que huyó cuando me vio —dije con aplomo—. El debe haber sido quien gritó. Es seguro que conoce la historia de lo ocurrido junto a la poza.

—Eso debe ser —asintió ella.

Era visible que mi explicación la había tranquilizado. Comió unos confites y charló sobre cosas sin importancia.

—Si Cornelio cumple su promesa de bajar al pueblo —me dijo después— lo veremos con un amigo al que adora materialmente: el padre Ledesma.

—¿Quién es ese padre que tanta influencia tiene sobre la Chacha? —pregunté.

Pensativa me dio detalles curiosos sobre el sacerdote irreductible. El padre Ledesma había sido canónigo en León y no había querido salir del país al estallar la persecución. Se había transformado en el capellán de los cristeros y había sido fusilado en Celaya.

—Dios lo salvó —dijo Pensativa, con fervor—. Sanó y volvió al campo. Lejos de imitar al arzobispo de Guadalajara, que permaneció en su arquidiócesis pero que se apartó lo mismo de los federales que de los cristeros, limitándose a practicar sus deberes a ocultas, el padre entraba a los combates y daba la absolución

bajo el fuego de las ametralladoras. Para él, aquella guerra era una cruzada y se indignó cuando se firmó la paz. No ha querido volver a su cabildo y vive en los pueblos en los que se desarrolló la lucha, sosteniendo el celo, viviendo de limosna y tan respetado, que las autoridades eclesiásticas no se han atrevido a sujetarlo. Acata los dogmas y lleva una vida santísima, pero no obedecería la orden de encerrarse en un curato.

—Me gustaría conocerlo. Genoveva lo pone por encima del Coadjutor.

—Es nuestra autoridad máxima. Lo que él nos dice, se hace. Yo lo veo y me transforma en una seda.

—¿Dónde lo conoció usted, Pensativa?

—En Guanajuato.

—Nunca me ha contado nadie la vida que hizo usted durante la guerra —advertí.

—Porque fue una vida sin interés —replicó, con una voz que se había ensordecido—. Pasé la mayor parte de la guerra en Guanajuato, sola, temerosa siempre de recibir maltratos del gobierno. Tuve que dejar mi casa y que cambiarme de nombre. Eso no fue muy heroico ¿verdad? —añadió, sin sonreír.

—¿Qué otra cosa podía usted haber hecho? ¿Ganarse un balazo como Lucía o ser echada al río como doña Ursula?

—Pude ayudar como la Chacha... Y ayudé un poquito.

—Ya me lo figuraba.

—Pasaba avisos, periódicos... parque. Cuando murió Carlos me trasladé a San Luis Potosí, donde el general Cedillo dejaba tranquilos a los católicos. Al terminar la lucha vine a la Rumorosa, convoqué a los hombres que habiendo luchado a las órdenes de Carlos no podían regresar a Jalisco ni querían hacerse frailes con Cornelio, y con ellos me vine al Plan de los Tordos, donde entre la miseria física de mi pobre gente y mi falta de práctica, no hemos podido hacer otra cosa que engordar unas cuantas vacas.

Vencí mi deseo de ofrecer mi ayuda. Aún no era tiempo de declarar mi amor. Cuando, en la tarde, volví con Fidel a la Rumorosa, el largo crepúsculo me encontró rebotando dicha. Ya no había secretos en la existencia de Pensativa. Todo estaba explicado, todo era claro y limpio y ya no había nada que me impidiera enamorar a la señorita Infante. Llegué a la Rumorosa embriagado de felicidad y deseoso de trasmitírsela a todos.

*
* *

Ni al otro día ni al siguiente pude ir al Plan de los Tordos. El primero porque habiendo sido invitado a comer el Coadjutor, no me pareció decente ausentarme. Nunca será desagradable par-

ticipar en la Rumorosa de una comida preparada por Genoveva para algún monseñor. Jamás mi buena Chacha se pule tanto en la cocina como cuando hay sotanas invitadas. Me quedé pues y me entretuve en picar al Coadjutor refiriéndole como la Chacha aguardaba aún el fallo del padre Ledesma sobre el cambio de penitencia, pero con sorpresa de mi parte, el obispo *in partibus* de Cesarea me respondió que estaba habituado a que los cristeros pusieran sobre sus fallos los del rebelde sacerdote.

Al otro día tampoco me fue posible visitar la hacienda, porque el doctor López me había invitado a comer en su ranchito de Las Calabazas. Los invitados devoramos bajo los árboles una exquisita barbacoa y era ya tarde cuando emprendimos el regreso a Santa Clara.

El no haber visto en dos días a Pensativa me llenaba de melancolía y al llegar al pueblo dejé adelantarse los coches y los caballerangos y fui costeanado la población por senderos que ya se adentraban en los sembrados, ya se acercaban a Santa Clara hasta formar las calles exteriores. Empezó a caer la lenta polvareda de una llovizna. Los maizales, muy verdes, rodeaban la población con sus lanzas enhiestas. Dentro de su arboleda, las torres elevaban sus cruces entre un cendal grisáceo. La música de los carrouseles llegaba por ráfagas y con ella el vocerío de la muchedumbre. Mi caballo se adelantó a lo largo de una tapia de adobe, ante un descampado solitario y ya iba a alcanzar un bosquecillo de pirules, cuando escuché un disparo y sentí en el brazo izquierdo una quemadura.

XVIII

El caballo se encabritó y lo dejé precipitarse hacia el bosquecillo, a cuyo amparo saqué la pistola. No vi a nadie en el descampado ni sobre la barda. La llovizna continuaba abandonándose sobre los maizales. Piqué espuelas y corrí a lo largo de la tapia de adobes. En la esquina de una calleja encontré un viejo sombrero de palma, sucio y destrozado, al que reconocí instantáneamente: era el sombrero del Alacrán.

Así, aquel mendigo quería asesinarme; el soplón, el espía, el camarada de Muñoz, me aborrecía y no eran sólo Cornelio y Basilio los que corrían peligro, sino que yo mismo estaba en riesgo por el solo hecho de haber averiguado la presencia del esbirro en la comarca. Ardiendo en cólera recorrí las callejuelas inmediatas, llamé a las casas próximas y me introduje al corral protegido por la barda, pero no encontré otra huella del desnarigado y tuve que volver a la Rumorosa comiéndome la bilis.

Mi herida era un rozón del que nada quise decir en la casa y me limité a ordenar a Ireneo estableciera alguna vigilancia y a aconsejarle desconfiara de los mendigos. Mi sueño fue una sucesión de pesadillas. Al despertar en la mañana, participé a mi tía, a Jovita y a la Chacha, mi resolución de no retrasar más mi declaración a Pensativa. Las llegué a creer locas al verlas hacer extravagantes demostraciones de júbilo, pero confieso que yo también me sentía arrebatado al pensar en que por fin iba a confesarle a Pensativa mis sentimientos.

Monté a caballo a las diez, más empomado que un figurín y partí seguido por Fidel, al que en gracia de la ocasión le había permitido ponerse un traje charro que había sido de Cornelio cuando éste era adolescente. Fidel pasó ante la servidumbre de la Rumorosa sin dignarse hablarle a nadie, más hinchado que un pavo real, sonando sus espuelas de Amozoc. El muy impertinente llegó a proponerme diéramos una vuelta por Santa Clara antes de salir para el Plan de los Tordos, pero naturalmente rechacé su proposición y lo obligué a seguirme. Al final de la calzada, el aspecto de la campiña, nuevamente entenebrecida por el nublado, me hizo recordar el atentado de la víspera.

—Fidel —le dije a mi caballerango— te voy a confiar un

secreto, porque es necesario que me ayudes a cuidarme. Pero tienes que jurarme que no lo revelarás.

El juró sin tardanza y puede referirle lo ocurrido en las afueras del pueblo.

—Si lo cuentas, te corro de la Rumorosa —lo amenacé.

Me hizo mil protestas y en verdad fue discreto, pero de allí en adelante, lleno de orgullo por la confianza que yo le había mostrado y de miedo ante la perspectiva de recibir un balazo, no dejó de examinar el camino y los campos, con lo que llegó a marearme.

Encontramos a uno de los mozos de la hacienda vigilando en el mismo sitio en el que habíamos visto apostado a Esteban y alabé la prudencia de Basilio. Por fin llegamos al repecho. Un rayo de sol alegraba la fachada del caserón y creí ver en él un signo favorable a mi proyecto.

—Atención con tu lengua —previne a Fidel.

En el patio de la hacienda, mi caballerango causó una sensación indescriptible, pero no pude reírme de la arrogancia de Fidel, porque una inesperada timidez me había sobrecogido. Pensativa me recibió en la asistencia y tomó con agrado el ramo de flores que le entregué. Notando mi confusión, algo como una nube pasó por sus ojos. Me sentí todavía menos animoso y dejé pasar la mañana sin aventurarme, cohibido por un respeto que a ratos me parecía excesivo y a ratos me anonadaba.

—Soy un asno— me confesé cuando fuimos llamados para comer.

En la cocina me reanimé. Las tres mujeres de servicio y los inválidos, parecían haber comprendido el objeto de mi visita y ardían en deseos de festejarlo. Basilio me brindó un vasito de tequila y le vi en los ojos un brillo de contento y un deseo de animarme. Al terminar la comida no pudimos pensar en ir a tomar el café a la huerta, porque la llovizna se desmoronaba ya. Nos fue servido en la asistencia, pero yo, antes de penetrar a ésta, quise hablar con Basilio. Lo llevé al fondo del corredor y le hice saber que el Alcarán había disparado sobre mí. La cara de Basilio se puso bermeja.

—Mi jefe, es necesario que yo busque a ese esbirro y le dé el mate.

—No le he contado a usted lo del balazo —repliqué— para hacer que se castigue al Alacrán, sino para que no cese la vigilancia en derredor de la hacienda.

Aquella conversación no me servía sino de biombo, pues lo que yo deseaba era sondear a Basilio y averiguar cuáles eran las disposiciones de Pensativa hacia mí. Por eso agregué, dudoso:

—Basilio ¿cree usted que si le pido a la señorita que se case conmigo, ella no me rechazará?

A Basilio le bailaron los ojos.

—Arriésguese, mi jefe. Yo nomás le digo a usted una cosa: ella lo quiere. De esto estoy seguro.

Apartándome de Basilio, me dirigí a la asistencia con el corazón resonante. Apenas consigo reconstituir la escena. Me senté frente a Pensativa, conversé de cosas indiferentes y a cada momento me noté más trastornado por aquel bello semblante triste. Y de pronto, me incliné y hablé.

Pensativa me escuchó sin mover un músculo de su cara. Cuando terminé, arrojó su mirada por la ventana, al campo. Esperé. Vi que Pensativa sufría. Mi espera terminó cuando ella volvió hacia mí su rostro conmovido por una pena indomeñable.

—Roberto, es un pesar para mí el que usted me haya hablado de amor —me dijo con una voz velada pero firme—. Yo no debo amar y jamás me casaré.

—¿Que no debe amar? —pregunté, envuelto en un dolor fulgurante.

—Jamás me casaré. Estoy y debo estar fuera del mundo. Hay cosas terribles que me apartan de la vida usual y que me harán refugiarme, tarde o temprano, en un convento.

—Ya sé qué cosas son esas que usted llama terribles y sé que no tienen sino el valor que usted quiere darles. No es posible que ellas nos separen.

—Roberto, perdóneme —repitió, con un acento tan resuelto que vi volarse mis esperanzas— pero no puedo casarme y no me casaré.

A pesar de las dudas que antes me habían asaltado, yo, en el fondo, estaba convencido de que Pensativa no me negaría su mano. Y ahora, he aquí esta firme negativa detrás de la cual adiviné todo el peso de una resolución inquebrantable, largamente meditada. Todo había terminado. Pensativa no me amaba. No debía amar. No se casaría y terminaría por refugiarse en un convento. Sentí en la cabeza un torbellino y no supe cómo salí de la asistencia ni cómo pedí mi caballo.

Vi caras contristadas. No supe disimular ante los mozos. Yo sólo podía repetirme que Pensativa me había rechazado y mecánicamente, bajo la llovizna, emprendí la vuelta a la Rumorosa.

Desde el repecho volví los ojos. ¡Adiós! Todo se borraba con el lento caer del agua. La casona se perdía en la neblina. La sierra se esfumaba entre las gasas del orvallo. Adiós. No volvería yo al Plan de los Tordos, ni escucharía de nuevo la grave voz de Pensativa.

Fidel me siguió sin animarse a hablarme y no supe cómo hicimos el camino. Recuerdo vagamente los campos solitarios, la ruta desierta, el vuelo a ras de tierra de alguna golondrina. La llovizna sonaba opacamente en mi sombrero, el caballo gol-

peaba rítmicamente los terrones. Sobre el vado iba tendiéndose la noche y las aguas rodaban con un triste murmullo.

En la Rumorosa se esparció la aflicción cuando desmonté en el patio sobre el que las lámparas arrojaban franjas de oro.

—Rechazado —avisé.

Procuré reír, pero mi pesar era demasiado profundo para permitirme el fingimiento.

Genoveva me abrazó y sin decir una palabra me llevó a la alcoba de mi tía y me hizo sentarme.

—No hables hasta no haberte tomado una taza de café y un vasito de coñac.

Esperamos en silencio. Yo tenía en el pecho una quemadura insoportable. Mi tía y Jovita charlaban en voz baja. Los santos, bajo sus capelos, tomaban una expresión de indefinible alejamiento. Cuando bebí el café y el coñac, reaccioné y pude contestar a las preguntas de las tres mujeres.

—No te desanimes —me pidió mi tía—. Pensativa, reflexionará y mudará de parecer.

—Tía: en conciencia ¿crees que Pensativa me ha dejado esperanzas?

La pobre vieja no pudo contestarme y comprendí cómo ella también veía liquidado el asunto. Jovita no pudo hacer mejor y únicamente la Chacha se animó a querer consolarme.

—Tienes razón al creer que Pensativa está resuelta a no casarse —me dijo—. Yo estoy convencida de que ella te quiere, pero si se ha prohibido corresponderte, su resolución es sincera y firme. Sin embargo, yo no te digo que el caso está perdido. Todo lo contrario, una poca de paciencia puede hacer variar las cosas.

—¿Paciencia, Chacha?

—Paciencia, en efecto. Atiéndeme: Pensativa está resuelta a no casarse, pero va a suceder algo que la hará variar.

—¿Qué es lo que va a suceder?

—Algo que no quiero decirte, pero que se efectuará en pocos días. Fui una tonta al dejar que te le declararas a Pensativa antes de haberse realizado lo que espero. Todos los escrúpulos de Pensativa, todas sus resoluciones de quedarse soltera y de buscar después un convento, se las llevará el viento antes de una semana.

—¿Más misterios, Genoveva? ¡Ah! No, basta, basta ya de enigmas. No quiero más secretos. No esperaré más, Chacha. Quiero a Pensativa, pero como no veo esperanza de ser correspondido, mañana mismo regresaré a México.

—Ten calma, ten calma. Mira: lo que espero es que lleguen el padre Ledesma y Cornelio. Ellos harán variar a Pensativa.

—Todo eso es ridículo, Genoveva. A Pensativa nadie puede hacerla variar. Y yo ya no puedo esperar y seguir sufriendo.

*
* *

Apenas cené. Una tristeza abrumadora caía sobre la Rumorosa y en toda la noche no pude conciliar el sueño. Al alba me levanté y acercándome a la ventana la abrí de par en par. La lluvia caía en silencio. Las campanas de Santa Clara de las Rocas llamaron a misa y me dolió el corazón al recordar el placer con el que otras mañanas había escuchado la voz de los bronces. Ahora todo era distinto. Me sentía rechazado por aquella tierra y las campanas me parecían extranjeras, sonando para otros oídos. La luz se filtraba entre la lluvia; la arboleda iba surgiendo, friolenta, ceñuda y ella también me pareció extraña. Todo me rechazaba y anhelé llegara el instante en que la volanta me dejaría en la estación.

Para entristecer menos a las mujeres de la Rumorosa, me les presenté con un aire resuelto que supe conservar hasta que Ireneo anunció que había llegado el momento de partir. Los adioses fueron cortos y dolorosos. Le prohibí a Fidel que me acompañara hasta el tren y subí rápidamente al cochecito. El caballero echó a trotar; el zaguán resonó al pasar la volanta y pronto rodamos en la calzada. Un sola vez agité el pañuelo hacia la Rumorosa, hacia las tres mujeres que flameaban los suyos.

Ireneo me evitó atravesar el pueblo llevándome por una vieja ruta solitaria y le agradecí esta atención que me libraba de sufrir miradas curiosas y adioses inoportunos. Cuando entramos al camino que conduce a la estación, la marcha se hizo más lenta, pues el caballo se hundía en el lodo.

No hablé, e involuntariamente comprobé la semejanza de mi llegada a Santa Clara, con la despedida. En ambas había experimentado igual melancolía y el campo se me había presentado hostil, repelente, enemigo de un hombre que se había pasado la vida en la ciudad. Aquella tierra ya no era mía. O yo no era de aquella tierra y había venido a ella sólo para sufrir.

¿Cuántas angustias no había padecido en la escasas semanas transcurridas desde que vi a las torres de Santa Clara emerger en el horizonte? En verdad que casi no había tenido yo un momento de calma. Apenas si los primeros días habían sido gratos. Después, desde el instante en que a la claridad de una descarga eléctrica había visto a Pensativa en el patio de la Rumorosa, todo había sido duro y hasta cruel.

El terruño me había envuelto en sus vapores ensangrentados.

Mi vida había dejado su tranquilidad y yo había vivido entre peligros, entre angustias, en medio de seres apasionados y feroces, seres indómitos que habían sostenido la guerra en esta llanura y en la cordillera. Yo había cruzado ríos torrenciales, había explorado una huerta maldita, había visto sobre mí el brillo del puñal de Basilio; un mendigo desnarigado había intentado asesinarme. ¿Qué vida había sido esa? ¿Qué tierra ardiente y salvaje, sombría y rencorosa, era esta en la que yo había pretendido arraigar?

La volanta salvaba sobre los antiguos puentecillos los arroyos ahora henchidos. No había polvo y las capillas se alzaban entre verdores hondos. Volví mis ojos y vi a las torres de Santa Clara seguirme desde la lejanía. ¡Ah!, me dije, jamás te olvidaré, Santa Clara de las Rocas.

Jamás olvidaría las jornadas bajo el sol o la lluvia, ni el camino de la sierra, ni el caserón del Plan de los Tordos. Y jamás podría olvidar a Pensativa. ¿No ella precisamente me había dado las grandes emociones? Por primera vez en mi vida, mi corazón había latido con ese vigor antes por él ignorado. Pensativa me había llevado a los peligros y a las fiestas y me había abierto una perspectiva desconocida y radiante. Yo la amaba. La amaba, y había sido preciso que ella me rechazara para obligarme a salir de la región.

En adelante, la placidez iba a volver a mi existencia. La capital me esperaba; mis amistades, mis libros, todos mis placeres, iban a amortiguar el dolor recibido en la tierra natal.

—Es curioso —me dije mientras veía ante mí saltar la crin del caballito— pero no siento ningún deseo de tornar a mi antiguo modo de vivir. Me he acostumbrado a las emociones fuertes. Pero en fin, no miremos atrás, no recordemos nada, ni siquiera a Pensativa.

Y en ese minuto, algo amargo y desolador me envolvió el corazón. ¡Pensativa! No la vería más. Volvería yo a ser el soltero ocioso, a recorrer solitario los teatros y los cafés, a languidecer entre minucias, a interesarme por apariencias. Dejaba tras de mí la lucha y la pasión. Dejaba el amor. ¿Cómo podía yo renunciar tan fácilmente a Pensativa? ¿Por qué la desesperación me cegaba tan prontamente? ¿Por qué me entregaba a un necio orgullo y por una sombra de vida abandonaba la vida misma?

—Para —le ordené a Ireneo.

La volanta se detuvo junto a un arroyo. Descendí y anduve lentamente bajo los álamos, por un sendero en el que se pudría la hojarasca. Las nubes se deslizaban sin prisa y su sombra variaba el color de las aguas corrientes. ¿Podía yo alejarme? ¿Podía dejar de luchar? ¿Acaso la única vida no es una vida de pasión? Oí al agua murmurar entre las rocas. Ella iba a entregarse a la poderosa corriente del río y a olvidar los campos

tranquilos para correr entre las montañas y clamorear haciendo su camino hacia el mar. ¿Y yo?

Regresé a la volanta, me senté y ordené:

—Ireneo, llévame otra vez a la Rumorosa.

El saltó de gozo e hizo trotar al caballito hacia Santa Clara de las Rocas. Ya no vi hostil el campo. Era mío o yo era de él. El viento zumbaba en mis oídos una canción borrascosa. ¡Aprisa! La volanta saltaba en las rodadas, el caballejo rompía los charcos, y un hombre surgió a caballo y nos detuvo.

—¡Basilio!

El caporal se quitó el sombrero y me saludó cordialmente.

—¿Qué, mi jefe? ¿Ya no se va usted?

—No, Basilio. ¿Pero usted qué hace aquí?

—Supe que usted se iba —respondió— y no lo quise creer.

Lo seguí de lejos y cuando lo vi regresar, pues, grité: ¡ese es mi jefe! Y ahora me voy al Plan, pero no sin antes decirle a usted: no se desanime.

—No me desanimo.

El agitó el sombrero y clavando las espuelas a su caballo se alejó a todo correr.

—Está loco —exclamé, contento.

Más locos se mostraron todos en la Rumorosa cuando la volanta me dejó en el patio, al que Sultán vino ladrando. Mi tía, Jovita y la Chacha, corrieron a abrazarme. Y detrás de ellas, Cornelio.

—¡Tú aquí! —dije—. ¿Pero qué milagro es este?

—He venido a casarte con Pensativa —me respondió.

—¿Crees posible conseguir eso? —pregunté, excitado.

—Cornelio y el padre Ledesma convencerán a Pensativa —dijo Genoveva, llevándome a la asistencia.

—Eso me parece muy conveniente —repliqué— aunque para ser franco, diré que no resulta muy halagüeño para mí el que otros tengan que convencer a Pensativa de la conveniencia de darme su mano.

—Es que ella te quiere —contestó mi tía—. Lo que ocurre es que Pensativa se cree atada por los viejos sucesos.

—Creo que esa es la verdad —asintió Cornelio—. Mira, primo: yo le preguntaré a Pensativa cuáles son sus sentimientos respecto a ti. A mí no me mentirá. Si no te quiere, punto final. Te irás a México y yo me volveré a las Piedras Coloradas. Pero si te quiere, entre el padre Ledesma y yo disiparemos sus escrúpulos.

—¡Oh! Sí me quiere —afirmé—. Sí me quiere, primo. Yo lo sé perfectamente.

—Entonces, tranquilízate.

Genoveva sirvió unos vasitos de vino y todos brindamos por el éxito. Mi tristeza había desaparecido.

—Y a todo esto, —pregunté— ¿dónde está el padre?

—Ha ido a la parroquia —contestó Cornelio— a rezar a Santa Clara, pero estará aquí para la comida. No vayas a mostrarte muy extrañado por sus modales. Es un gran sacerdote. Yo no quise bajar a la Rumorosa hasta no saber si el padre vendría también. Ya adivinaba yo las dificultades que se te iban a presentar y lo esperé hasta que llegó a mi campamento.

Mientras el sacerdote volvía del pueblo, me llevé a Cornelio al jardincito del Calvario y lo puse en guardia contra el Alacrán.

—¿Te quiso matar? —preguntó mi primo—. ¿Pero a ti por qué?

—Quiso callarme, puesto que yo lo había identificado en el pueblo.

Cornelio dio unos pasos bajo los duraznos.

—El Alacrán es más peligroso de lo que te imaginas —dijo después— y es necesario alejarlo de cualquier manera.

—Primo, esa frase: de cualquier manera, me desagrada. Te ruego que no quieras usar tus procedimientos de guerrillero.

—Usaré procedimientos corteses —me prometió— pero si lo agarró, lo encerraré algún tiempo. Es necesario para que te cases con Pensativa y te la lleves a México. Y ahora, vamos a ver si ya llegó el padre.

Entramos a la casa, pero no fue sino hasta la siesta que regresó el sacerdote. Yo no había conseguido representarme al padre Ledesma y su figura ascética me impresionó.

El famoso sacerdote, cuyo nombre resonará aún largo tiempo en las campiñas del Interior, tenía un rostro huesudo, delgado, provisto de una nariz aguileña. De águila era también la mirada, imperiosa, fija, fría como el acero. El padre Ledesma leía el más recóndito pensamiento de sus interlocutores. Un ligero abombamiento de su frente denotaba la obstinación que lo hacía errar por los campos y serranías antes de someterse a una paz considerada por él como degradante. La boca era de un trazo firme. El padre jamás se quitaba su sotana remendada, que flotaba sobre su cuerpo magro, y desafiando al gobierno acababa de ostentarla en las calles de Santa Clara.

Su saludo fue poco amable.

—¿Usted es el pretendiente de Pensativa? —me preguntó taladrándome con la mirada.

Me incliné, intimidado.

—No me parece usted el mejor partido para ella —continuó.

—Creo que tiene usted razón, padre.

—Si eso que dice lo dijera sinceramente, ya no estaría usted aquí.

—Padre —intervino Genoveva, asustada— no hemos comido por esperar.

—Mal hecho. Pero ya que es así, comamos.

Nos dirigimos al comedor, cuya mesa bendijo el sacerdote. Me sorprendí, yo que había visto comer al Coadjutor, de la sobriedad del padre Ledesma, quien bebió sólo agua y tomó únicamente un plato de frijoles de la olla. A los postres, cuando las criadas despejaron la mesa, el padre encendió un cigarro negro y me espetó su opinión sobre mi persona.

—De plano, no me parece usted un buen partido para Pensativa. Ella tiene un alma sublime. Usted, en cambio, me parece excesivamente acostumbrado a una vida de placeres y de insulseces.

—No todas las vidas pueden ser iguales —argüí, más rojo que un jitomate.

—Pero sólo valen las que se dedican a conseguir el triunfo de una grande y noble causa. Usted me parece un tibio.

—Es el único que en un quince de julio se ha atrevido a entrar a la Huerta del Conde —intercaló Cornelio.

—¿Qué gracia es esa? Yo he entrado muchas veces a esa dichosa huerta y no he encontrado sino huesos y víboras. Sí, usted, señor, me parece un tibio. Los cristeros debemos parecerle criminales porque no dejamos que se nos impidiera practicar nuestra santa religión. No me explico pues cómo ha podido enamorarse de Pensativa. La yedra ¿puede compararse con la altiva encina?

—Puede enlazarse con ella y con ella vivir en dichosa unión —repliqué, poco lisonjeado de ser equiparado a la yedra.

—La audacia en el hablar no siempre significa la audacia en la acción. Verdaderamente no me asombra que Pensativa haya rechazado la mano de usted, según me ha contado la señora Genoveva. Es lamentable que la señorita Infante no se haya resuelto a seguir mi consejo de marcharse a un convento español.

—¡A un convento! —protesté.

—Es el único sitio que a ella le conviene en la actualidad. El matrimonio siempre es un azar y más lo será para la altiva señorita Infante.

—Ella me ama, padre.

—Y sin embargo, lo ha rechazado.

—Me ha rechazado por escrúpulos morales. Yo comprendo que quiere expiar las... las hazañas de su hermano y que más que otra cosa la anonada el saber que al infeliz que vendió al general, una mujer terrible...

Me detuve, cohibido por la presencia de Cornelio.

—Acaba, primo —me dijo él, sonriendo—: y un hombre despiadado como Cornelio, permitieron que fuera dejado ciego.

—Perdóname —pedí— pero en efecto, esa es mi opinión. Cometiste un gran pecado al no salvar a aquel infeliz. Y el

pecado de la Generala fue mayor. Ella jamás debió haber tolerado semejante atrocidad.

—Vea usted esta cicatriz —me dijo el padre Ledesma, mostrándome su sien—. Es la que dejó el tiro de gracia. Me fusilaron en Celaya por el delito de decir la santa misa.

—Padre, eso me hace abominar más la guerra civil, que nos ha empujado tan frecuentemente a los mexicanos a volvernos bestias feroces. Detesto las luchas fratricidas y jamás las creeré necesarias, ni patrióticas, ni santas. Pero no es esa la cuestión. Lo que yo afirmo es que Pensativa me ama.

—Lo sabremos pronto. No me será muy grato influir sobre ella para que le conceda su mano a un indiferente. Más me agradaría pedirla para un comunista, es decir, para un hombre fichado, un hombre de partido, que para usted, que navega sin bandera. Pero en fin, seré imparcial. Mañana iré con Cornelio al Plan de los Tordos y si Pensativa ha cometido el error de enamorarse de usted, si únicamente anormales escrúpulos le han hecho negarle su mano, esté usted seguro de que yo los disiparé.

A pesar de sus duras palabras, me hubiera gustado abrazar al férreo sacerdote. No volvimos a hablar de Pensativa en el resto de la tarde, que pasamos conversando en la sala de respeto, a la que Genoveva nos llevó el café. Me di cuenta de que una estricta vigilancia en derredor de la Rumorosa había sido establecida por Cornelio y no dejé de sentirme aliviado al pensar en que le sería más difícil al Alacrán realizar un nuevo atentado.

Antes de cenar, el padre rezó el rosario, al que concurrió la servidumbre. La escena fue imponente. Una sola vela alumbraba a un Crucifijo de marfil puesto sobre la mesa de estorbo y la vasta estancia sumergía sus extremos en la sombra. Me sentí en un mundo distinto al verme entre aquella gente devota, casi toda cristera, que sin duda en la guerra había debido practicar la religión en las tinieblas y en lugares secretos. El padre rezó por los caídos, defendiendo la causa y su tono duro, inflexible, se elevó patéticamente al pedir para ellos la gracia del Señor.

—Todo estará bien —me dije después, encerrado ya en mi cuarto— pero tan pronto como Pensativa sea mi esposa, la llevaré lejos de este fervor y de estas impresiones lancinantes.

En la madrugada, cuando salí al patio, fui llamado a la sala para oír la misa, que fue dicha por el padre Ledesma.

—Ahora —me dijo el sacerdote, al terminar el oficio divino— voy a hacer por usted lo que preferiría hacer por otro.

No respondí. Después de un breve desayuno, el padre y Cornelio montaron a caballo y se marcharon al Plan de los Tordos bajo una lluvia fina y helada. Me sentí afiebrado y me pasé el día yendo de la calzada al jardincito del Calvario; estuve inapetente, irascible, incapaz de unir dos palabras o de

hilar un pensamiento En la siesta rodó el trueno y se desbordó el aguacero. Esa me pareció la prueba más ruda, pues significaba que el río colmaría el vado y que el sacerdote y Cornelio no podrían volver ese día. Los planes más descabellados se sucedían en mi mente, cuando al anochecer oí a dos caballos entrar al patio. Salí corriendo de la asistencia y me precipité sobre Cornelio.

—¿Qué tal les fue? ¿Qué tal les fue?

Cornelio me abrazó con entusiasmo.

—Triunfamos, primo.

XIX

Al principio no pude entender lo que oía, después, dudé, hice un diluvio de preguntas y sentí a la Rumorosa valsar dentro de una girándula de fuego. El mismo padre Ledesma sonrió al ver mi frenesí.

—Sí, un triunfo completo, señor mío —me dijo en la asistencia, aceptando un vasito de tequila para quitarse el frío—. Completo y para mí poco agradable. ¡Llévase usted a Pensativa, usted, uno de esos hombres sin partido, un tibio, indigno! ¡Y ayudarlo Cornelio y yo!

—Maltrátame cuanto quiera, pero deme detalles.

—Sí, detalles —palmoteó Genoveva—. ¿Verdad que Pensativa quiere a Roberto?

—Las mujeres tienen increíbles debilidades y Pensativa tiene la de amarlo a usted —continuó el sacerdote—. Pero en fin, lo quiere y acepta ser su esposa.

—Primo, Pensativa se había dejado dominar por los escrúpulos que tú adivinabas —dijo Cornelio—. El padre se los quitó de raíz.

—No exactamente —protestó el padre—. Lo que hice fue recordarle que el pasado es santo, que todo lo sucedido en la guerra había sido en legítima defensa. A eso llama Cornelio arrancar de raíz los escrúpulos. Ahora Pensativa no se siente obligada a expiar lo que no fue crimen sino gloria.

—No discutiré eso —repuse—. El hecho es que Pensativa retira la negativa que me había dado.

—La retira. Ahora es usted el que debe decirnos si el pasado le importa o no, si lo ocurrido en la guerra le parece deshonesto. Esta es una pregunta ridícula que sólo hago porque Pensativa me pidió que la hiciera.

—Pensativa es la más santa y la más pura de las mujeres —exclamé.

El padre Ledesma hundió en mí su mirada de acero y no supe si en ella había contento o desprecio. Por cierto que nada me importaba ya lo que él pensara. Lo que yo quería era montar a caballo y galopar al Plan de los Tordos.

—Cálmese y permanezca aquí —me dijo el padre—. Su presencia en la hacienda no sería oportuna. Pensativa no es una

de esas muchachas modernas que el día en que conceden su mano se van a festejarlo al cabaret. Ella es una virgen fuerte y está entregada a la oración.

Tuve que dormir en la Rumorosa, en la que mi tía, Jovita y la Chacha, habían enloquecido de alegría, pero con la alborada salí para la hacienda. Al final de la calzada oí un alegre saludo y vi a Basilio firme sobre su caballo.

—Comprendí que usted tomaría muy temprano el camino del plan, mi jefe y me vine a esperarlo.

Se lo agradecí con un apretón de manos y juntos hicimos la ruta. Entré al galope en la casona, abandoné mi caballo y volé al corredor, en el que Pensativa me esperaba, una Pensativa conmovida, casi frágil, que deseaba y no conseguía disimular su emoción.

—El padre... Cornelio... —balbucee.

No pude hablar y besé la mano que ella me tendía. Los mozos nos observaban en indiscreto y alegre grupo y en la puerta de la cocina lloraban las mujeres. Pensativa se encaminó a su pobre salita. La seguí temblando.

No me habló inmediatamente y de pie junto a los hierros de la ventana contempló la meseta, en la que se alzaba la neblina. Me aproximé a ella, pero respeté aquel silencio que sabía cargado de llanto. Y así era. Cuando Pensativa volvió, sus ojos hacia mí, los vi rebosando lágrimas.

—Roberto, nunca pude esperar que un momento como este llegara para mí. No creí conocer jamás una felicidad semejante.

—¿Qué felicidad no merece usted? —pregunté, tan trastornado que ni aún pensé en tutearla.

—Antier, cuando usted se fue, y yo creí que se iba para no volver, sufrí de un modo horrible.

—Pensativa, no habrá usted sufrido más que yo.

Una pálida sonrisa le iluminó el semblante.

—Usted se marchaba. Yo quedaba aquí y es peor quedarse. El pesar se redobla permaneciendo en el lugar donde se ha sufrido.

Sus palabras acabaron de trastornarme y ya no recuerdo bien lo que siguió. Sólo hasta en la tarde, cuando Esteban nos llevó el café a la vieja glorieta, empecé a darme cuenta de mi felicidad.

—Nos casaremos sin tardanza —le dije a Pensativa.

—¿Tanta prisa? —preguntó ella, enrojeciendo—. No, no me gustaría un casamiento precipitado. ¿No cree mejor que sigamos las viejas costumbres, que imponen un largo noviazgo?

—¡Un largo noviazgo!

—Siquiera de unos meses.

—¡Meses!

—Aquí es el uso.

—Los usos los vamos a olvidar un poco.

—Pero no completamente.

En aquella discusión la vi más próxima a mi corazón. Las barreras iban cayendo. Ambos cedimos algo y acordamos casarnos en noviembre, el día de San Carlos. Todo en Pensativa era grave y adquiría un significado.

—El día del santo de mi hermano —me dijo—. Así, él se unirá un poco a nuestra... a mi dicha.

Recuperó una seriedad que ya había desaparecido de su rostro, al advertirme:

—¿Se opondría usted a que nos casáramos a lo cristero?

—¿A lo cristero? Ignoro cómo será eso.

—Quiero casarme como se usaba cuando la persecución. De noche o a la madrugada, sin lujo, en una casa particular.

—Podemos casarnos en la Rumorosa —exclamé, entusiasmado por el romántico proyecto.

—¡Oh! Sí. Y nos casará el padre Ledesma.

—Lo encargaremos de vencer todos los obstáculos que se presenten —dije—. El matrimonio civil lo arreglaremos también sin ruido.

Ella hizo un gesto de altivez.

—¿Matrimonio civil? Jamás.

—¿Jamás? Pero si todo el mundo se casa también por lo civil. Y luego, que la ley exige al sacerdote, para celebrar el matrimonio, el certificado de haberse efectuado el civil.

—Se casará civilmente todo el mundo, menos yo —declaró fieramente Pensativa—. Roberto, esa es una condición que usted no debe querer eludir.

—Que tú —dije, recalcando el pronombre— no debes querer eludir.

Ella sonrió de nuevo.

—Que tú —asintió—. No me casaré por lo civil y no habrá quien pueda exigirle al padre Ledesma una formalidad risible.

—A mí no me parece risible —aduje—. Pero sea como tú quieras. Francamente, yo estoy seguro de que más tarde consentirás en esa formalidad que hoy te repugna. El estado civil de los hijos...

No continué, porque Pensativa había enrojecido y se había puesto de pie.

—Va a llover ya —me dijo.

Aceptó mi brazo y volvimos a la casona. Con pesar me vi obligado a regresar a la Rumorosa, pues la decencia me impedía permanecer ahora en la hacienda de mi prometida. Basilio me acompañó en la vuelta. Desde el repecho volví la mirada y vi ahora un pañuelo blanco agitándose en el zaguán.

No sentí el aguacero que nos alcanzó en la ruta, ni me in-

quietó el vado y a punto fijo no sé si llovió y si pasé algún vado. Basilio me dejó en la Rumorosa y regresó prestamente a la hacienda.

*
* * *

¡Días de felicidad, días inolvidables, en los que el camino del Plan de los Tordos me vio pasar envuelto en mi dicha! Nunca creí se pudiera ser tan feliz. Pensativa me descubría su alma como una rosa va desplegándose y yo encontraba en ella un inagotable encanto. Ya no era ella la mujer impenetrable, fiera, triste, que yo había conocido en la Rumorosa. Como el viento barre las nubes y deja brillando un cielo sin mácula, el amor libertaba a Pensativa de sus antiguos duelos y la dejaba, casta y serena, transformada en una mujer de la que fluía la ternura. Yo iba descubriendo su espíritu pleno de dulzura, radiante y jamás un viaje por las alturas de un espíritu ha podido ser más encantador.

Los días se llevaban hasta el recuerdo de las viejas amarguras y apenas si alguna sombra trasvolaba aquella frente. Yo callaba entonces y me limitaba a besar una mano de dedos ahusados, un pelo sedoso. La sombra se perdía y Pensativa recobraba la serenidad.

Pasaba septiembre y el buen tiempo se anunciaba. Llovía menos y pronto hubo jornadas límpidas sobre las que el otoño lanzaba ya sus áureos reflejos. Yo había dejado todos los trámites en manos de Cornelio y del padre Ledesma. Para sorpresa mía, ninguno de los dos había pensado en marcharse. Mientras el sacerdote arreglaba los trámites en la parroquia, en la que oí leer las amonestaciones, Cornelio medía, por así decirlo, la población, deseoso de encontrar al Alacrán.

Por más que hizo no pudo dar con el mendigo, que parecía haberse desvanecido con su compañero. No por eso disminuyó Cornelio la vigilancia de la Rumorosa ni acortó Basilio la del Plan de los Tordos. Había vigilantes en la calzada y en el camino del Agua Zarca. El mismo municipio, deseoso de tener paz con gente que como mi primo seguía siendo de temer, batía el pueblo buscando al Alacrán.

A fines de octubre ya habían cesado las lluvias y me aproveché de ello para ejecutar un proyecto que me rondaba la mente y que no pensé en someter a la consideración del padre Ledesma, cuya dureza para con lo que llamaba mis sentimentalismos había concluido por amoscarme. Una mañana monté a caballo y acompañado del párroco tomé el camino de la Huerta del Conde. Nos seguían Ireneo, Fidel y dos peones, que cuidaban de unas mulas cargadas con latas de petróleo, con dinamita, con machetes, palas, hachas y zapapicos.

No volví a adentrarme en la sierra sin alguna tristeza. Y sin embargo, cuán distinto era mi estado de ánimo en esta segunda visita, al de la primera. Ahora yo sabía todo lo que antes me intrigaba y me azoraba. Sabía por qué Pensativa se conmovía ante los ciegos hasta el punto de querer morir, y conocía el secreto de lo ocurrido en la huerta y el de la reclusión de mi prometida en la hacienda desmantelada. Ya no había más nubes que el odio del Alacrán hacia el viejo grupo cristero y hacia mí, el novio de la hermana del general Infante, y ese odio había sido neutralizado por la vigilancia establecida en la Rumorosa y en el Plan de los Tordos e iba a ser transformado en inofensivo por la marcha de Pensativa hacia mi casa de México.

No era, con todo, una jornada alegre la que hacíamos en la cordillera. El párroco, disgustado por la presencia del padre Ledesma en la Rumorosa, sólo sabía hablar de su deseo de saberlo bien lejos de Santa Clara de las Rocas. Tras de nosotros los hombres callaban, vagamente amedrentados; cuando llegamos al valle, fue necesario que el sacerdote bendijera desde lejos la huerta para que se decidieran a seguirnos.

Me acerqué con emoción a las tapias derruidas y oí el murmullo de la arboleda. Por el sendero fuimos hasta la escalera tallada en la roca, en cuya grada superior quedaban los restos de los cirios encendidos por Basilio. La poza despedía rápidos centelleos. Sin detenerme, para no dar a los mozos y a los peones tiempo de reflexionar, entré a la huerta y me detuve junto a la encina.

El párroco rezó un responso y arrojó agua bendita. Yo enarbolé un hacha y di sobre el tronco los primeros golpes. Desde entonces Fidel fue el único en temblar. Un ardor vengativo, casi una furia, dominó a Ireneo y a los peones, que blandieron sin descanso las hachas. La huerta resonaba a cada golpe y la inquietud se esparció entre las alimañas, a las que oímos deslizarse en la maleza.

Con un crujido, la encina trágica se inclinó y se derrumbó sobre la ribera. El peso de la copa la arrastró hasta la poza, en la que se precipitó en un sordo chapuzón. Me sentí lleno de alegría.

—Padre —grité— desaparezcan así de la patria los testimonios de las guerras civiles.

—Ahora, a acabar con lo demás —exclamó el párroco, entusiasmado.

Los peones perforaron las gradas rocosas y metieron dinamita en los agujeros. Yo mismo encendí las mechas y salté de júbilo al oír las explosiones que destruían aquella escalera sangrienta. Después fuimos todos hasta el ángulo donde yacían los restos humanos y a machetazos despejamos la maleza. Los peones cavaron una fosa que bendijo el párroco y en la cuál depositamos

los huesos. Sobre el montón de tierra oró el sacerdote y plantamos una cruz.

—Descansen en paz, pobres hermanos desconocidos —pensé—. Ojalá y nunca tenga otro mexicano que llenar tan doloroso deber.

No nos quedó ya sino rociar con petróleo la espesura y prenderle fuego. ¡Qué placer nos invadió cuando vimos la precipitada fuga de las víboras entre las llamas! No podían escapar y lamenté no poder incendiar toda la huerta, arrasar sus tapias y meter el arado en la rica tierra.

—Pero lo haré —me prometí, volviendo a montar a caballo—. Borraré las sangrientas historias y haré un valle de paz.

Los matorrales, lozanos por las últimas lluvias, ardían difícilmente. Cuando los caballos nos llevaron de nuevo al camino de regreso, la humareda espesa y maloliente que se retorció entre las bardas nos pareció un hermoso espectáculo. Sentimos que cerrábamos un capítulo espantoso, que habíamos puesto el sello a un pasado sangriento. Y yo me dije que había destruido la sombra que por tanto tiempo había entenebrecido la existencia de Pensativa. El porvenir quedaba abierto y conjurados los fantasmas.

*
* *
*

Noviembre llegó y vi a Pensativa, cuando arrancó la hoja del calendario, doblarse bajo un íntimo pesar.

—No me acostumbro a la felicidad —me explicó.

Su inquietud en los tres días que precedieron a la fiesta de San Carlos, me alarmó. Llegué a creerla enferma.

—Tengo miedo —me dijo, respondiendo a mis preguntas—. Miedo al pasado. ¿Olvidarás siempre, lo perdonarás todo?

—Todo está olvidado y nada tengo que perdonar —repuse.

—Sí, sí, nada; eso dice el padre Ledesma y él es un santo.

Sonrió y cambió de tema. Pensándolo bien, su agitación se me presentó natural. ¿No iba Pensativa a cambiar totalmente su modo de vivir? Ya se había instalado en la Rumorosa y este no era sino el primer paso en su nuevo camino.

Yo mismo me encontraba con los nervios alterados. Tantas sacudidas no habían pasado en vano y no en balde se aproximaba tanta dicha. Viendo a Genoveva afanada en la cocina, a Jovita coser constantemente; a mi tía dirigir el severo ornato de la casa, a Cornelio vigilar los alrededores y al padre Ledesma disponer el altar, me afiebraba y no podía permanecer tranquilo.

El matrimonio debía efectuarse al amanecer del día cuatro, en la sala de respeto. El día tres, en la siesta, el cartero me entregó una carta en cuyo sobre vi el matasellos de Guadalajara.

Comprendí que era la respuesta de mi amigo a la carta en la que le había pedido informes sobre la muerte de la Generala, pero me sentí incapaz de poder leerla y desprovisto absolutamente de todo interés por conocer en detalle el fin de aquella terrible mujer que había sabido seducir y capturar a Muñoz y que había permitido a un abominable verdugo dejarlo ciego. Arrojé la carta sobre mi escritorio y seguí mi vana agitación.

* *

La Rumorosa tenía una actividad desusada. En el exterior nada delataba la proximidad de un suceso que para nosotros era de tanta importancia. El zaguán y las ventanas permanecían cerradas y estoy convencido de que en Santa Clara de las Rocas nadie sospechaba la proximidad de lo que para todo el pueblo, ya en murmullos por la lectura de las amonestaciones, hubiera sido un acontecimiento.

No se había repartido una sola invitación, pero Cornelio había convocado a algunos de los antiguos jefes cristeros y éstos fueron llegando al atardecer del día tres, a caballo, bien armados, uno a uno. Me miraban con curiosidad y hablaban parca y cautelosamente. El ambiente de la casa se tornó de una gravedad inesperada, sobre todo cuando los "puros", abandonando el campamento de las Piedras Coloradas, llegaron a ofrecernos sus respetos.

Yo, que deseaba charlar, reír, beber algunas copitas, me sentí intimidado ante los viejos cristeros, ante aquellos hombres serios, médula de su partido y entregados a una devoción absorbente. El rosario fue rezado solemnemente. Me sentí transportado a la época de los chuanes, a las conspiraciones jacobinas en Inglaterra y lamenté que mi carácter comodín y mi afición a la broma, detonara entre la hueste puritana.

Pensativa oraba con un fervor que me turbó. Me reproché no estar a su nivel y no ver el matrimonio, aun deseándolo de tal modo, aun habiendo puesto en él las esperanzas de ser dichoso, un acto que aportara tan suprema emoción. La vir superior a mí, ferviente, llena de una pasión cuya grandeza era la medida de su corazón y me estremecí de placer comprendiendo que a mí iba ser dedicado tan profundo sentimiento.

Después de la cena se hizo tertulia, que más pareció ejercicio cuaresmal. Los guerrilleros callaban y sólo el padre Ledesma iba refiriendo viejas hazañas, elogiando a los muertos, poniendo de relieve el espíritu que había animado la lucha. De vez en cuando interpelaba a alguno de los jefes y éste respondía concisamente. Yo hubiera preferido otra víspera para la boda. Era yo el único de los concurrentes que no había participado en

cualquier forma en la guerra y me veía condenado al silencio, apartado de Pensativa, rodeado de gente en la que un sentimiento fogoso se denunciaba por la tensión de los semblantes. Mitía, Jovita y la Chacha, no eran las que oían con menor atención.

Me gustó que llegara el momento de ir a dormir. Me encerré en mi cuarto, en el que di vueltas como animal enjaulado. Apagué la luz y abrí la ventana. El aire frío de la otoñada silbaba sobre el campo sumergido en las tinieblas. La Rumorosa dormía profundamente. La vigilancia se había retirado de los alrededores, pues Cornelio juzgaba pasado el peligro de un nuevo atentado mientras permaneciéramos todos recogidos en la finca, y Pensativa deseaba que todos sus mozos presenciaran la boda.

Pensé que yo había vencido aquella tierra. Yo había sabido conquistar a Pensativa y la llevaría conmigo a olvidar en México los horrores que por tanto tiempo habían proyectado sobre su vida una sombra de pesadilla. Volveríamos a la Rumorosa sólo cuando Pensativa se hubiese hecho a su nueva existencia y las correrías de su hermano, los crímenes de la Generala, el suplicio de Muñoz, fuesen para ella empañadas visiones.

Como el frío me iba transiendo, cerré la ventana y encendí la luz. ¿Nunca terminaría la noche? Fumé, me acosté, me levanté, quise leer, pero no pude controlar mis nervios. De pronto me fijé en la carta que me había llegado de Guadalajara y la abrí esperando distraerme.

Mi amigo me escribía largamente. Había investigado en Zapotlán, en la misma Guadalajara, en todo Jalisco y podía asegurarme que la Generala no había muerto.

“Entrevisté a viejos cristeros que la conocieron y que hablan de ella con veneración y todos han negado la muerte de la Generala. La terrible mujer está oculta y esos fanáticos no pueden ni quieren imaginársela muerta. La adoran. Fue una mujer temeraria, dura, impávida, que apareció repentinamente en los campos de la lucha y que pronto se hizo conocer como la Generala, sin otro nombre. Apenas los íntimos conocieron el nombre de esa misteriosa mujer que fue el alma de la guerra. La han comparado con Juana de Arco, pero la Doncella de Orleans no fue jamás ni tan intrépida ni tan despiadada como la Generala de los cristeros.”

Al pronto no me pareció interesante la carta. Después vi que la Chacha y Basilio me habían engañado. La Generala no había muerto.

En otras circunstancias, la noticia me habría puesto a meditar, pero en esa noche de espera, de impaciencia, me dejó indiferente. ¿Qué me importaban la Generala y sus cristeros? Mi boda iba a permitirme olvidar aquellas historias y el cristerismo y sus jefes ya no me importarían.

Eché la carta en un cajón de la cómoda y me acosté. Me

dormí de pronto, como si me hubiese abismado y sólo desperté cuando Basilio llamó a mi puerta.

*
* *

Aún no alboreaba. Me levanté, encendí la luz y abrí la puerta. Basilio entró para ayudarme a vestir. Lo vi desconocido, remozado, lleno de un regocijo que lo hacía llorar. Llegó a besarme la mano.

—Mi jefe, desde ahora... pues desde ahora, con que me diga usted: muérete, y me muero.

—Gracias, Basilio, pero jamás le diré eso a un amigo como usted.

Fue entonces cuando me besó la mano. Me ayudaba torpemente, como inhábil en tales menesteres. Llegó a admirarme.

—¿Quiere decirme algo? —le pregunté, viéndolo cohibirse de un modo singular.

—Sí, algo —dijo. Y después negó—: Estoy loco, mi jefe. Nada, pero nadita tengo que decirle.

Cornelio y el doctor López entraron para saludarme. La casa resonaba opacamente con una actividad turbadora. Jovita, la Chacha, los criados y los mozos, corrían con linternas en el patio, transportando mesas y flores. Cuando salí al corredor vi al padre Ledesma, precedido de cirios, encaminarse a la sala. Los jefes y los "puros" se acercaron a saludarme.

—Vas a enamorarte todavía más de Pensativa —me dijo Genoveva, acercándose rápidamente— Está divina. Y me ha encargado que te pregunte —añadió— si leíste la carta.

—¿La carta? ¡Ah sí, dile que ya la leí y que su contenido no me interesó! —respondí, preguntándome cómo se habría enterado Pensativa de que me había llegado carta de Guadalajara.

Genoveva se retiró. Mi tía, de mantilla, luciendo sus perlas, se acercó para abrazarme. Jovita hizo lo mismo y la felicité por su largo vestido de seda y por su mantilla sostenida con una alta peineta. Genoveva no se quedó atrás en su tocado; en un momento en que se metió a su cuarto, se puso un vestido de ancha falda crujiente y se envolvió en un rebozo de Santa María. Lloró abrazándome y a Cornelio y a mí nos costó trabajo consolarla de no sabíamos qué.

Por fin llegó el momento de dirigirnos a la sala. Di el brazo a mi tía y anduvimos, seguidos de los jefes, hasta la puerta de la sala, en la que se agolpaban los "puros", los mozos y las criadas. Mi corazón daba las mismas vueltas que da un esquilón echado a vuelo. En la sala, cuyas ventanas estaban cerradas, ardían los cirios en un altar levantado en el testero. El padre

Ledesma se erguía bajo sus suntuosas vestiduras y Fidel se pavoneaba vestido de monaguillo.

Todos mis recuerdos corren en torbellino. Entramos a la sala y nos detuvimos cerca de la cerrada puerta de la asistencia. Los concurrentes penetraron y se reunieron junto al altar. Esperamos unos segundos. Y ahogué un grito de admiración.

—¡Pensativa!

Ella se adelantó, del brazo de Cornelio. Jamás la había visto yo vestida de blanco y un ángel volando bajo el viguerío no me habría causado tan profunda conmoción. Sobre su frente caían los encajes de Alenzón que mi madre había lucido en su boda, y temblaban los azahares. Y en sus ojos ardía la felicidad en una llama serena.

Llegó junto a mí. Respiré su perfume. En un profundo silencio avanzó el sacerdote. Ya estaba ante nosotros. Ya oíamos su voz empapada de una sutil emoción.

Y en ese instante se abrió la puerta de la asistencia y apareció el Alacrán llevando del brazo al mendigo ciego.

Fue el Alacrán el que saludó y su saludo fue el rayo:

—Buenos días, mi Generala.

XX

Un clamor de rabia estalló en la sala y los cristeros se agitaron como en una tempestad. Yo había saltado.

—¿Qué? —grité.

Mi grito dominó el tumulto. Se hizo un silencio repentino y trágico. Di un paso.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté a gritos.

—Venimos a la boda de la Generala —contestó el Alacrán.

—¡La Generala!

—Buenos días —dijo el ciego.

¡Qué voz infame, endemoniada, destrozada! ¿Qué dolores no contenía aquel acento?

—¡Muñoz! —gritaron los cristeros, desenfundando las pistolas.

—Sí, Gustavo Muñoz —exclamó el ciego, acercándose lentamente, extendiendo sus brazos hacia adelante—. Mi Generala, vengo a tu boda. No me has invitado, pero a la boda de la Generala no podemos faltar los que la Generala dejó ciegos.

Se me erizó el cabello. Ahora comprendía. Todo se desgarraba rugiendo.

—La Generala... —murmuré.

Nadie podía disparar. Todos estaban pendientes de mí. El ambiente quemaba. Muñoz seguía acercándose, sonriendo.

—Soy tu invitado de honor, mi Generala. Yo debo llevar la cola de tu traje. ¿Por qué no me mandaste invitación? ¿Me creías muerto? Morí sólo para la luz. Recuerdo tu cara de fiera. Lloré, te besé los pies, grité, grité, pero fuiste inflexible. Pudiste salvarme. Tú me habías engañado en el pueblo. Eras mi novia, Generala.

Rio brutalmente

—Eras mi novia. La Generala fue mi novia. ¡Qué bien sabes fingir! ¿Finges ahora? Al hombre que te ha traído al altar, ¿le finges amor? Yo me enamoré de ti...

—¡Pensativa! —clamé, sintiendo a la realidad llenarme de dolor—. ¿Tú eres la Generala?

—Sí, soy la Generala —dijo ella.

Me miraba fijamente, pero sin desafío. ¡Qué espantosa agonía brillaba en sus ojos!

—Fue la Generala, la reina de la muerte, la que ordenaba fusilamientos —dijo Muñoz, con una horrible mueca en su rostro devastado—. La que me enamoró, la que fue mi novia, la que me engañó y me llevó a la trampa.

—¡Pensativa!

—La que pudo salvarme. Le besé los pies, le grité, me retorcí de miedo, pero ella dejó que me cegaran. Recuerdo aquel fierro al rojo. ¡Al rojo! Ella puede ver aun lo rojo. ¡Y yo no, y yo no!

—Tú eres la Generala —exclamé.

—Yo soy la Generala. Y tú lo sabías ya. Te lo dije anoche, en la carta que te entregó Basilio y que a la Chacha le dijiste hace unos momentos que ya habías leído.

—Basilio no me entregó ninguna carta —protesté—. La que yo leí fue otra que recibí de Guadalajara.

Basilio se arrodilló, sollozando.

—Mi Generala, perdóname, pero no se la pude entregar. Tú lo estás viendo. Es cobarde. No pude dársela.

Pensativa lo miró con espanto. Yo retrocedí ante el vocerío que se había desatado y defendí al ciego y al desnarigado del asalto de los cristeros.

—¡Padre! —grité—. Ayúdeme a salvarlos.

—Deben morir —dijo el terrible clérigo—. Mueran los enemigos de la fe.

Vi a la muerte a unos pasos de mí. Únicamente la intervención de Pensativa pudo detenerla.

—Guarden las armas —gritó.

Su voz los domó. Sus viejos subordinados la obedecieron temblando.

—Perdóname —me pidió, con una serenidad que ocultaba la tormenta.

—¡Tú eres la Generala! —repetí, sintiendo rondarme la locura.

—Sí, yo soy.

—Tú, Pensativa. ¡Tú! Tú eres la mujer que gritaba ¡siganme los hombres!

—Yo soy.

—Tú la que se disfrazó para engañar a Muñoz.

—Yo.

—Lo engañaste para asesinarlo.

—Lo engañé para ajusticiarlo.

—¡Tú! ¡Dios mío! ¿Cómo no me muero? Tú permitiste que dejaran ciego a este infeliz.

—Yo permití que dejaran ciego a ese traidor.

Me mordí los dedos. ¿Qué atroz sorpresa se me había dado? ¿Y qué mundo enloquecido era aquel? Pensativa era la Generala, la mujer que había inundado de sangre el Interior.

—¡Eres la Generala!

—Roberto, Roberto —gritó la Chacha—. Sólo queríamos tu felicidad.

Abracé a Genoveva y encontré en su abrazo valor para mirar a Pensativa.

La Generala se quitó lentamente el velo y los azahares. Sus hombres lloraron a gritos y se arrodillaron ante mí.

—¡Cásate con ella! ¡Es una santa!

—Silencio —les ordenó Pensativa y su imperio era tan grande que la obedecieron al instante. Sólo Basilio siguió llorando.

—Mi jefe, mi jefe —suplicó, de rodillas, besándome las manos—. Cásate con la Generala. ¡Te quiere, mi jefe! Es santa y gloriosa. —Me besó los zapatos, besó el suelo y se desgarró con las uñas su repugnante rostro—. ¿Quieres que me mate? Cásate y te prometo matarme. ¿Quieres que le bese los pies al Alacrán?

El Alacrán rio estridentemente. De un tirón se quitó las vendas y nos mostró su horrorosa cabeza sin nariz y sin orejas.

—¡Desorejador! —gritó—. ¡Bésame los pies!

—Te los beso, te los beso —rugió Basilio.

—¡El Desorejador! —exclamé.

—Sí, mi jefe, pero me mataré si quieres.

—¡Ah! qué fieras salvajes hay aquí —grité, exasperado.

—Este me agarró y me cortó la nariz y las orejas —me dijo el Alacrán, poniéndome una mano sobre el hombro—. ¡Mi linda nariz picuda!

—¡Fuera! —grité, ya sin saber a quién me dirigía.

—Mi jefe, mi jefe...

—¡Qué horror! —clamé—. La Generala y el Desorejador.

—¡Muera, muera! —gritaron los cristeros, amenazándome con las pistolas.

—Pensativa —dije—. No, no: Generala, tu gente va a cometer un nuevo crimen.

Ella hizo un ademán y volvieron sus gentes a callar.

—Perdóname —me pidió, con un tono de fatiga que me traspasó—. No quería causarte ningún mal. Jamás recibirás un mal de mí, ni de mi gente.

Se volvió hacia sus hombres para decirles:

—Roberto y esos dos vagabundos son sagrados.

—¡Mueran! —dijeron sordamente los cristeros, mientras mi tía, Jovita, la Chacha y el doctor, enloquecidos, se acercaban para protegerme.

—No morirán. Yo lo ordeno. Yo, la Generala.

—Roberto —me dijo Pensativa— te juro que jamás quise engañarte. Anoche, contra la orden del Padre, te escribí diciéndote la verdad.

—Mátame, mi Generala —pidió el Desorejador.

—Cuando Genoveva me dijo que habías leído la carta, me sentí libre y dichosa para siempre.

—Mátame, mátame —rogó Basilio, arañándose la cara.

—Soy la Generala. Por eso he vivido en el Plan de los Tor-dos, protegiendo a mis inválidos. Pero óyeme esto: puedo arrepentirme de lo que hice porque soy mujer y mis nervios me dominan, pero en verdad, nada de lo que hice fue malo.

—¿Nada? —gritó el ciego.

—Muñoz fue castigado por sus crímenes.

No me engañó Pensativa y comprendí que su resolución actual era una máscara echada sobre su desesperación.

—Temblabas ante los ciegos —le dije.

—Temblaba. Mis emociones dominan a mi razón. Pero todo lo que hice lo volvería a hacer.

—¡Bien! —gritó su gente.

—Creí poder ser feliz en el matrimonio y acepté casarme contigo. Te amo. Eres mi único amor. Jamás te causaré voluntariamente el menor daño. Voy a desaparecer de tu vida, pero no quiero irme sin tu perdón.

Me incliné, henchido de dolor. Oí pasos y pasos, cuando levanté los ojos sólo quedaba ante mí el padre Ledesma. A mi espalda se abrazaban Muñoz y el Alacrán.

—Villano cobarde —me dijo el padre Ledesma, a guisa de despedida—. Miserable que no sabe admirar las acciones sublimes: vete de una tierra que has venido a entristecer.

Mi tía y el doctor vinieron a abrazarme, llorando. Oí abrir el portón y escuché luego pasar en tromba por la calzada, hacia el río, la cabalgata de los cristeros.

*
* *

—Se fue la Generala —exclamó la Chacha, entrando deshecha en llanto—. Roberto, Roberto ¡cuánto mal has hecho!

—Genoveva —repliqué sombríamente— creo que también yo he recibido algún daño.

—¡Ella es una santa!

—Es la Generala.

—¿Y esos que hacen aquí? —gritó Jovita, entrando convertida en una furia y señalando a los dos mendigos—. ¡Fuera, fuera!

—Señor —me dijo el Alacrán— defiéndanos.

—Que los defienda el diablo —exclamé—. ¡Fuera de aquí!

—Nos matarán, señor.

—¡Que los maten! —prorrumpieron las tres mujeres.

Hice un esfuerzo.

—¿Cómo entraron? —pregunté.

—Por el jardincito del Calvario —dijo el Alacrán—. Usamos la llave que la Generala le dio a Gustavo cuando era su novia. ¡Que chistoso haberla usado hoy!

—¿Y cómo pudieron llegar con tan espantosa oportunidad?

—Mucho tiempo nos estuvimos escondidos en el pueblo y después en el ladrillar y teníamos antiguos amigos, que habían sido muy maltratados por los cristeros, que nos informaban de todo. Supimos que usted se iba a casar y espiamos en la orilla del río. Cuando vi pasar a los jefes, dije: ya va a ser la boda. Y luego me imaginé: está gente no le ha dicho al novio quién es su prometida. El odio me hizo adivino. Y me traje a Tavo y como todos estaban listos para ver la boda, pues entramos sin muchos trabajos. Yo conocía la casa desde que viví aquí hace muchos años.

—Yo debía odiarlos —dije—. Pero no quiero más crímenes. Vengan.

Los llevé a mi cuarto, en el que me cambié la ropa y saliendo con ellos al patio ordené traer la volanta. Ireneo me obedeció sombríamente. Subí al cochecito, acomodé junto a mí a los mendigos y los conduje a Santa Clara.

—Perdóneme que quise matarlo —me pidió el Alacrán—. Pero no sabíamos que la Generala se había enamorado de usted y por poco me privo de una venganza mejor.

—Ojalá y no te hubiera fallado la puntería —le dije, deteniéndome en la plaza del pueblo, llena del nuevo sol—. No hubiera tenido que sufrir esto. Y ahora, guárdense de los cristeros.

—Vamos a pedir que nos encierren en la cárcel —exclamó el Alacrán.

—Antes explíquenme algunas cosas —pedí—. Usted, Muñoz, dígame cómo se salvó de morir en la Huerta del Conde.

—Al que me seguía en la huerta le temblaba el pulso —contestó el ciego—. Yo me desmayé del dolor que me causaban las quemaduras y mi perseguidor creyó que me había matado.

—Yo lo encontré después, en la sierra, corriendo como loco —dijo el Alacrán—. Lloraba a gritos. Y yo iba huyendo des-pavorido. El Desorejador me había llevado a la huerta y me había embellecido con su cuchillo. Al principio nada más quería cortarme las orejas, pero le llamó la atención mi nariz picuda y me la rebanó. Desde entonces Gustavo y yo no nos hemos separado y siempre hemos soñado nada más con la venganza.

—¿Usted fue el que gritó en la huerta el quince de julio último? —le pregunté a Muñoz.

—Yo mismo —replicó, sonriendo espasmódicamente—. El Alacrán me había llevado a la huerta, porque siempre habíamos tenido la esperanza de vengarnos en ese lugar y por eso el quince de julio regresábamos siempre a esta comarca. Está-

bamos en la espesura cuando llegaron ustedes. —Grita— me dijo el Alacrán, como gritaste aquel día. Y grité. ¡Y qué susto se llevaron ustedes!

—Fue afortunado al no gritar cuando rezábamos —le dije— porque en ese momento no hubiéramos podido huir y habríamos hecho fuego.

—Por eso no grité sino hasta que llegaron ustedes a donde tenían los caballos —confesó—. No quiero morirme. ¡Cómo es bonito vivir!

Le di un latigazo al caballito y volví raudamente a la Rumorosa, asombrándome de no ver al mundo en llamas. ¿Cómo era posible que yo sufriera tanto y que el campo siguiera su vida robusta? En el patio de la Rumorosa entregué la volanta a Irene y me encaminé a la alcoba de mi tía. Besé la mano de la pobre vieja y le anuncié mi marcha.

—¿Te vas? —preguntó Genoveva, ahogada en llanto.

—Sí. ¿Qué puede detenerme en este lugar al que sólo vine para sufrir?

Me encerré en mi cuarto y sentí al dolor hacerme trizas el corazón.

*
* *

El sufrimiento me hizo polvo. ¡Qué horrible desenlace para mi novela de amor! Pensativa era la Generala. ¿Cómo no había sabido yo comprenderlo antes? Aquel miedo a los ciegos sólo podía experimentarlo la mujer que había permitido se cegara a un hombre. Y yo había sido también un ciego.

¡La Generala! Yo no había sabido descubrirla bajo la apariencia de Pensativa. La terrible mujer que había hecho tantas veces huir a sus enemigos, la cristera, la audaz vengadora que había bajado a Santa Clara para seducir a Muñoz y conducirlo a la emboscada, la dura generala que había presenciado el suplicio del esbirro, era Pensativa. Y yo me había enamorado de ella. Había estado a punto de hacerla mi mujer, y todos, todos, mi tía, mi prima, Genoveva, Cornelio, el doctor, todos sus antiguos compañeros, habían jugado a engañarme, a endosarme aquella implacable guerrillera. ¡La Generala!

¿Pero cómo no había yo sospechado?... Di vueltas en mi cuarto, rabioso y amargado. Había tenido la verdad ante mis ojos. ¿Cómo no me los había abierto la carta de Guadalajara, el anuncio de que la Generala no había muerto? ¿Cómo no me había iluminado el respeto de Cornelio, la adoración de los mozos, la veneración del padre Ledesma? ¡Loco, ciego!

—Mi esposa la Generala —me dije.

—¿Qué maldita trama había sido aquella? ¡Yo casado con una mujer de tal modo manchada! ¡Ah!, y ella que se había

callado. Refugiada en el Plan de los Tordos, fugitiva de las venganzas, ensangrentada, sí, chorreando sangre, había sabido engatusarme.

Era preciso partir, alejarme de una tierra sombría y para siempre cortar con un pasado abrumador. Y yo iba a partir. Rugí de dolor. ¡Qué brusca caída en un abismo, qué inesperado hundirse en un pantano sobre el cuál se deslizaban ignominiosos fantasmas: la Generala, el Desorejador, el ciego Muñoz, el desnarigado! Huir, huir de aquella tierra, de la Huerta del Conde, del campamento de los "puros", del ladrillar, del Plan de los Tordos.

Después, perdiendo mi dolor su primer fuego, me hundí en un pesar silencioso. Vi mi desastre. El mundo caía sobre mí. La mujer amada se envolvía de súbito en lienzos ensangrentados y ya no era Pensativa, mi prometida, melancólica, la mujer, gentil, fina, sino la Generala. Me grité estas palabras: la Generala, y cada vez sentía clavarse un puñal en mi pecho. Todo mi sueño se había deshojado y la realidad era hiriente.

Empecé a preparar mis maletas. ¡Huir! Amontoné los objetos, impaciente. ¡Olvidar!

Y luego, he aquí estas puñaladas. ¡Pensativa! Los ojos se me arrasaron de lágrimas. La vi mil y mil veces en un minuto: en la huerta de su hacienda, sirviéndome el café en las tacitas de porcelana de Sajonia; en la Rumorosa, convaleciendo en el jardincito del Calvario; en su recámara, tendida en su camita de hierro; en el portón del Plan de los Tordos, diciéndome adiós.

¡Cómo la había amado! Pero las visiones seguían revoloteando. La vi en su asistencia, junto a su secreter. Y la vi vestida de blanco, lista para la boda. ¿Cuándo iba a poder olvidarla? ¿Cuándo iba a dejar de verla vestida de blanco, con los azahares ciñéndole la frente? ¡Pensativa! ¡Cómo había sonreído al entrar a la sala donde creía ser esperada por la dicha! No olvidaría yo jamás aquel brillo de dicha de su mirada. Su mirada... Y yo la había visto quitarse el velo y los azahares, renunciar, caer bajo el destino. Y yo vivía. El rayo había caído y yo seguía viviendo. Yo había visto brillar su sonrisa bajo el velo de encajes. Y yo vivía.

Me eché de bruces en la cama y me mordí los puños. Recordé su última mirada, cuando ya el huracán se había desatado. En el momento supremo, me había dicho: te amo. Me lo había dicho ante todos: eres mi único amor. Ella lo había dicho. Yo lo había oído. Me amaba y había creído alcanzar la dicha.

—¿Pero por qué lo había creído? —me dije—. ¿Por qué yo estaba engañado? ¿Por qué yo ignoraba que ella era la Generala?

—No, no —me respondí—. Ella, desobedeciendo el mandato

del rebelde sacerdote, me lo había confesado todo en una carta que Basilio no había querido entregarme.

No me había querido engañar Pensativa. Temblé y me incorporé en la cama. ¿Y qué, me dije, y qué? No había querido engañarme, pero tampoco había podido borrar el pasado. Y los fantasmas habían aparecido. Todas las confesiones no hubieran podido evitar la catástrofe, pues yo jamás me habría casado con la Generala.

Me serené o mejor dicho, domé la desesperación y pude recapacitar. Todo había terminado y ya no quedaba sino marcharme. Pensativa, arrepentida de los crímenes de la Huerta del Conde hasta el punto de residir en una hacienda ruinoso; dolorida, agobiada, perseguida por los remordimientos, era de cualquier modo la Generala y estaba prohibida para mí. Había muerto para mí. Yo solamente tenía ya una cosa que hacer: regresar a México a buscar el olvido.

—En marcha —dije.

Pero no pude irme. Del fondo de mi ser se elevaba un grito: Pensativa. Era mi alma misma la que gritaba atropellando mis escrúpulos. ¡Pensativa! Era mi amor el que clamaba, el que corría destrozando mis repugnancias y mis pensamientos. Todo mi ser clamó por ella. A mi corazón no le importaban el pasado, ni las escenas de sangre, ni los odios ni las venganzas. Yo la amaba, la seguía amando.

Quise resistir, pero mi amor galopó sobre mis ideas. ¡La amaba! La vi de nuevo en una imagen fulgurante. Ella era mía, era de mi alma, era mi alma misma. ¿Qué me importaba la Generala? ¿Qué me importaban los guerrilleros y los puritanos, los verdugos y los gritos de agonía? Yo amaba a Pensativa.

—Pero estoy loco —me dije.

Mi amor se burló de mi protesta. Yo no podía alejarme. Yo tenía que recuperar a Pensativa. Yo era su esclavo.

Me pasé la mano por la frente y huí de mi cuarto, que abrasaba como un horno.

—¿Qué tienes? —me preguntó el doctor, corriendo al verme seguido por la Chacha.

—Que la amo todavía —repliqué.

—¡Un caballo! —gritó el doctor.

Genoveva y mi prima corrieron con Ireneo y con Fidel a ensillar mi caballo. Mi tía lloró de dicha. Monté de un salto.

—Corre —me dijo el doctor—. Corre, que aún puedes alcanzarla.

—¿Alcanzarla? —me pregunté, mientras lanzaba mi montura por la calzada. Era imposible que el doctor pretendiera que yo alcanzara a Pensativa en el camino del Plan de los Tordos, pues ella y su cortejo estaban seguramente ya en la vieja hacienda. ¿Qué había pues querido decir el doctor?

No bajé hasta el vado del Coyote, sino que tomé la ruta que había seguido en mi primer visita a la morada de Pensativa. La llanura ostentaba tonos dorados. Se empequeñeció a mi espalda la arboleda de la calzada y vi enfrente los pirules que se inclinaban sobre el río. Mi caballo bajó ligeramente hasta el fondo del cauce, por el que corría el agua entre los bancos de arena. Mientras cortaba la corriente, una evocación abrasadora cayó sobre mí. Volví a ver a Pensativa sobre su caballo encabritado, oí de nuevo el estampido de la corriente y sentí en mis brazos el peso de aquel cuerpo de mujer que yo había llevado en la loca fuga hacia la orilla.

—¡Corre, corre! —le dije a mi caballo, empujándolo hacia la alta ribera, sofocándome bajo el recuerdo.

Alcanzado el final de la cuesta en la que Pensativa había tropezado con el indito ciego, mi cabalgadura reanudó la galopada. De los eriales se levantaban los gorriones. Los cerros nos surgían al paso con sus flancos tajados. El aire zumbaba. ¿Pero es que nunca íbamos a llegar al Plan de los Tordos?

Y al seguir un recodo, refrené mi montura y di un grito de espanto. Ante mí, más allá del repecho desde cuya altura yo había arrojado siempre una última mirada sobre la hacienda, se elevaba una gruesa columna de humo.

—¡Por Dios! —grité, aterrado.

Hundí bárbaramente las espuelas en el caballo, que salió volando. Las piedras saltaban, los pájaros chillaban sobre los cactus, el sol hacía reverberar los cerros. Desde lo alto del repecho vi abajo la meseta, por encima de la cual pasaban las escuadras de los tordos.

Era la hacienda la que estaba en llamas. Ardía el ala habitada por Pensativa y el humo se elevaba rectamente en el tranquilo ambiente. El ganado huía en los pastizales. Ante el zaguán, un grupo de hombres se agitaba aportando leña.

Volví a precipitar mi caballo y pronto estuve ante los hombres que incendiaban la finca. Me recibieron con gritos de rabia:

—¡Muera, muera!

Eran los antiguos mozos de Pensativa, pero ya no se mostraban cordiales, sino que me rodeaban amenazadoramente. Las mujeres eran las más animadas contra mí y blandían hoces al acercarse corriendo. Por fortuna Esteban se encontraba ante la hacienda; se interpuso entre el grupo y yo y se hizo oír:

—¡Acuérdense de que es sagrado!

Los inválidos se detuvieron, rugiendo.

—¡Que se largue! ¡Fuera, fuera el cobarde!

—Mi jefe —me dijo Esteban— ¿a qué vino usted?

—Vengo a buscar a Pensativa.

Una furiosa carcajada sacudió a los inválidos.

—Muera, muera —gritó Lucía, enarbolando la hoz.

—¡Quiere burlarse otra vez de la Generala! —rugió Mariana.

Alcé las manos, pidiendo silencio.

—No me burlo. Llénenme adonde está ella.

Oí risas y silbidos.

—Mi jefe, la Generala se fue y no volverá —me dijo Esteban.

—¿Se fue? ¿Adónde se fue?

—Nadie lo sabe. Se fue con los otros jefes y se despidió de nosotros para siempre.

—¡Para siempre! —gritaron las mujeres y los inválidos, entre sollozos.

—¿Dónde está Cornelio? —le dije a Esteban.

—Se fue a las Piedras Coloradas.

—Iré a verlo.

—No le dirá nada, mi jefe. Todos juraron, cuando se los pidió la Generala, no revelar nunca el sitio al que ella se ha encaminado.

—¡Se fue para siempre! —gritó uno de los mozos, enloquecido—. Usted la hizo llorar.

—La perdimos —voceó Mariana.

—Escúchenme —rogué—. Cometí un fatal error, del cual estoy arrepentido. Vengo a pedirle a Pensativa que me perdone.

—Ya es tarde —me dijeron, sofocados por el llanto y por el odio—. Se fue y no volverá.

—Si ustedes me ayudan, la encontraré.

—No podemos ayudarle —me dijo Esteban, llorando—. Se fue. Se despidió de nosotros. No volverá y nosotros nos regresaremos a Jalisco.

—¡Huérfanos! —clamó Lucía.

—Se fue, se fue —gritaban los hombres.

—¡Muera ese canalla! —rugió Mariana.

—Es sagrado —volvió a exclamar Esteban—. ¿Ya se olvidaron del juramento? Mi jefe, pierda la esperanza. Ella nos hizo jurar que no le haríamos ningún mal a usted y se fue con los jefes y con el Desorejador.

—Buscaré a los jefes y a Basilio.

—No los encontrará y, además, nada le dirán. Lo aborrecen, mi jefe. Lo odian con ganas.

—Todos lo odiamos —gritaron los inválidos.

—Váyase, mi jefe. Nosotros nos vamos. Nada tenemos que hacer aquí. Se fue la Generala y no queremos seguir en esta tierra. Vea cómo hemos quemado la hacienda.

Oí un gran estrépito y vi derrumbarse los techos de la finca. Me pareció que Pensativa perecía con la casona, que desaparecía con las habitaciones donde la había admirado.

—Adiós, mi jefe —me dijo Esteban, sollozando.

—Vámonos —gritaron todos.

Se pusieron en marcha y sentí el corazón destrozado al ver aquella tropa miserable. Los cojos iban a caballo al frente de la caravana; las mujeres cargaban las provisiones, los niños arrebaban las cabras y el resto de los hombres llevaba las armas y las cobijas. Dispararon contra las vacas a las que dejaban abandonadas, contra los árboles, contra la fachada de la finca, de cuyas ventanas salían rizados de humo, y hubieran disparado contra mí si Esteban no les hubiese constantemente recordado su juramento.

Los seguí un trecho, rogándoles que me aceptaran algún dinero y sólo recibí insultos. Por último me vi precisado a apartarme de ellos y me quedé a la sombra de un árbol. Los tordos seguían pasando en bandadas y una vaca herida mugía entre los pastos. El sol caía con fuerza. La casa continuaba humeando. Los mozos iban alejándose en medio de una nubecilla de polvo y acabaron por desaparecer en las primeras estribaciones de la sierra.

Sentí a la congoja oprimirme el pecho. Todo había terminado. Yo había perdido a Pensativa. Allí estaba su morada, humeando en el Plan solitario, ante la cordillera. Su gente, su pobre gente, había desaparecido en la lejanía. La soledad me causó horror. El viento iba bajando de la sierra y pasaba sonoramente acamando los pastos. Me sentí solo, desesperadamente solo, extraviado en la planicie.

—¡Pensativa! —grité.

El eco me respondió burlescamente. ¿Quién otro hubiera podido contestarme? Pensativa se había marchado y yo me pregunté con desesperación:

—¿Para siempre?

XXI

Fui a las Piedras Coloradas, donde los "puros" me hicieron un frío recibimiento y quise conmover a Cornelio.

—Primo —me respondió— yo te quiero y te comprendo; por eso no te guardo rencor. Pero precisamente porque te comprendo, Pensativa no quiso que yo la acompañara, para que no supiera yo el lugar al que ha ido a refugiarse y en un momento de flaqueza te lo fuera a decir.

—Yo la encontraré —dije.

Volví a la Rumorosa, sobre la que había caído un silencio de duelo y desde ella dirigí las pesquisas, pero no pude recoger un solo indicio. Nadie sabía nada, aunque estoy convencido de que si los antiguos cristeros hubiesen sabido algo, a ningún precio me lo hubieran dicho.

Llegó entonces la hora de regresar a México. No quise partir sin ver de nuevo el Plan de los Tordos y lo visité un día en que la neblina flotaba sobre los campos. Cruzando el río, me detuve a oír el murmullo que hacían las aguas corriendo entre los bancos de arena. Allí había tenido entre mis brazos a Pensativa. El río estaba íntimamente ligado a nuestra amarga historia; lo recordé abriéndose paso entre las montañas y deslizándose luego, en calladas pozas, ante la fatal Huerta del Conde; recordé el estampido de sus crecientes y su vado revuelto, en el que las olas amarillentas habían querido atajar mi camino. Y eternamente él seguiría corriendo entre sus abruptas riberas, sin llevarse, en su marcha hacia el mar, ni la imagen de las nubes que pasaban sobre sus aguas, ni el recuerdo de los hombres que junto a él se gastaban en dolorosa agitación.

Reanudando la marcha, vi los eriales quemados por las heladas y los torrentes en cuyo seco cauce correteaban las lagartijas. Al aproximarme al último repecho, dejé a mi montura caminar al paso. Una irresistible angustia iba apretándome el pecho al acercarme a la meseta. Por fin llegué a lo alto del corto repliegue del terreno y desde allí vi el Plan, cuyos pastos tiritaban bajo el viento invernal.

El caserón mostraba en su fachada las huellas del incendio. Me acerqué lentamente a su portón, esperando un prodigio, anhelando ver una figura querida, escuchar un acento inolvidable.

Pero no vi sino un gavilán que levantó el vuelo al oír mi llegada. Amarré mi caballo a un torniquete y penetré en la casona saltando los escombros. En el patio, el silencio pesaba como plomo. Recorrí los corredores en los que se habían consumido las plantas y me asomé a las habitaciones cuyos techos había destruido el incendio.

Sólo encontré cenizas. Un olor de muerte, de ruina eterna, brotaba de la asistencia en la que vanamente busqué una astilla del secreter de Pensativa. En la pequeña recámara monacal pude ver bajo un montón de escombros la camita de hierro, torcida por el fuego. Las yerbas empezaban a brotar en lo alto de los paredones y un deslizarse de seda me reveló la presencia de las víboras en los aposentos arruinados. Ellas se hospedaban ya en los sitios que Pensativa había habitado y arrastraban sus inmundos cuerpos en los sitios en los que yo había visto resplandecer una sonrisa melancólica.

La soledad, mi soledad, se me apareció en toda su dureza. Todo estaba terminado, arruinado; todo había pasado para mí. Salí aprisa y montando a caballo lo lancé al galope por el camino de regreso.

En la Rumorosa acorté los adioses y partí doblegado bajo el dolor. Amarga tierra había sido esa para mí, y ni una sola vez volví los ojos para ver entre los árboles la fachada de mi vieja residencia.

La capital se me mostró fría, indiferente. No pude volver a mis antiguos hábitos, que ni un solo momento he conseguido recobrar. La imagen de Pensativa se presenta continuamente a mi recuerdo y arranca de mi espíritu la inclinación a los placeres. Durante dos años derramé el dinero en la búsqueda de Pensativa, pero nada conseguí saber. Fui a Guadalajara, a Colima, recorrí el Bajío, visité Querétaro, pero no pude encontrar con una huella una nueva esperanza.

Nuevas penas cayeron sobre mí. Un telegrama me anunció la muerte de mi tía y sentí que yo era un poco culpable de esa muerte, al haber sometido a tan rudas pruebas aquel viejo corazón. El doctor López murió poco después y Cornelio pereció cuando su caballo se hundió en un precipicio.

Encargué a Jovita el cuidado de la Rumorosa, a la que nunca he vuelto y le pedí a Genoveva se viniera a vivir conmigo. La pobre Chacha aceptó y vino a México trayéndose a Fidel, al que he convertido en mi ayuda de cámara. Genoveva dirige la casa. Comprende cuánto sufro y hace lo posible por consolarme.

—Nosotras fuimos las culpables de lo que ocurrió —me dice frecuentemente—. Queríamos que te casaras con Pensativa para que ya cuando estuvieras muy unido a ella, cuando ella te hubiese dado hijos, decirte toda la verdad o por lo menos no temer que otros te la dijeran. No supimos lo que hacíamos. Pensativa quería

confesártelo todo a tiempo y entre el padre Ledesma y nosotras cometimos la torpeza de impedirselo. Y cuando no pudo más y te escribió diciéndote la verdad, el pobre Basilio se guardó la carta.

*
* *

Tres años después de la muerte de mi tía, la Chacha me avisó que una monja pedía verme. Su emoción me admiró. En la sala encontré una de esas monjas mexicanas obligadas a no guardar la clausura, pobrísimas y a las que se encuentra siempre, vestidas de negro, a la cabecera de los enfermos. Después del saludo, la monja me informó que me visitaba para darme un mensaje verbal de Sor Asunción de las Divinas Llagas.

Hice un gesto de ignorancia, pero me sobresalté cuando la monja continuó:

—En el siglo, Sor Asunción se llamó Gabriela Infante.

—¡Pensativa!

—Así la llamaban —continuó la monja.

—¡Pensativa se ha hecho monja!

—Ha profesado en Bélgica. Quería hacerlo en un convento español y se lo impidió el levantamiento contra la República.

—Monja —murmuré, sintiendo desvanecerse hasta la más obstinada de mis esperanzas.

—Monja en el convento de Santa Walburga, cerca de Funes.

—La he perdido para siempre.

—Cuando visité el convento para despedirme de las hermanas —reanudó mi visitante— Sor Asunción me rogó que no me olvidara del encargo que ella me había hecho desde que entró novicia. Yo vivía en Bélgica cuidando a una señora mexicana, que murió hace tres meses. Conocí a la señorita Infante en la procesión de la Penitencia y poco después, sabiendo que tarde o temprano yo tendría que regresar a México, me pidió que lo buscara a usted y que en su nombre le pidiera perdón.

—¿Perdón? Hermana, yo soy quien debo pedírselo a Pensativa.

—El Señor es el único que conoce el secreto de las acciones y de los corazones —dijo la monja—. Sor Asunción teme haberle hecho a usted mucho daño. Ella lo amaba, señor. Me ha encargado que le explique algunos puntos de su vida. Cuando Sor Asunción...

—Hermana —pedí— llámela Pensativa.

La monja accedió.

—Cuando Pensativa supo que su hermano se había lanzado a la guerra, lo siguió a Jalisco y como tantas otras mujeres combatió valerosamente. Pronto fue conocida como la Generala; ad-

quirió fama de intrépida y los cristeros la obedecieron. Los jefes de la Cristiada ordenaron que el nombre de pila de la generala no fuera divulgado para rodear a ésta con los encantos del misterio.

—Muy pocos lo conocíamos —interrumpió Genoveva—. Los inválidos lo supieron después, por una indiscreción de Jovita, pero mientras duró la guerra ignoraron que Pensativa y Carlos eran hermanos.

—Ella ha visto siempre esa guerra como justa —continuó la monja—. Hubiera vivido tranquilamente después de terminada la lucha, si no hubiese sido por el recuerdo de la tortura infligida al hombre que traicionó a su hermano. Desde el quince de julio de 1928, Pensativa ignoró la calma. Los remordimientos la agobiaron y cuando concluyó la guerra se vio imposibilitada para hacer una vida normal. Por eso se refugió en la hacienda que usted conoció y que había sido residencia de su familia. Cuando usted llegó a la Rumorosa, desagradó a Pensativa con sus modales frívolos; ella lo creyó un hombre ligero. Cambió de impresión cuando usted le salvó la vida al perder ella la calma al encontrarse a un niño ciego y desde ese instante ella tuvo que combatir el amor que la empezaba a dominar.

—Pensativa se decía —prosiguió mi visitante— que nada firme podía haber entre usted y ella, porque usted, al que tanto disgustaban los cristeros, se habría horrorizado al saber la parte que ella había tenido en el suplicio de Muñoz. Por eso se negó a corresponderle cuando se le declaró en la hacienda y no fue ella la que sufrió menos al tener que rechazarlo. Para hacerla variar fueron necesarias las instancias de Cornelio, que tenía mucha influencia sobre ella, por su vida ascética, y sobre todo las palabras del padre Ledesma, que la convencieron de que podía y debía ocultarle a usted su antigua vida. Aceptó pues casarse; sin embargo en la noche que precedió al día en que la boda había de efectuarse, resolvió no seguir callando y escribió una carta en que revelaba su identidad.

“Esa carta se la confió a Basilio, para que se la entregara a usted; el caporal comprendió de lo que se trataba y temió que la boda se frustrara. No la entregó, aunque a Pensativa le aseguró lo contrario. Lo que acabó de hacerla dichosa fue la respuesta que le dio usted a la señora Genoveva cuando ésta le preguntó si había leído la carta. Se sintió perdonada, limpia, nueva. Por eso sufrió tanto cuando usted se horrorizó al saber que ella había sido la Generala. Se tuvo como maldita. La aparición de Muñoz, al que ella creía muerto; el horror de usted, la destruyeron. Se sostuvo con energía ficticia y cuando llegó con su gente, huyendo a la hacienda, lo único que pudo hacer fue obligar a todos a jurar que usted sería siempre sagrado y que nadie le buscaría perjuicio. Y de la hacienda entró con los jefes en la

sierra, donde se despidió de todos y anduvo procurando que se perdiera su pista. Pasó a los Estados Unidos y de allí a Europa.

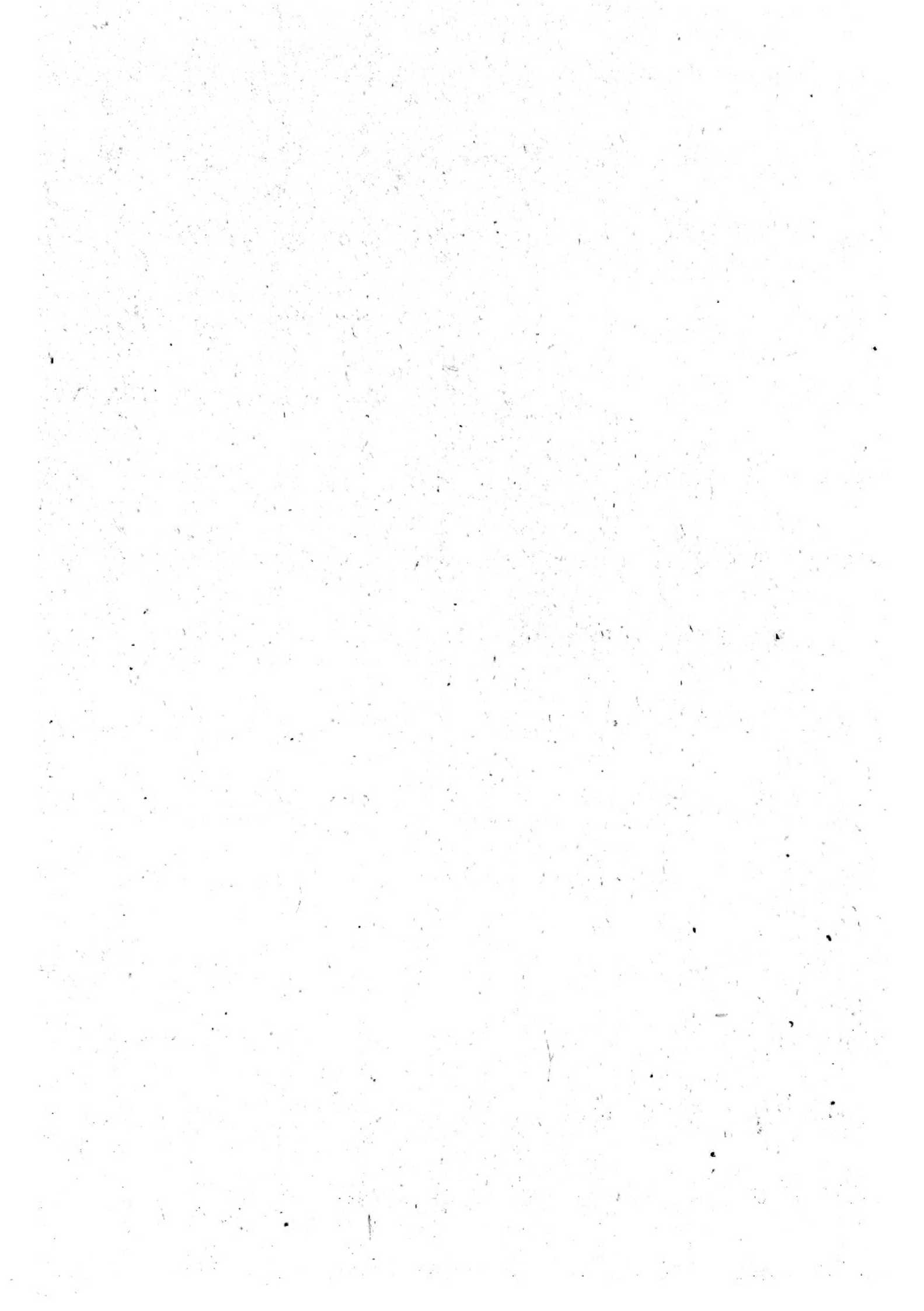
—Y la perdí —murmuré.

—¿Me autoriza —me pidió la monja— a escribirle diciéndole que la ha perdonado?

—Que ella sea quien me perdone —exclamé, levantándome y saliendo precipitadamente de la sala, para que la monja y Genoveva no me vieran llorar.

INDICE

	<i>Pág.</i>
I.	1
II.	5
III.	13
IV.	20
V.	26
VI.	32
VII.	38
VIII.	49
IX.	54
X.	60
XI.	66
XII.	73
XIII.	77
XIV.	84
XV.	91
XVI.	96
XVII.	106
XVIII.	111
XIX.	122
XX.	132
XXI.	143



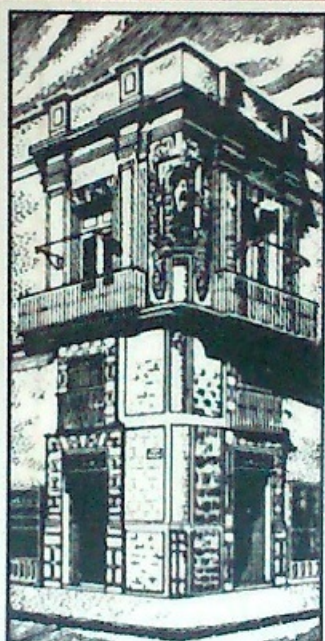
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EL DÍA 26 DE ENERO DE 2001 EN LOS TALLERES DE

IMPRESORES ALDINA, S. A.

Obrero Mundial, 201 - 03100 México, D. F.



Cultura al alcance de todos



LIBRERÍA PORRÚA
DESDE 1900

JUSTO SIERRA Y ARGENTINA
CIUDAD DE MÉXICO



9 789700 716916